



LUISA PICCARRETA
LA PEQUEÑA HIJA DE LA DIVINA VOLUNTAD



**Los tres Llamamientos,
Memorias de la infancia y Volumen 1º**

*“...El título que darás al libro que imprimirás
sobre mi Voluntad será este:*

**“EL REINO DE MI DIVINA VOLUNTAD
EN MEDIO DE LAS CRIATURAS**

— LIBRO DE CIELO —

**LA LLAMADA A LA CRIATURA AL ORDEN,
A SU PUESTO Y A LA FINALIDAD
PARA LA QUE FUE CREADA POR DIOS”**

(27-08-1926)

(LA VIDA DE LUISA HASTA LOS 34 AÑOS)

**RESPONSABLE DE ESTA TRADUCCION
DE LOS CUADERNOS MANUSCRITOS ORIGINALES,
CON LAS NECESARIAS CORRECCIONES, TITULOS Y NOTAS:
DON PABLO MARTÍN SANGUIAO**

*Luisa Piccarreta,
la pequeña Hija de la Divina Voluntad*



LOS LLAMAMIENTOS

*El llamamiento de
Luisa Piccarreta*

**El llamamiento
del Rey Divino**

*El llamamiento materno
de la Reina del Cielo*

escritos como Prefacio
a los volúmenes del "diario" de Luisa,
con el título dado por Jesús:

**"EL REINO DE MI DIVINA VOLUNTAD
EN MEDIO DE LAS CRIATURAS
= LIBRO DE CIELO =
LA LLAMADA A LA CRIATURA
AL ORDEN, A SU PUESTO
Y A LA FINALIDAD
PARA LA QUE FUE CREADA POR DIOS"**

Llamamiento del Rey Divino al Reino de su Voluntad

Amados hijos míos ¹, *vengo* entre vosotros con el Corazón abrasado en las llamas de mi Amor. *Vengo* como PADRE, en medio de mis hijos, que tanto amo. Tan grande es mi Amor, que *vengo* para quedarme con vosotros, para vivir juntos, con una sola Voluntad, con un mismo Amor... *Vengo* con el cortejo de mis obras, de mis penas, de mi Sangre y de mi misma Muerte. Miradme: cada gota de mi Sangre, cada pena, cada una de mis obras y de mis pasos quieren a cual más daros mi Divina Voluntad. Incluso mi Muerte quiere daros la Resurrección de mi Vida en mi Voluntad. En Ella os he preparado todo y os he obtenido gracias, ayudas, luz y fuerza, para recibirla como el Don más grande. Por mi parte, ya he hecho todo; ahora espero que hagáis lo que depende de vosotros.

¿Quién será tan ingrato que no quiera recibirme, con el Regalo que le traigo? Sabed que mi Amor es tan grande, que no tendré en cuenta vuestra vida pasada, vuestras mismas culpas y todos vuestros males, sino que los sepultaré en el mar de mi Amor, para quemarlo todo; y empezaremos juntos una nueva vida, toda de Voluntad mía. ¿Qué corazón será tan duro que quiera rechazarme o expulsarme, sin aceptar mi visita, llena de Amor Paterno? Si me aceptáis, me quedaré con vosotros, como Padre entre mis hijos. Pero hemos de estar de acuerdo en todo y vivir con una sola Voluntad.

¡Oh, cómo suspiro que mis hijos queridos vuelvan a estar conmigo y vivan de mi misma Voluntad! Son ya casi seis mil años de profundos suspiros y de lágrimas amargas de mi Santa Humanidad, porque pretendo y quiero tener a mis hijos en torno a Mí, para hacerlos felices y santos, y sollozando repito: Hijos míos, hijos míos, ¿dónde estáis? ¿Por qué no regresáis a vuestro Padre? ¿Por qué estáis lejos de Mí, vagando perdidos, pobres, en toda clase de miserias? Vuestros males son heridas para mi Corazón. Ya estoy cansado de esperaros, y viendo que no volvéis, no pudiendo resistir el Amor que me consume, Yo mismo *vengo* a buscaros y os traigo el gran don de mi Voluntad. ¡Ah, os ruego, os suplico, os pido que me escuchéis, que tengáis compasión de mis lágrimas, de mis suspiros ardientes!

Pero no sólo *vengo* como Padre, sino como MAESTRO, en medio de mis discípulos. Pero quiero ser escuchado. Os enseñaré cosas sorprendentes, lecciones de Cielo, que os darán una Luz inextinguible, un Amor que siempre arde... Mis enseñanzas os darán una fuerza divina, un valor intrépido, una santidad que continuamente crece; os facilitarán a cada paso el camino y os conducirán a la Patria Celestial.

Vengo como REY, en medio de todos los pueblos, pero no para exigir impuestos y tributos, no. *Vengo* porque quiero vuestra voluntad, vuestras miserias, vuestras debilidades, todos vuestros males. Mi Soberanía consiste en ésto. Quiero todo lo que os hace ser infelices, angustiados, atormentados, para esconder y quemar todo en mi Amor. Y como Rey benéfico, pacífico, magnánimo que soy, quiero daros en cambio mi Voluntad, mi Amor más tierno, mis riquezas y felicidad, mi paz y mi alegría más pura.

Si Me dáis vuestra voluntad, ya está hecho todo; Me haréis feliz y seréis felices. No deseo sino que mi Voluntad reine en medio de vosotros. El Cielo y la tierra os sonreirán, mi Madre Celestial os será Madre y Reina. Ella —conociendo el bien inmenso que os restituirá el Reino de mi Querer, para satisfacer mis deseos ardientes y poner fin a mis lágrimas, y amandoos como verdaderos hijos suyos— ya va visitando a todos los pueblos y naciones, para prepararlos a recibir el Reino de mi Voluntad. Ella fue la que Me preparó los pueblos, para hacerme bajar del Cielo a la tierra; y a Ella, a su Amor materno encargo que Me prepare las almas y los pueblos, para recibir un Don tan grande.

Por tanto, escuchadme, hijos míos: os ruego que leáis con atención estas palabras que os digo y sentiréis la necesidad de vivir en mi Voluntad. Yo estaré a vuestro lado y tocaré vuestra mente y vuestro corazón, para que comprendáis lo que os ofrezco y queráis el Don de mi *Fiat* Divino.



Llamamiento materno de la Reina del Cielo

Hija queridísima, siento la irresistible necesidad de bajar del Cielo para hacerte mis visitas maternas. Si tú me aseguras tu amor filial, tu fidelidad, Yo estaré siempre contigo en tu alma, para hacerte de maestra, modelo, ejemplo y Madre tiernísima.

Vengo a invitarte a que entres en el Reino de tu Mamá, es decir, en el Reino de la Divina Voluntad, y llamo a la puerta de tu corazón para que me abras... ¿Sabes? Con mis propias manos te traigo el regalo de este libro ²; te lo ofrezco con cariño materno, para que tú, a tu vez, leyendolo, aprendas a vivir de Cielo y no más de tierra.

¹ - ¿Cuál de las Tres Divinas Personas, habla? Es sin duda Dios Padre, pero lo hace mediante la Persona del Hijo, Jesucristo, que es su Expresión o Palabra, el Verbo Encarnado y Redentor, la Revelación de la Paternidad Divina y de su Amor.

² - Tomado del libro “La Virgen María en el Reino de la Divina Voluntad”, de Luisa Piccarreta, Corato 1930.

Este libro es de oro, hija mía; este libro formará tu fortuna espiritual, tu felicidad también terrena. En él hallarás la fuente de todos los bienes: si eres débil recibirás la fuerza; si eres tentada alcanzarás la victoria; si has caído en la culpa encontrarás la mano piadosa y potente que te levantará; si te sientes afligida hallarás el consuelo; si te sientes fría tendrás el medio seguro para calentarte; si tienes hambre, gustarás el alimento exquisito de la Divina Voluntad. Con él no te faltará nada, ya no estarás sola, porque tu Mamá te tendrá dulce compañía y con todos sus cuidados maternos se encargará de hacerte feliz. Yo, la Emperadora Celestial, me ocuparé de todas tus necesidades, con tal de que tú consientas vivir unida a mí.

¡Si tú supieras mis ansias, mis suspiros ardientes y también las lágrimas que derramo por mis hijos! ¡Si tú supieras cómo ardo de deseo de que tú escuches mis lecciones, todas de Cielo, y aprendas a vivir de Voluntad Divina!

En este libro tú verás maravillas: encontrarás una Madre que te ama tanto, que ha sacrificado a su amado Hijo por tí, para poder hacerte que vivas de esa misma vida de la que ella misma vivió estando en la tierra.

¡Ah, no me des ese dolor, no me rechaces; acepta este regalo del Cielo que te traigo; acoge mi visita, mis lecciones...! Has de saber que Yo recorreré todo el mundo, iré a cada individuo, a todas las familias, a las comunidades religiosas, a cada nación, en todos los pueblos, y si hace falta seguiré yendo siglos enteros, hasta que no haya formado como Reina a mi pueblo y como Madre a mis hijos, para que conozcan y hagan reinar por todas partes la Divina Voluntad.

Aquí tienes explicada la finalidad de este libro. Aquellos que lo acogerán con amor serán los primeros afortunados hijos que pertenecerán al Reino del *Fiat* Divino, y Yo con letras de oro escribiré sus nombres en mi materno corazón.

¿Ves, hija mía? Ese mismo amor infinito de Dios que en la Redención se quiso servir de mí para hacer bajar el Verbo Eterno a la tierra, me llama otra vez a que actúe y me encomienda la fatigosa tarea, el sublime mandato, de formar en la tierra los hijos del Reino de su Divina Voluntad. Maternamente presurosa me pongo por tanto a la obra y te preparo el camino que te deberá conducir a este Reino feliz. Con este fin te daré sublimes lecciones de Cielo y después te enseñaré especiales y nuevas oraciones, mediante las cuales comprometerás el cielo, el sol, la creación, mi misma vida y la vida de mi Hijo, todos los actos de los santos, para que en nombre tuyo pidan el Reino adorable del Querer Divino. Esas oraciones son las más potentes, porque comprometen el mismo acto divino. Por medio de ellas Dios se sentirá desarmado y vencido por la criatura. Con la fuerza de este medio tú apresurarás la venida de su Reino felicísimo y conmigo obtendrás que la Divina Voluntad se haga así en la tierra como en el Cielo, conforme al deseo del Maestro Divino.

Animo, hija mía; hazme contenta y Yo te bendeciré.



Llamamiento de Luisa, «la Pequeña Hija de la Divina Voluntad»

Fiat! ³

Mi dulce Jesús, aquí estoy, en tus brazos, para pedirte ayuda. ¡Ah, Tú conoces la amargura de mi alma, cómo me sangra el corazón, mi grande repugnancia de dejar que se haga público lo que Tú me has dicho sobre tu Santísimo Querer! ¡La obediencia se impone! Tú lo quieres, y yo, aunque quedara triturada, me siento obligada por una fuerza suprema a hacer este sacrificio. Pero acuérdate, oh Jesús mío, que Tú mismo me has llamado la pequeña recién nacida de tu Santísima Voluntad. La recién nacida apenas sabe balbucir, así que ¿qué haré? Balbuciré apenas tu Querer; Tú harás todo lo demás, ¿no es cierto, Jesús mío?

Más aún, haz que yo desaparezca del todo y tu Querer sea el que con trazos divinos e imborrables moje la pluma en ese Sol eterno y con letras de oro escriba los conceptos, los efectos, el valor, la potencia de la Voluntad Suprema, y cómo el alma que vive en Ella, viviendo como en su centro, se ennoblece, se diviniza, abandona sus despojos naturales, regresa a su principio y, triunfando sobre todas sus miserias, reconquista su estado original, bella, pura, toda ella ordenada a su Creador, como salió de sus manos creadoras. Escribe Tú en estas páginas la larga historia de tu Voluntad, tu dolor al verte relegado por las criaturas a las regiones del Cielo. Tú, estando en lo alto como el sol, aunque seas rechazado, derramas tus rayos sobre todas las generaciones humanas, quieres bajar para venir a reinar en medio de ellas, y por eso envías los rayos de tus suspiros, de tus gemidos, de tus lágrimas, de tu intenso y eterno dolor al verte desterrado y como dividida tu Voluntad de la voluntad de las criaturas humanas. Por eso Tú esperas a que te llamen en medio de ellas, que te reciban como Rey triunfante y te hagan reinar así en la tierra como en el Cielo.

¡Desciende, oh Querer Supremo! Soy yo la primera que te llama; ¡ven a reinar en la tierra! Tú que creaste al hombre sólo para que hiciera tu Querer, que él, como un ingrato, despreció rebelándose a Ti, ¡ven a unir de nuevo esta voluntad humana a Ti, para que Cielo y tierra y todo quede reordenado en Ti!

³ - “*Fiat*” en latín significa “*Hágase*”, indicando el Querer Divino. Fue escrito por Luisa como Prefacio a sus Volúmenes, cuando supo que iban a ser publicados.

¡Oh, cómo quisiera dar mi vida, para que tu Querer sea conocido! Quisiera emprender el vuelo en sus interminables confines, para llevar a cada criatura su beso eterno, su conocimiento, sus bienes, su valor, tus gemidos inenarrables porque quieres venir a reinar en la tierra, para que, conociéndote, te reciban con amor y haciéndote fiesta te hagan reinar.

¡Oh Querer Santo, con tus rayos luminosos lanza las flechas de tu conocimiento; haz saber a todos que Tú vienes a nosotros para hacernos felices, mas no con una felicidad humana, sino divina, para darnos el dominio que perdimos de nosotros mismos, y esa luz que hace conocer el verdadero bien para poseerlo y el verdadero mal para huir de él, que nos da seguridad y fuerza, pero una fuerza y una estabilidad divina!

Abre la corriente entre la Voluntad Divina y la humana y pinta en nuestras almas, con el pincel de tu mano creadora, todos los rasgos divinos que perdimos al separarnos de Ella. Tu Querer nos pintará con ese frescor que nunca envejece, con esa belleza que nunca se descolora, con esa luz que nunca se opaca, con esa gracia que siempre crece, con ese amor que siempre arde y nunca se apaga.

¡Oh Querer Santo, ábrete paso, forma Tú la vía para hacer que se te conozca! Manifiesta a todos Quién eres Tú y el gran bien que les quieres hacer a todos, para que atraídos, encantados por un bien tan grande, puedan dejarse conquistar todos por tu Voluntad y así libremente puedas reinar, así en la tierra como en el Cielo. Por eso te ruego que escribas Tú mismo todos los conocimientos que me has manifestado sobre Ella; y que cada palabra, cada concepto, cada efecto y conocimiento de Ella sean, para quienes lean, dardos, flechas, saetas, que hiriéndoles les hagan caer a tus pies para recibirte con los brazos abiertos y te hagan reinar en sus corazones.

A tantos prodigios de tu Querer, añade también éste: que cuando te conozcan no te dejen pasar de largo, no, sino que te abran las puertas para recibirte y hacerte reinar. Esto es lo que te pide la pequeña recién nacida de tu Voluntad. Si de mí has querido el sacrificio, y con tanta insistencia, de manifestar los secretos que me has comunicado sobre tu Querer, yo quiero de Ti que al conocerse haga este prodigio, que tome su puesto de triunfo y reine en los corazones que lo conozcan. Sólo esto te pido, oh Jesús mío, no te pido nada más; sólo quiero el fruto de mi sacrificio, que tu Querer sea conocido y reine con su pleno dominio.

Tú sabes, Amor mío, cuán grande ha sido mi sacrificio, mis luchas interiores, hasta sentirme morir; pero por amor tuyo y para obedecer a tu representante en la tierra, a todo me he sometido. Por tanto, grande quiero que sea el prodigio: que al conocer lo que Tú has dicho sobre tu Querer, las almas queden encantadas, encadenadas, atraídas más que por un potente imán, y hagan reinar ese *Fiat* Divino que Tú con tanto amor quieres que reine en la tierra.

Y si te parece bien, Vida mía, antes de que estos escritos salgan a la luz del día y vayan a manos de nuestros hermanos y hermanas, ¡ah, llévate a la pequeña recién nacida de tu Voluntad a la Patria celestial! ¡Ah, no me des ese dolor, que tenga yo que ver que nuestros secretos sean conocidos por las otras criaturas! Si me has dado el primero, evítame el segundo, pero siempre *non mea voluntas sed tua fiat*.⁴

Y ahora una palabra a todos los que leáis estos escritos: os ruego, os suplico que aceptéis con amor lo que Jesús quiere daros, o sea, su Voluntad. Pero para daros la suya, quiere la vuestra, si no, no podrá reinar. ¡Si supiérais con cuánto amor mi Jesús quiere daros el don más grande que existe en el Cielo y en la tierra, que es su Voluntad!

Oh, cuántas lágrimas amargas derrama, porque os ve que, viviendo con vuestro querer os arrastráis por el suelo, enfermizos, miserables. No sois capaces siquiera de mantener un buen propósito, ¿y sabéis por qué? Porque su Querer no reina en vosotros.

¡Oh, cómo llora y suspira Jesús por vuestra situación, y con sollozos os ruega que hagáis que reine su Querer en vosotros! Quiere cambiar vuestra suerte: que de enfermos seáis sanos, de pobres ricos, de débiles fuertes, de volubles inmutables, de esclavos reyes. No son grandes penitencias lo que quiere, ni largas oraciones u otras cosas, sino que su Querer reine y que vuestra voluntad no vuelva a tener vida. ¡Ah, sí, hacedle caso! Yo estoy dispuesta a dar la vida por cada uno de vosotros, a sufrir cualquier pena, con tal de que abráis las puertas de vuestra alma para hacer que el Querer de mi Jesús reine y triunfe en las generaciones humanas.

Y ahora os invito a todos: venid conmigo al Eden⁵, donde tuvo principio nuestra existencia, donde el Ser Supremo creó al hombre y, haciéndolo rey, le dió un reino en que reinar. Ese reino era todo el universo, pero su cetro, su corona, su autoridad salían del fondo de su alma, en que residía el *Fiat* Divino como Rey dominante, el cual formaba la verdadera realeza del hombre. Sus vestiduras eran regias, más refulgentes que el sol; sus actos eran nobles, su belleza era arrebatadora. Dios lo amaba tanto, se entretenía con él, lo llamaba “mi pequeño rey e hijo”. Todo era felicidad, orden y armonía. Ese hombre, nuestro primer padre, se traicionó a sí mismo, traicionó su reino y, haciendo su propia voluntad, amargó a su Creador, que tanto lo había exaltado y amado, y perdió su reino, el reino de la Divina Voluntad, en la cual todo le había sido dado. Las puertas del reino se le cerraron y Dios retiró para Sí el reino que le había dado al hombre.

⁴ - “No se haga mi voluntad, sino la Tuya” (Lc 22,42). Luisa escribe de vez en cuando una palabra o una frase en latín, como la conocía, conforme a la liturgia de su tiempo.

⁵ - El Eden, o sea, *el Paraíso terrenal*.

Ahora he de deciros un secreto: Dios, al retirar para Sí el reino de la Divina Voluntad, no dijo: “No se lo volveré a dar al hombre”, sino que lo reservó esperando a las futuras generaciones para asaltarlas con gracias sorprendentes, con luz deslumbradora, para eclipsar al humano querer que nos hizo perder un reino tan santo, y con tal atractivo de asombrosos y prodigiosos conocimientos de la Divina Voluntad, que nos hiciera sentir la necesidad y el deseo de dejar a un lado nuestro querer que nos hace infelices y lanzarnos a la Divina Voluntad como nuestro reino permanente.

Así que el Reino es nuestro, ¡ánimo! El *Fiat* Supremo nos espera, nos llama, nos insiste a que tomemos posesión de él. ¿Quién será tan pérfido, quién tendrá el valor de no hacer caso de su llamada y no aceptar tanta felicidad? Sólomente tenemos que dejar los miserables harapos de nuestra voluntad, el vestido de luto de nuestra esclavitud a la que nos ha reducido, para vestarnos como reinas y adornarnos con ornamentos divinos.

Por eso hago un llamamiento a todos; no creo que no queráis escucharme. ¿Sabéis? Soy una pobre pequeñita, la más pequeña de todas las criaturas; pero yo, bilocándome en el Divino Querer junto con Jesús, vendré como pequeña que soy a vuestro regazo y con gemidos y lágrimas llamaré a la puerta de vuestros corazones para pedirlos, come pequeña mendiga, vuestros harapos, el vestido de luto de vuestro querer infeliz, para dárselo a Jesús, para que El lo queme todo, os dé otra vez su Querer y os devuelva su reino, su felicidad, el candor de sus vestiduras regias.

¡Si supiérais lo que significa Voluntad de Dios! Ella contiene Cielo y terra. Si estamos con Ella todo es nuestro, todas las cosas dependen de nosotros; pero si no estamos con Ella todo está contra nosotros, y si algo tenemos somos los verdaderos ladrones de nuestro Creador y vivimos de fraudes y de robos.

Por eso, si queréis conocerla, leed estas páginas: en ellas hallaréis el bálsamo para las heridas que cruelmente nos ha hecho nuestro querer humano, el nuevo aire todo divino, la nueva vida toda celestial; sentiréis el Cielo en vuestra alma, veréis nuevos horizontes, nuevos soles, y a menudo encontraréis a Jesús con la cara mojada por sus lágrimas, porque quiere daros su Querer. Lloro porque quiere veros felices, pero al veros infelices solloza, suspira, ruega por la felicidad de sus hijos, y mientras os pide vuestro querer para quitaros la infelicidad, os ofrece el Suyo como confirmación del don de su Reino.

Por eso me dirijo a todos, y hago este llamamiento junto con Jesús, con sus mismas lágrimas, con sus suspiros ardientes, con su Corazón que arde porque quiere dar su *Fiat*. Del *Fiat* hemos salido, él nos ha dado la vida; es justo, es nuestra obligación y deber que volvamos a él, a nuestra querida e interminable heredad.

Y en primer lugar, mi llamamiento es al Sumo Jerarca, al Romano Pontífice, a Su Santidad, al representante de la Santa Iglesia, que por lo tanto representa el Reino de la Divina Voluntad. A sus santos pies esta pobre pequeñita depone este Reino, para que lo domine, lo haga conocer y con la autoridad de su voz paterna llame a sus hijos a que vivan en este Reino tan santo. Que el sol del *Fiat* Supremo lo inunde y forme el primer sol del Querer Divino en su representante en la tierra. Que formando su primera vida en aquel que es la cabeza de todos, derrame sus rayos interminables en todo el mundo, y eclipsando a todos con su luz forme un solo rebaño y un solo pastor.

El segundo llamamiento lo hago a todos los sacerdotes. Postrada a los pies de cada uno les ruego, les suplico que se interesen por conocer la Divina Voluntad. El primer movimiento, el primer acto, tomadlo de Ella, es más, encerraos en el *Fiat* y sentiréis lo dulce y preciosa que es su vida, tomad de Ella toda vuestra actividad y sentiréis en vosotros una fuerza divina, una voz que siempre habla, que os dirá cosas admirables que nunca habeis oído; sentiréis una luz que os eclipsará todos los males y que, eclipsando a las gentes, os dará el dominio sobre ellas. ¡Cuántos esfuerzos hacéis sin fruto, porque falta la vida de la Divina Voluntad! Habéis distribuido a la gente un pan sin la levadura del *Fiat*, y por eso, comiéndolo, lo han sentido duro, casi indigesto, y no sintiendo su vida en ellos, no se rinden a vuestras enseñanzas. Por tanto, ¡comed vosotros este pan del *Fiat* Divino! Tendréis así pan suficiente para darle a la gente, así formaréis con todos una sola vida y una sola voluntad.

El tercer llamamiento lo dirijo a todos, al mundo entero, pues todos sois hermanos, hermanas e hijos míos. ¿Sabéis por qué os llamo a todos? Porque quiero daros a todos la vida de la Divina Voluntad. Ella es más que el aire que todos podemos respirar, es como el sol del que todos podemos recibir el bien de la luz, es como el palpitar del corazón que en todos quiere palpar; y yo, como niñita que soy, quiero, suspiro que todos toméis la vida del *Fiat*. ¡Oh, si supiérais cuántos bienes recibiréis, daríais la vida para hacerla reinar en todos vosotros!

Esta pobre pequeñita quiere deciros otro secreto que le ha confiado Jesús, y os lo digo para que me déis vuestra voluntad y en cambio recibáis la Voluntad de Dyos, que os hará felices en el alma y en el cuerpo. ¿Queréis saber por qué la tierra no produce? ¿Por qué en varias partes del mundo la tierra con los terremotos a menudo se abre y sepulta en su seno ciudades y personas? ¿Por qué el viento, el agua, forman tempestades que devastan todo, y tantos otros males que todos sabéis? Porque las cosas creadas poseen una Voluntad Divina que las domina y por eso son potentes y dominantes, son más nobles que nosotros. Mientras que nosotros estamos dominados por una voluntad humana, degradados, y por eso somos débiles e impotentes. Si por suerte nuestra dejamos a un lado nuestra voluntad humana y tomamos la vida del Querer Divino, también nosotros seremos fuertes, dominantes,

seremos hermanos de todas las cosas creadas, las cuales no sólo ya no nos molestarán, sino que nos darán el dominio sobre ellas, y seremos felices en el tiempo y en la eternidad.

¿No os gusta? Por tanto, daos prisa, hacedle caso a esta pobre pequeñita que os quiere tanto; y yo estaré contenta, cuando pueda decir que todos mis hermanos y hermanas son reyes y reinas, porque todos poseen la vida de la Divina Voluntad.

¡Animo, pues, responded todos a mi llamamiento!

Mucho más suspiro que todos en coro respondáis a mi llamamiento, porque no soy yo sola la que os llama, la que os ruega, sino que junto conmigo os llama con voz tierna y conmovedora mi dulce Jesús, que muchas veces también llorando os dice: “Tomad como vida vuestra mi Voluntad; venid a su Reino”.

Es más, debéis saber que el primero en pedirle al Padre Celestial que venga su Reino y que se haga su Voluntad así en la tierra como en el Cielo, fue Nuestro Señor en el Padre nuestro; y enseñándonos a nosotros su oración, nos estaba haciendo un llamamiento para que todos pidamos el *Fiat Voluntas tua* así en la tierra como en el Cielo. Y cada vez que decís el Padre nuestro, siendo tan grande el deseo de Jesús, que quiere daros su reino, su *Fiat*, que corre para decir con vosotros: “¡Padre mío, soy Yo el que Te lo pide para mis hijos, date prisa!” Así que el primero que lo pide es el mismo Jesús, y luego también vosotros lo pedís en el Padrenuestro. ¿No queréis un bien tan grande?

Ahora os digo la última cosa. Debéis saber que, viendo esta niñita el afán, el delirio, las lágrimas de Jesús por querer daros su Reino, su *Fiat*, son tan grandes sus ganas, sus suspiros, sus ansias por veros a todos en el Reino de la Divina Voluntad para veros a todos felices, para hacer sonreír a Jesús, que si no lo consigue con súplicas, con lágrimas, quiere conseguirlo poniéndose caprichosa, tanto con Jesús como con vosotros. Por tanto, ¡hacedle todos caso a esta pobre pequeñita, ya no la hagáis suspirar! Decid todos, por amor de Dios: “Así sea, así sea; todos queremos el Reino de la Divina Voluntad”.

Corato, año 1924

Luisa, la pequeña hija de la Divina Voluntad



Consagración a la Divina Voluntad

In Voluntate Dei! Deo gratias!

Oh Voluntad Divina y adorable, héme aquí ante la inmensidad de tu luz, para que tu eterna bondad me abra las puertas y me haga entrar en ella para formar toda mi vida en ti, Voluntad Divina. Por eso, postrado ante tu luz, yo, el más pequeño entre todas las criaturas, vengo, oh adorable Voluntad, en el pequeño grupo de los hijos de tu *Fiat* Supremo.

Postrado en mi nada, suplico e imploro que tu luz quiera inundarme y eclipsar todo lo que no te pertenece, de modo que no haga más que mirar, comprender y vivir en ti, Voluntad Divina. Ella será mi vida, el centro de mi inteligencia, la raptora de mi corazón y de todo mi ser. En este corazón no quiero que vuelva a tener vida el querer humano; lo echaré de él y formaré el nuevo paraíso de paz, de felicidad y de amor. Con ella seré siempre feliz; tendré una fuerza única y una santidad que todo santifica y todo lleva a Dios.

Aquí postrado invoco la ayuda de la Trinidad Sacrosanta, que me admita a vivir en el recinto de la Divina Voluntad, para que regrese en mí el orden primordial de la creación, el orden en que fue creada la criatura.

Madre Celestial, Reina Soberana del *Fiat* Divino, tóname de la mano y sumérgeme en la luz del Querer Divino. Tú serás mi guía, mi tierna Madre, y me enseñarás a vivir y a mantenerme en el orden y en el recinto de la Divina Voluntad. Soberana Celestial, a tu Corazón entrego todo mi ser. Tú me darás lecciones de Voluntad Divina y yo estaré atento a escucharte. Extenderás tu manto sobre mí, para que la serpiente infernal no se atreva a penetrar en este sagrado Edén para seducirme y hacerme caer en el laberinto del querer humano.

Corazón de mi sumo Bien, Jesús, Tú me darás tus llamas para que me quemen, me consuman y me alimenten, para formar en mí la vida del Supremo Querer.

San José, tú serás mi protector, el custodio de mi corazón, y tendrás las llaves de mi querer en tus manos. Custodiarás mi corazón celosamente y no me lo darás nunca más, para que yo esté seguro de no salirme nunca de la Voluntad de Dios.

Angel mío de la guarda, guárdame, defiéndeme, ayúdame en todo, para que mi paraíso crezca florecido y sea el reclamo de todo el mundo a la Voluntad de Dios.

Corte Celestial, ven en mi ayuda y yo viviré siempre en la Divina Voluntad.

**LUISA PICCARRETA,
LA PEQUEÑA HIJA DE LA DIVINA VOLUNTAD**



Cuaderno "Memorias de la infancia"

**PEQUEÑA AUTOBIOGRAFÍA DE SU INFANCIA,
QUE LUISA ESCRIBIÓ EN 1926 POR ORDEN
DE SU CONFESOR DON BENEDETTO CALVI**

En la tapa del cuaderno está escrito con la caligrafía de Luisa:

Memorias

y seguido, con la caligrafía de Don Benedetto Calvi:

Pequeña autobiografía

*escrita por imposición de su Confesor D. Benedetto Calvi
A este cuaderno sigue el otro cuaderno manuscrito (no por Luisa)
con escritura diminuta. La copia dactilógrafa
está con las otras copias de los escritos de Luisa⁶*

⁶ - No sabemos de qué cuaderno, manuscrito no de Luisa (evidentemente una copia) él habla. Muy probablemente se trata del Primer Volumen de su Diario. Esta es una nota que testifica la autenticidad del Cuaderno.

Jesús mío, Amor mío, Madre mía Celestial y Reina Soberana, venid en mi ayuda, tomad en vuestras manos mi pobre corazón; ¿no veis cómo me sangra por el duro combate de tener que empezar desde el principio, para contar mi pobre existencia, de mi infancia? A cualquier precio quisiera evitar este dolorosísimo y duro sacrificio, tanto más duro porque inesperado; pero una nueva obediencia aparece para martirizar mi pobre e insignificante existencia. Jesús, Mamá, venid en mi ayuda, porque si no, siento que mi voluntad quisiera salir de nuevo, para tener vida y poder decir un “no” tajante a quien me lo manda. Ah, Jesús, ¿permitirás Tú acaso que yo tenga que ver con mi querer, después de tanto tiempo que Tú con tanto celo lo tienes atado tus pies, como don y triunfo de tu pequeña hija? Me han impuesto que rece para saber de Ti si debo o no hacerla, y Tú, en vez de estar conmigo, me has dicho: ***“Eso servirá para hacer conocer la tierra que el Sol de mi Voluntad debía iluminar, para formar su Reino”***.

¡Ah, Jesús, qué me importa a mí hacer conocer mi pequeña tierra! Es a Ti a quien debe importar que se conozca tu Querer, ¿no es verdad, oh Jesús?

Pero Jesús ha guardado silencio y ha desaparecido, y yo pronuncio con toda la intensa amargura del alma ***“FIAT! FIAT!”***, y empiezo.

Y empiezo diciendo lo que me ha dicho mi misma familia.

Nací en 1865, el 23 de Abril, el Domingo in Albis, por la mañana ⁷; esa misma tarde me bautizaron ⁸. Decía mi madre que yo nací a revés, pero ella no sufrió nada en el parto, tanto que yo, en los encuentros y circunstancias de mi pobre vida, suelo decir: ¡Nací a revés! ¡Es justo que mi vida sea al revés de la vida de las demás criaturas! ⁹

Recuerdo que en mi tierna edad de tres o cuatro años, hasta casi los diez, era por temperamento miedosa, y era tanto el miedo que no sabía estar sola, ni dar un paso yo sola, pero eso era debido a que desde que tenía tres años, por la noche tenía casi siempre sueños de miedo. Soñaba al demonio, que me asustaba tanto que me hacía temblar; muchas veces soñaba que quería llevarme con él y tiraba fuerte de mí, y yo hacía todos los esfuerzos por huir; y en el mismo sueño sudaba frío, me escondía, huía en brazos de mi madre; así que de día me quedaba la impresión de los sueños y tanto miedo, como si por todas partes quisiera salir el demonio.

Ahora creo que eso me hizo bien, porque desde aquella tierna edad yo rezaba muchas “avemarías” y “padrenuestros” a todos los Santos de los que conocía el nombre, para obtener la gracia de que no me dejaran soñar al demonio, y si se me nombraba otro Santo que yo no conocía, enseguida añadía un “padrenuestro”, si era hombre, un “avemaría” si era mujer, porque decía que si no los honraba a todos, me hacían soñar al demonio. Recuerdo que las siete “avemarías” a la Virgen Dolorosa desde aquella edad las he dicho siempre, así que tenía una serie de “padrenuestros” y de “avemarías” que decir, y por eso, mientras las otras niñas y mis hermanitas jugaban, yo me quedaba un poco separada de ellas, o junto con ellas porque tenía miedo, pero no participaba en sus juegos inocentes, por rezar mis largas “avemarías” y “padrenuestros”... Recuerdo también que alguna vez soñaba a la Virgen, que echaba lejos al demonio, y una vez me dijo: ***“Hija mía, llora, que ha muerto mi Hijo”***. Yo quedé conmovida y la compadecía; pero eso me hacía infeliz. Cuando llegué a la edad más capaz en que podía hacer la meditación, leer, no podía apartarme por el miedo y por tanto no podía hacer lo que quería.

Pero habiendome hecho hija de María a la edad de once años, un día, mientras quería rezar y meditar, el miedo me sorprendió y estaba a punto de huir en medio de mi familia, cuando sentí una fuerza en mi interior que me detenía, y sentí en el fondo de mi alma una voz que me decía: ***“¿Por qué temes? Está tu Angel a tu lado, está Jesús en tu corazón, está la Mamá Celestial que te tiene bajo su manto.”***

⁷ - Es el Domingo que sigue al de Pascua de Resurrección. Es significativo que setenta años más tarde Nuestro Señor pidió, por medio de Santa Faustina Kowalska, que ese domingo se celebre la fiesta de la Divina Misericordia. Y otros 60 años después, *precisamente el 23 de Abril de 1995*, Su Santidad el Papa Juan Pablo II proclamó solemnemente para todo el mundo católico que ese domingo sea celebrada para siempre la Divina Misericordia. Obtenerla en favor de los hombres fue precisamente la primera misión de Luisa como víctima.

⁸ - En la iglesia madre (“Chiesa Matrice”), Santa María Mayor, de Corato, provincia de Bari, donde Luisa nació.

⁹ - También su muerte fue al revés de lo que sucede a los demás, como se vió por los fenómenos extraordinarios ocurridos a su cuerpo, al morir el 4 de Marzo de 1947.

¿Entonces por qué tienes miedo? ¿Quién es más fuerte: tu Ángel de la guarda, tu Jesús, tu Mamá Celestial, o bien el enemigo infernal? Por eso no huyas, sino quédate y reza y no tengas miedo.”

Eso que sentí en mi interior¹⁰ me dió tanta fuerza, valor y firmeza, que se me alejó el miedo, y cada vez que me sentía sorprender por el miedo, sentía repetirme la misma voz en mi interior y yo me sentía llevar como de la mano por mi Ángel, por la Reina Soberana y por el dulce Jesús; me sentía triunfante en medio de Ellos, de modo que adquirí tanto valor que se me quitó del todo el miedo, y mucho más que los sueños de miedo cesaron del todo. Así pude quedarme sola, caminar sola, ir yo sola al jardín cuando estábamos en la *massería*¹¹, mientras que antes, si iba, con sólo ver que se movía la rama de un árbol huía, porque pensaba que allí encima estaba el demonio.

Recuerdo que un día, recordando el miedo de mi edad infantil, todos aquellos sueños del enemigo que me hicieron infeliz mi niñez, le decía a Jesús: *“¿Para qué, Amor mío, haber pasado mi edad infantil con tanto miedo, con tantas pesadillas que me hacían temblar, sudar y amargar una edad tan tierna? Yo no entendía nada, ni creo que el enemigo tuviera ningún fin, siendo una edad tan pequeña”*.

Y Jesús me dijo: *“Hija mía, el enemigo entreveía algo sobre ti, que me podías servir para alguna cosa de mi gran Gloria, y que él había de recibir una gran derrota, como nunca recibida; mucho más que veía que, por más que se esforzaba, no podía hacer penetrar en ti ningún afecto o pensamiento menos puro, porque Yo le tenía cerradas las puertas y él no sabía por donde entrar, y viendo eso se enfurecía y trataba de aterrorizarte, no pudiendo hacer otra cosa, con sueños de miedo y de espanto. Mucho más que no sabiendo el motivo de mis grandes proyectos sobre ti, que debían servir para la destrucción de su reino, se ponía en guardia para descubrir la causa, con la esperanza de poder dañarte de todas las maneras”*.

Nuestro Señor ha sido tan bueno conmigo, dandome padres buenos, que estaban más atentos a no dejarnos oír ni siquiera una palabra de blasfemia o menos honesta¹². Me amaban, pero con amor decoroso y serio. Recuerdo que de niña mi padre nunca me tomó en brazos, ni de haberle dado, ni recibido besos; ni tampoco recuerdo haber besado a mi madre, y cuando fui mayor y quedé en cama, la mamá, cuando tenía que ir a la *massería* y faltar por largos meses, al despedirse de mí hacía el gesto de querer besarme, y yo, al ver eso, antes de que lo hiciera le besaba la mano, y ella se abstenía de hacer ese deshago todo materno. Papá y mamá eran ángeles de pureza y de modestia. Han sido generosos con sus dependientes: el fraude, el engaño, no tenían lugar en nuestra casa. Era tanta la custodia, que nunca nos confiaron a personas extrañas, sino siempre con ellos. Confío que Jesús bendito haya premiado tanta virtud, dándoles como morada la Patria Celestial.

Recuerdo también que era vergonzosa de temperamento, y si venían parientes u otras personas a visitarnos, yo me iba arriba para que no me encontraran, o bien me escondía detrás de una cama y rezaba, y salía de ahí cuando me llamaban y me decían que ya se habían ido; y cuando mi mamá iba a visitar a los parientes y quería llevarme con ella, lloraba porque no quería ir; y yo y otra hermanita mía, casi con el mismo temperamento, nos contentábamos con quedarnos solas, cerradas con llave, más bien que salir. Esa vergüenza no me dejaba tomar parte en nada, ni en fiestas, ni en diversiones, aun inocentes, que se acostumbran en las familias; era la sacrificada de la vergüenza, y si los míos me obligaban estaba en cruz, porque la vergüenza me hacía extrañas todas las cosas.

Así, recordando todo lo que de algún modo hacía infeliz mi niñez, el dulce Jesús me dijo: *“Hija mía, también la vergüenza con que te rodeé en tu tierna edad fue uno de los más grandes celos de amor por ti. No quería que en ti entrara nadie, ni el mundo, ni las personas; quería hacerte extraña para todos. A nada quería que tú tomaras parte y que te gustase, porque habiendo establecido desde entonces que había de formar en ti el Reino del «FIAT» Supremo, y debiendo tú tomar parte en sus*

¹⁰ - Esas “voces” se pueden considerar probablemente los primeros signos sobrenaturales en la vida de Luisa.

¹¹ - La *massería* de la familia: una finca agrícola a unos 27 km. de Corato, en la zona llamada “Torre Desesperada”, en el punto más alto de la comarca de la Murgia.

¹² - Los padres de Luisa se llamaban *Vito Nicola Piccarreta* y *Rosa Tarantini*, ambos de Corato. Para su matrimonio fue necesaria una dispensa, teniendo un cierto grado de parentesco. Tuvieron cinco hijas: María, Raquel, Filomena, *Luisa* y Angela. Esta última vivió siempre con Luisa y, como ella, no se casó. Sus padres murieron en 1907, a pocos días de distancia: su mamá el 19 de Marzo, y tres semanas después, su papá (Vol. VII, 13 de Marzo y 9 de Mayo 1907). Esos capítulos muestran con qué fuerza de amor Luisa amaba a sus padres.

fiestas y en las alegrías que hay en él, era justo que ninguna otra fiesta tú gustaras y que de los placeres y diversiones que hay en la tierra debieras quedar extraña. ¿No estás contenta?”

Pero a pesar de que era vergonzosa y miedosa, era de temperamento vivaz, alegre; saltaba, corría y también hacía travesuras.

Ahora bien, después, a la edad de unos doce años, empezó otro periodo de mi vida: empecé a oír internamente la voz de Jesús, especialmente en la Comunión. La primera la hice a los nueve años, y ese mismo día recibí el Sacramento de la santa Confirmación ¹³.

Así que no era raro que se hiciera sentir en mi interior cuando hacía la S. Comunión. A veces me quedaba horas enteras arrodillada, casi sin moverme, después de la Comunión, y sentía la voz interior que decía o que me regañaba si no había sido buena, atenta. Si durante el día había estado alguna vez distraídilla, oh, cómo me reprendía y acababa diciendome: *“Y tú dices que me quieres; ¿y dónde está ese amor tuyo?”*.

Yo me sentía morir al oír que me decía eso y prometía estar más atenta, y Jesús añadía: *“Veré, veré si será verdad; las palabras no me bastan, quiero los hechos”*.

La Comunión se volvió mi pasión predominante. En ella concentré todos mis afectos. Estaba segura de que oía hablar a Nuestro Señor; y cuánto me costaba estar privada, porque era obligada por la familia a ir con ellos a la *masseria* y debía estar largos meses sin Misa ni Comunión. ¡Cuántas veces rompía en llanto al ver árboles, flores, toda la Creación...! Decía para mí: *“Las obras de Jesús entán en torno a mí; sólo Jesús no está conmigo... Ah, háblame tú, flor, tú, sol, tú, cielo, tú, agua cristalina que corres en nuestro laguito, habládme de Jesús; sois obras de sus manos, ¡dadme noticias de El...!”*

Y me parecía que me hablaban todas de El. Cada cosa creada me hablaba de cada cualidad de Jesús, y yo, llorando porqué no podía recibir Aquel que todas las cosas amaban y que sabían narrar así de bien la belleza, el amor, la bondad de Jesús, lloraba y llegaba incluso a enfermarme.

También en la meditación oía la voz de Jesús, pero alguna vez me faltaba; pero nunca en la Comunión. Y cuantas veces meditando permanecía dos o tres horas sin poder dejarla, cuando llegaba al punto y me detenía, en mi interior sentía la voz de Jesús, que como Maestro me explicaba la meditación. Desde entonces el amable Jesús en mi interior me daba lecciones sobre la Cruz, sobre la mansedumbre, sobre la obediencia, sobre su Vida oculta... A propósito de su Vida oculta, recuerdo que me decía: *“Hija mía, tu vida debe ser en medio a Nosotros en la casa de Nazaret. Si trabajas, si rezas, si comes, si caminas, debes darme una mano a Mí, la otra a nuestra Mamá y la mirada a S. José, para ver si tus actos corresponden a los nuestros, de modo que puedas decir: tomo primero como modelo lo que hacen Jesús, la Mamá Celestial y S. José, y después lo hago. Conforme al modelo que has tomado, Yo quiero ser repetido por ti en mi Vida oculta; quiero hallar en ti las obras de mi Mamá, las de mi querido S. José y mis mismas obras.”*

Yo me quedaba confundida y le decía: *“Mi amado Jesús, yo no sé hacer”*.

Y El: *“Hija mía, ánimo, no te desanimes; si no sabes hacer pregúntame, que Yo te enseñe, y Yo enseguida te enseñaré, te diré la forma como hacíamos, mis intenciones, el amor continuo de los tres, que Yo como un mar y ellos como riachuelos estábamos siempre llenos, de modo que uno se desbordaba en el otro, tanto que poco tiempo teníamos para hablarnos; tanto estábamos absortos en el amor. ¿Ves cuánto estás atrás? Mucho tienes que hacer para alcanzarnos; te conviene mucho silencio y atención, y Yo no te quiero atrás, sino en medio de Nosotros.”*

Así que cuando no sabía hacer le preguntaba a Jesús y El me enseñaba en mi interior. Trataba casi siempre, cuanto más podía, de apartarme de la familia para estar sola, para mantener el silencio; tomaba mi trabajo y le pedía a mi mamá que me permitiera irme arriba, y ella me lo concedía. Así que mi mente estaba en la casa de Nazaret, y una vez miraba a uno, otra vez al otro, y me sentía confusa al verlos tan atentos en sus humildes trabajos, tan absortos en las llamas de amor, que se elevaban tan en alto que sus

¹³ - Fue el Domingo “in Albis” de 1874. Luisa se había preparado desde mucho antes; había frecuentado la iglesia madre para aprender mejor las nociones del catecismo y en los exámenes se mostró superior a su edad, dándosele a ella el premio. El Arcipreste, Don Filippo Furio, dirigió a los pequeños que recibían la primera Comunión palabras cálidas de fe y de amor el Prisionero Eucarístico. La pequeña Luisa lloró de ternura y con gran devoción se acercó por primera vez a recibir Aquel que había de hacerla su Víctima y Hostia viviente. De Trani había venido el Arzobispo y se aprovechó para dar la S. Confirmación a los que se habían demostrado buenos y preparados. Entre los primeros fue Luisa (*Noticias de un borrador de “Biografía”, escrito por Mons. D’Oria, Arcipreste de Corato*).

trabajos quedaban incendiados y transformados en amor ¹⁴; y yo, asombrada, pensaba: “*Ellos aman tanto, ¿y mi amor cuál es? ¿Puedo decir que mis trabajos, mis plegarias, el alimento que tomo, los pasos que doy, son llamas que se elevan al trono de Dios y, formando un río, desembocan en el mar de Jesús?*”

Y viendo que no lo eran me afligía; y Jesús en mi interior me decía: “*¿Qué te pasa? No te aflijas; poco a poco llegarás. Yo estaré a tu lado, y tú sígueme y no temas*”.

Si yo quisiera decir todo lo que pasé en mi interior en mi niñez, iría demasiado lejos; mucho más que en el primer Volumen escrito por mí, sin precisar la época, si antes o después ¹⁵, cuando era más pequeña o cuando fui más grande, está dicho algo del trabajo de la Gracia en el fondo de mi alma, porque así se me dijo: que no importaba que no dijera el orden de la edad, ni lo que había sido primero, ni lo que había sido después, con tal de que dijera lo que en mí había pasado; y mucho más que después de tantos años me resultaba difícil decir por orden lo que había pasado en mi interior. Y ahora, para no repetir, sigo adelante.

Recuerdo que, siendo adolescente, tenía casi una manía de querer ser monja y, como iba a la escuela de las monjas ¹⁶, yo sentía un afecto algo fuerte hacia ellas, pero las quería bien, porque quería ser como una de ellas; pero en mi interior sentía reprocharme por ese afecto, y mientras prometía no amar a nadie más que a Jesús, caía de nuevo, y Jesús volvía a hacerme amargos reproches ¹⁷. Fué el único afecto, recuerdo, que he sentido en mi vida de un modo especial, que después no he sentido más amor hacia nadie. ¡Qué tiranía es un afecto natural y tal vez hasta inocente, para el pobre corazón humano! Lo recuerdo con terror; los reproches internos me ponían en cruz; me parecía que mi afecto tenía en cruz a Jesús, y Jesús a su vez me ponía en cruz a mí, y por eso no sentía la verdadera paz, porque la naturaleza del amor humano es hacer guerra a un pobre corazón. Tener paz y amar a personas de un modo especial, no existe en el mundo, y si existe significa no tener conciencia, aunque fuera con un fin santo o indiferente.

Pero el bendito Jesús hizo que eso se acabara enseguida, y fue así: una mañana pedí a mi mamá que me mandara a visitar a la Superiora y lo obtuve a duras penas y con sacrificio. Cuando fui pedí que me llamaran a la Superiora, y luego me respondieron que estaba ocupada y no podía salir; yo me sentí como herida al oír eso. Me fui a la iglesia a desahogar mi pena con Jesús, y Él aprovechó la ocasión para hacerme que de una vez se acabara. Me habló de su Amor y de la inconstancia del amor de las criaturas, y como quería que absolutamente terminara, diciendome que “*cuando un corazón no está vacío, Yo lo rechazo, no puedo empezar el trabajo que he proyectado hacer en el fondo del alma*”... ¿Pero quién puede decir todo lo que me dijo en mi interior? Recuerdo que acabé con eso y mi corazón se quedó impávido, sin saber amar más a nadie ¹⁸.

Así que le pedía siempre a Jesús que me hiciese llegar a hacerme monja, y a menudo se lo pedía cuando me lo sentía en mi interior, si había de llegar a realizarse mi vocación religiosa; y Jesús me tranquilizaba diciendome: “*Sí, te accontentaré; verás que serás monja*”. Yo que quedaba toda contenta al sentirme asegurar por Jesús y para obtener el permiso trataba de preparar a la familia, la cual era

¹⁴ - Es la respuesta a la tan discutida cuestión: ¿Marta o María? ¿Vida activa o vida contemplativa?

¹⁵ - Es verdad que en el primer Volumen al principio no sigue un orden, porque empieza con la Novena de la Navidad, cuando tenía 17 años, pero luego la narración se desarrolla con un orden cronológico bastante claro.

¹⁶ - Luisa tenía 11 o 12 años; había fatto solo la primera o la segunda escuela primaria con las Monjas de la Inmaculada Concepción (conocidas como “*le Suore d’Ivrea*”)

¹⁷ - ¿Qué es lo que reprochan Jesús y la misma conciencia? Ese *apego* a la criatura objeto del amor, en el que Jesús es dejado a un lado, *un amor separado de Su Amor*. Véase al respecto, en los escritos de Luisa: la caridad perfecta tiene como única intención dar gusto a Jesús (Vol. II, 12.5.1899); Jesús, uniendo en Sí la Naturaleza Divina y la naturaleza humana, ha unido *el amor a Dios*, dándole satisfacción, y *el amor al prójimo*, salvándolo, y de ambos ha hecho *un solo precepto* (Vol. III, 18.6.1900); el verdadero amor ha de ser fuerte, constante y vincular a Dios y el prójimo (Vol. IV, 10.9.1902); el alma debe hacer del amor a Dios y del amor al prójimo *un solo amor*, rectificando todo hacia Dios (Vol. VI, 4.3.1904), etc. Se trata de una *pasión*, porque precisamente hace *padecer*.

¹⁸ - Evidentemente, de ese modo *desordenado*.

contraria, sobre todo la mamá; llegaba hasta a llorar y me decía que me habría contentado si hubiese querido hacerme religiosa de clausura, pero de las monjas activas nunca me habría dejado vencer.¹⁹

Yo sin embargo, para decir la verdad, quería hacerme monja activa, porque las que conocía habían sido mis maestras²⁰, pero luego llegó mi larga enfermedad²¹ y puso fin a mi vocación; y muchas veces me lamentaba con Jesús y le decía: *“Y sin embargo me decías una mentira, te burlabas de mí, prometiéndome que había de llegar a hacerme monja”*.

Y Jesús muchas veces me ha asegurado que me decía la verdad, diciéndome: *“Yo no sé engañar ni burlarme. La llamada que Yo te hacía era más especial: ¿quién con hacerse religiosa, aun en las congregaciones religiosas más estrictas, no puede caminar, ni tomar el aire, ni disfrutar de nada? ¿Y cuántas veces en las comunidades hacen entrar el pequeño mundo y se divierten magníficamente? Y a Mí me dejan como a un lado. Ah, hija mía, cuando Yo llamo a un estado de vida, Yo sé como realizar mi llamada; el lugar para Mí es indiferente²², el hábito religioso no me dice nada, cuando en la sustancia del alma es lo que debería ser si hubiera entrado en una congregación; y por eso te digo que eres y serás la verdadera monjita de mi Corazón”*.



¹⁹ - Notemos *“la intuición”* de fe de aquella madre.

²⁰ - Tuvo una nueva desilusión de esas religiosas; después fue a Trani, con intención de pedir ser admitida con las Clarisas claustrales del monasterio de San Juan. No fue aceptada, porque su madre habló de su precaria salud física. Luisa tenía unos 14 años.

²¹ - Nada supieron decir nunca los médicos de lo que Luisa llama *“enfermedad”*..., que la tuvo en cama durante 64 años, hasta su muerte.

²² - Tanto en Corato, como en otras partes, donde quiera se puede vivir en el Querer Divino; pero se debe vivirlo como lo ha vivido interiormente Luisa. Eso es posible en cada estado de vida y en cualquier lugar. *“Créeme, mujer, ha llegado el tiempo en que, ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre... Ha llegado el momento, y es éste, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y Verdad; porque el Padre busca tales adoradores. Dios es Espíritu y los que Lo adoran deben adorarlo en Espíritu y en Verdad”* (Jn. 4,21. 23-24).

GRAFICO GENERAL DE LOS VOLUMENES DE LUISA

VOLUMENES		Capítulos	Páginas originales (total) ²³	Página ²⁴
1°	(vita passata fino al 1899)	—	212	16
2°	(28.02.1899 → 30.10.1899)	90	238	55
3°	(01.11.1899 → 04.09.1900)	113	236	99
4°	(05.09.1900 → 18.03.1903)	184	390	140
5°	(19.03.1903 → 30.10.1903)	28	57	204
6°	(01.11.1903 → 16.01.1906)	147	191	214
7°	(30.01.1906 → 30.05.1907)	84	132	252
8°	(23.06.1907 → 30.01.1909)	64	116	276
9°	(10.03.1909 → 03.11.1910)	53	105	296
10°	(09.11.1910 → 10.02.1912)	53	109	313
11°	(14.02.1912 → 24.02.1917)	140	296	3
12°	(16.03.1917 → 26.04.1921)	161	456	54
13°	(01.05.1921 → 04.02.1922)	58	228	117
14°	(04.02.1922 → 24.11.1922)	76	250	146
15°	(28.11.1922 → 14.07.1923)	41 (36+5)	184	187
16°	(17.07.1923 → 06.06.1924)	62 (67-5)	286 ²⁵	215
17°	(10.06.1924 → 04.08.1925)	55	254	264
18°	(09.08.1925 → 21.02.1926)	26	186	307
19°	(23.02.1926 → 15.09.1926)	60	384	333
20°	(17.09.1926 → 21.02.1927)	62	389	3
21°	(23.02.1927 → 26.05.1927)	27	188	64
22°	(01.06.1927 → 14.09.1927)	26	187	88
23°	(17.09.1927 → 11.03.1928)	43	267	112
24°	(19.03.1928 → 03.10.1928)	48	283	155
25°	(07.10.1928 → 04.04.1929)	35	188	199
26°	(07.04.1929 → 20.09.1929)	32	188	229
27°	(23.09.1929 → 17.02.1930)	35	188	256
28°	(22.02.1930 → 08.02.1931)	35	192	285
29°	(13.02.1931 → 26.10.1931)	44	286	3
30°	(04.11.1931 → 14.07.1932)	38	290	48
31°	(24.07.1932 → 05.03.1933)	29	192	94
32°	(12.03.1933 → 10.11.1933)	30	190	123
33°	(19.11.1933 → 24.11.1935)	54	292	153
34°	(02.12.1935 → 02.08.1937)	45	290	199
35°	(09.08.1937 → 10.04.1938)	43	290	246
36°	(12.04.1938 → 28.12.1938)	46	349	294

"Las Horas de la Pasión"
"Los giros del alma"
"La Virgen María"

TOTAL: 36 Volúmenes, 2167 capítulos, 8559 páginas (sin los índices añadidos por Luisa)

Cuaderno Memorias de la infancia ²⁶	—	23	9
Las Horas de la Pasión	24	(?)	
Los Recorridos del alma en la D. Voluntad	(19)	78	
La Virgen María en el Reino de la Divina Voluntad	37 (31+6)	193 (+ 6 lecciones añadidas)	

²³ - Excluidos los índices añadidos al final. El número de páginas es el de los volúmenes autógrafos, aunque a veces Luisa se ha equivocado al numerarlas.

²⁴ - Son las páginas en que empiezan los volúmenes, distribuidos en cuatro grupos (1-10, 11-19, 20-28 y 29-36).

²⁵ - La numeración de las páginas comprende los capítulos iniciales del vol. 16°, que pertenecen al 15° (aquí repetidos).

²⁶ - Escrito el 15.07.1926. Lógicamente debe preceder al Primer Volumen y va incluido en él.

I.M.I.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por pura obediencia empiezo a escribir ²⁸. Tú sabes ²⁹, oh Señor, el sacrificio que me cuesta hacerlo, que preferiría mil muertes antes que escribir un solo renglón de las cosas que ha habido entre Tú y yo. ¡Oh Dios mío! Mi naturaleza tiembla, se siente aplastada y casi deshecha con solo pensarlo. Ah, dame la fuerza, oh Vida de mi vida, para que pueda cumplir la santa obediencia. Tú, que le has dado la inspiración al confesor, dame la gracia de poder hacer lo que se me ha ordenado.

¡Oh Jesús! ¡Oh Esposo! ¡Oh Fortaleza mía! A Ti me elevo, a Ti vengo, en tus brazos me pongo, me abandono, descanso. ¡Ah, consuelame en mi aflicción y no me dejes sola y abandonada! Sin tu ayuda estoy segura de que no tendré fuerza para cumplir esta obediencia que tanto me cuesta, me dejaré vencer por el enemigo y temo que tú justamente dejes de llamarme por mi desobediencia.

¡Ah, mírame una y otra vez, oh Esposo Santo, en tus brazos! ¿Ves de cuántas tinieblas estoy rodeada? Son tan intensas que no dejan entrar ni un átomo de luz en mi alma. Oh mi místico Sol, Jesús, que esta luz resplandezca en mi mente, para que disipe las tinieblas y pueda libremente recordar las gracias que has dado a mi alma. Oh Sol Eterno, manda otro rayo de luz en lo íntimo de mi corazón y purifícalo del fango en que yace, incéndialo, consúmalo con tu amor, para que él, que más que otra cosa ha sentido las dulzuras de tu amor, pueda claramente manifestarlas a quien es debido. Oh Sol mío, Jesús, añade otro rayo de luz a mis labios, para que pueda decir la pura verdad, con el solo fin de conocer si de verdad eres Tú, o es un engaño del enemigo. Pero, oh Jesús, ¡qué pobre de luz me veo todavía en estos tus brazos! ¡Ah, aconténtame! Tú que tanto me amas, sigue mandando Luz. Oh Sol mío, mi bello, quiero entrar precisamente en el centro, para quedar toda sumergida en esta luz purísima. Oh Sol Divino, haz que esta luz me preceda, me siga, me envuelva por todas partes, penetre en cada íntimo rincón de mi interior, para que consumado mi ser terreno, lo transformes todo en tu Ser Divino.

Virgen Santísima, Madre amorosa, ven en mi socorro, obténme de tu dulce Jesús la gracia y la fuerza para cumplir esta obediencia.

San José, protector mío querido, asísteme en esta circunstancia mía.

Arcangel San Miguel, defiéndeme del enemigo infernal, que tantos obstáculos me pone en la mente para hacerme faltar a esta obediencia. Arcangel San Rafael y tú, Angel mío de la guarda, venid a asistirme, a acompañarme, a dirigir mi mano, para que pueda escribir sólo la verdad.

Que todo sea para honor y gloria de Dios y para mí toda la confusión. Oh Esposo Santo, ven a ayudarme. Al considerar todas las gracias que has dado a mi alma, me siento espantada y asustada, toda llena de confusión y vergüenza al verme aún tan mala y que no correspondo a tus gracias. Pero, amable y dulce Jesús mío, perdóname, no te separes de mí, sino sigue derramando en mí tu Gracia, para que puedas hacer de mí un triunfo de tu misericordia.

²⁷ - “El 1º Volumen fue empezado a ser escrito en el año 1899 por obediencia impuesta por el Confesor, el Can. D. Gennaro De Gennaro”: nota añadida por el último Confesor de Luisa, D. Benedetto Calvi. Luisa escribió este volumen al mismo tiempo que el segundo, que presenta la forma de un diario. En él cuenta su vida pasada, sin seguir un preciso orden cronológico. En 1926 completó la autobiografía con el “Cuaderno de memorias de la infancia”.

Esta traducción es **conforme al texto original**. Las únicas diferencias inevitables son a veces palabras sustituidas o añadidas para indicar, por ejemplo, el sujeto o el sentido correcto de la frase; hay determinadas expresiones en una lengua que no pueden ser traducidas literalmente, sino que han de ser sustituidas por otra expresión que conserve fielmente el sentido; otras veces ha sido necesario cambiar el orden de las palabras en frases excesivamente retorcidas. Las cosas dichas por Luisa están *en cursiva*, las palabras del Señor van *en cursiva* con otro tipo de letra (*arial*).

Además, en esta versión traducida el texto ha sido dividido en párrafos con **títulos en rojo oscuro**, que no son de Luisa, añadidos para poner en evidencia el camino seguido por el Señor.

²⁸ - Luisa recibió el mandato de escribir todo lo que había habido entre Jesús y ella, por su tercer Confesor, Don Gennaro De Gennaro, que a partir de 1898 cuidó espiritualmente de ella durante 24 años. Luisa empezó a escribir sus volúmenes (36 gruesos cuadernos) en forma de diario el 28 de febrero de 1899, a partir del 2º volumen. A la vez escribió el primero, en el que refiere su vida pasada, desde que tenía unos 12 años (más o menos desde 1877 a 1899). Más tarde tuvo que escribir un “Cuaderno de memorias de la infancia” en 1926, para completar el 1º volumen. El último capítulo del último volumen (el 36º) es del 28 de diciembre de 1938; ya no escribió más cuando cesó la orden de hacerlo.

²⁹ - En muchas partes de Italia y en particular en la región de la Puglia se suele decir “Vos” (“usted”) como señal de respeto. Luisa pasa continuamente del “Vos” al “Tú” y viceversa cuando habla a Jesús. En ciertos momentos eso podría depender también de cambios en su estado de ánimo. En esta traducción el “Vos” es sustituido siempre con el “Tú”.

1 – Empieza la narración. Novena de la Santa Navidad

Empiezo. En una novena de la Santa Navidad, cuanto tenía unos diecisiete años ³⁰, me preparé a la fiesta de la Santa Navidad practicando diversos actos de virtud y mortificaciones y especialmente honrando los nueve meses que Jesús estuvo en el seno materno, con nueve horas de meditación al día, siempre acerca del misterio de la Encarnación.

2 – Primera hora

Como por ejemplo, en una hora iba con el pensamiento al Paraíso y me imaginaba a la Stma. Trinidad: el Padre que mandaba al Hijo a la tierra, el Hijo que inmediatamente obedecía al querer del Padre, el Espíritu Santo que consentía. Mi mente se confundía al contemplar tan grande misterio, un amor tan recíproco, tan igual, tan fuerte entre Ellos y a los hombres, y luego la ingratitud de los hombres y especialmente la mía, que habría estado no una hora, sino todo el día. Pero una voz interna me decía: *“Basta; ven y verás otros excesos más grandes de mi amor”*. ³¹

3 – Segunda hora

Así que mi mente iba al seno materno y me quedaba asombrada al considerar a ese Dios tan grande en el cielo y ahora tan anulado, empequeñecido, estrechado, que no podía moverse y ni siquiera casi respirar. La voz interna me decía: *“¿Ves cuánto te he amado? Ah, dame un poco de espacio en tu corazón, quita todo lo que no es mío, que así me darás más espacio para poder moverme y poder respirar”*.

Mi corazón se consumía; le pedía perdón, le prometía ser toda suya, me desahogaba llorando. Sin embargo, lo digo avergonzada, volvía a mis defectos habituales. ¡Oh Jesús, cuánto has sido bueno con esta mísera criatura!

4 – Conclusión de la Novena ³²

Y así pasaba la segunda hora del día, y luego poco a poco lo demás, que decirlo todo sería demasiado molesto. Y eso lo hacía de rodillas y, cuando se me impedía por la familia, también trabajando, porque la voz interna no me daba respiro ni me dejaba en paz si no hacía lo que quería, y por tanto el trabajo no me impedía hacer lo que debía. Así pasé los días de la novena. Mientras llegó la víspera me sentía más que nunca llena de insólito fervor, y estando sola en mi cuarto, de pronto se me presenta el Niñito Jesús, todo bello, sí, pero temblando, como queriendo abrazarme, y yo me levanté y corrí para abrazarlo, pero en el acto de estrecharlo me desapareció; y eso se repitió por tres veces. Me quedé tan conmovida y llena de fervor, que no sé explicarlo. Sin embargo, al cabo de algún tiempo no lo tuve tanto en cuenta; no dije una palabra a nadie y de vez en cuando caía en mis faltas de costumbre. Si bien la voz interna no me dejó nunca más, en cada cosa me reprendía, me corregía, me animaba; en una palabra, el Señor hizo conmigo como un buen padre, cuyo hijo trata de desviarse del buen sendero y él usa todas las atenciones, los cuidados, para detenerlo, de modo que forme su honor, su gloria, su corona. Pero ¡oh Señor, demasiado ingrata te he sido!

5 – El Señor empieza su obra en el alma: la separa y la aleja del mundo exterior

Así que el divino Maestro desde el principio se puso a despojar mi corazón de todas las criaturas, y con voz interna me decía: *“Yo soy todo lo bello que merece ser amado. Ves, si tú no quitas este pequeño mundo que te rodea, es decir, pensar a las criaturas, imaginaciones, Yo no puedo entrar libremente en tu corazón. Ese murmullo continuo en tu mente impide que oigas más clara mi voz, que sientas en tí mis gracias, que te enamores del todo de Mí, que soy Esposo súmamente celoso. Prométeme querer ser toda mía y Yo pondré manos a la obra, para hacer de ti todo lo que quiero. Tú tienes razón cuando me dices que no puedes hacer nada tú sola, pero no temas, lo haré Yo todo por tí; dame tu voluntad y eso Me basta”*.

Y eso sucedía más a menudo en la Comunión. Así que le prometía ser toda suya; le pedía perdón, porque hasta aquel momento no lo había sido, le decía que de verdad quería amarlo y le rogaba que

³⁰ - Navidad de 1882.

³¹ - En el “Cuaderno de memorias de la infancia” dice: “...a la edad de unos doce años... empecé a oír internamente la voz de Jesús, especialmente en la Comunión”.

³² - Las otras siete horas de a Novena Luisa las añadió por obediencia al final de este primer Volumen.

nunca más me dejase sola, sin El. Y la voz continuaba: *“No, no, vendré junto contigo a observar todas tus acciones, tus movimientos, tus deseos”*.³³

Así que todo el día sentía que me vigilaba; me reprendía de todo, como por ejemplo, si me dejaba llevar demasiado en el conversar con la familia de cosas incluso indiferentes, no necesarias, la voz interna me decía: *“Esas cosas te llenan la mente de cosas que a Mí no me pertenecen, te rodean el corazón de un polvo que te hace que sientas débil mi Gracia y no más viva. Ah, imítame cuando estaba en la casa de Nazaret. Mi mente no se ocupaba más que de la gloria del Padre y de la salvación de las almas; mi boca no decía más que cosas santas; con mis palabras trataba de reparar las ofensas al Padre, de sacudir los corazones y atraerlos a mi amor, en primer lugar a mi Madre y a San José. En una palabra, todo llamaba a Dios, todo se hacía por Dios y todo se refería a Dios. ¿Por qué no podrías hacer tú otro tanto?”*

Yo me quedaba muda, llena de confusión; trataba de estar sola lo más que podía; le confesaba mi debilidad, le pedía ayuda y la gracia de poder hacer lo que El quería, porque sola no sabía hacer más que mal. Si durante el día mi mente se ocupaba en pensar en personas a las que yo quería, enseguida me reprendía diciendome: *“¿Ese es el bien que me quieres? ¿Quién te ha amado nunca como Yo? Ves, si tú no acabas con eso, Yo te dejo”*.

A veces sentía que me hacía tales y tantos reproches amargos, que no hacía más que llorar. Sobre todo una mañana, después de la Comunión, me dió una luz tan clara sobre el amor grande con que El me amaba y sobre la ligereza e inconstancia de las criaturas, que mi corazón quedó tan convencido que desde entonces ya no ha sido más capaz de amar a nadie. Me enseñó cómo amar a las personas sin separarme de El, es decir, mirando a las criaturas como imágenes de Dios, de modo que, si recibía un bien de las criaturas, debía pensar que sólo Dios era el primer autor de ese bien y que se había servido de la criatura para mandarmelo por medio de ella. Por tanto mi corazón se ataba más a Dios.

Y si recibía mortificaciones, debía mirarlas también como instrumentos en manos de Dios para mi santificación y así mi corazón no se quedaba resentido con mi prójimo. De esa forma yo miraba a todas las criaturas en Dios. Por cualquier falta que viera en ellas nunca dejaba de estimarlas; si me criticaban, me sentía agradecida, pensando que me hacían obtener nuevas ganancias para mi alma; si me alababan, recibía con desprecio esas alabanzas, diciendo *“eso hoy, mañana pueden odiarme”*, pensando en su inconstancia. En fin, mi corazón adquirió una libertad tal, que yo misma no sé decirlo.

6 – El Señor prosigue su obra en el alma: la desapega de sí misma, purificando todo el interior de su corazón

Cuando el divino Maestro me liberó del mundo externo, entonces emprendió la purificación del interior y con voz interna me decía: *“Ahora nos hemos quedado solos, ya no hay nadie que nos estorbe. ¿No estás ahora más contenta que antes, cuando tenías que contentar a tantos y tantos? Ves, uno solo es más fácil contentarlo. Hazte cuenta que tú y Yo estamos en el mundo. Prometeme ser fiel y Yo derramaré en ti tales y tantas gracias que te quedarás tú misma asombrada”*.

Luego siguió diciendome: *“Sobre ti he hecho grandes proyectos, siempre si me correspondes; quiero hacer de ti una perfecta imagen mía, comenzando desde que nací hasta que morí. Yo mismo te enseñaré poco a poco de qué forma harás”*.

Y así sucedía. Cada mañana después de la Comunión me decía lo que debía hacer ese día. Diré todo brevemente, porque después de tanto tiempo es imposible poder decir todo. Cierto, no recuerdo, pero me parece que lo primero que me decía que era necesario para purificar el interior de mi corazón era la anulación de mí misma, o sea, la humildad.

Y seguía diciendome: *“Ves, para hacer que derrame mis gracias en tu corazón, quiero hacerte comprender bien que por ti misma no puedes nada. Yo me guardo muy bien de esas almas que se atribuyen a sí mismas lo que hacen, queriendome robar tantas de mis gracias, mientras que con las que se conocen ellas mismas, Yo soy generoso en derramar mis gracias a torrentes. Sabiendo muy bien que nada se atribuyen, me son gratas, las tienen en el aprecio que es junto y viven con el continuo temor de que, si no me corresponden, pueda quitarles lo que les he dado, sabiendo que no es cosa suya. Todo al contrario son los corazones que apestan de soberbia, que ni siquiera puedo entrar en ellos; porque estando llenos de sí mismos no hay dónde poder meterme. Las miséras no tienen en cuenta para nada de mis gracias y van de caída en caída hasta su ruina. Por eso quiero que este día hagas continuos actos de humildad; quiero que seas como un niño envuelto en pañales,*

³³ - Luisa tenía unos 12 años. La narración prosigue de aquí en adelante con orden cronológico.

que no puede mover ni un pie para dar un paso, ni una mano para hacer algo, sino que está esperando todo de su madre. Así tú estarás junto a Mí como un niño, pidiéndome siempre que te asista, que te ayude; en una palabra, confíesame siempre tu nada, esperando todo de Mí”.

7 – El Señor conduce al alma a la verdad de su propia nada

Así que trataba de hacer lo más que podía por contentarlo, me empequeñecía, me anulaba y a veces llegaba a tanto que me sentía casi destruido mi ser, de modo que no podía obrar, ni dar un paso ni un respiro, si El no me sostenía. Después me veía tan mala que sentía vergüenza de que me vieran las personas, conociéndome la más fea, como en realidad lo soy todavía. Así que cuanto más podía evitarlas, las evitaba y decía para mí: *“¡Oh, si supieran lo mala que soy, o si pudieran ver las gracias que el Señor me está dando (que yo no decía nada a nadie) y que yo soy siempre la misma, oh, cómo me verían con horror!”*

Por la mañana, cuando iba de nuevo a comulgar, me parecía que al venir en mí hiciese fiesta por la alegría que sentía al verme tan anulada; me decía otras cosas sobre la anulación de mí misma, pero con modos siempre diferentes de la primera vez. Yo creo que no una sino centenares de veces me ha hablado, y si me hubiera hablado mil veces tendría siempre nuevos modos de hablar sobre la misma virtud. *¡Oh divino Maestro mío, cuánto eres sabio! ¡Si al menos te hubiera correspondido!*

Recuerdo que una mañana, mientras me hablaba de la misma virtud, me dijo que por falta de humildad había cometido tantos pecados y que si yo hubiera sido humilde habría estado más cercana a El y no habría hecho tanto mal. Me hizo comprender lo feo que es el pecado, la afrenta que este miserable gusanillo le había hecho a Jesucristo, la horrenda ingratitud, la impiedad enorme, el daño que había causado a mi alma.

8 – El alma se duele de sus pecados y faltas cometidas; pero el Señor no quiere que vuelva a perder nunca más el tiempo pensando a su pasado

Me quedé tan estremecida, que no sabía qué hacer para reparar; hacía alguna mortificación, le pedía otras al Confesor, pero pocas se me daban, que me parecían todas sombras y no hacía más que pensar a mis pecados, pero cada vez más estrechada a El; tenía tanto temor de alejarme y hacer peor que antes, que yo misma no sé decirlo. Cuando me encontraba con El, no hacía más que decirle la pena que sentía de haberle ofendido, le pedía siempre perdón, le daba las gracias por haber sido tan bueno conmigo y le decía de corazón: *“Ves, oh Señor, el tiempo que he perdido mientras podía amarte”*, así que no sabía decirle más que el grave mal que había hecho.

Finalmente un día, reprendiéndome, me dijo: *“No quiero que lo pienses más. Cuando un alma se ha humillado, convencida que ha hecho mal, ha lavado su alma en el sacramento de la Confesión y está dispuesta a morir antes que ofenderme, es una afrenta a mi misericordia, un impedimento a estrecharla a mi amor el que su mente trate siempre de volver al fango pasado; me impide además que le haga emprender el vuelo hacia el Cielo, porque con esas ideas se encierra siempre en sí misma, si trata de pensar en eso. Y además, ves, Yo no me acuerdo más de nada, me he olvidado perfectamente. ¿Ves tú algún rencor o alguna sombra por mi parte?”*

Y yo le decía: *“No Señor, eres tan bueno”*; pero me sentía romper el corazón por la ternura. *“Pues bien, ¿quieras tú seguir con esas cosas? No, no, no quiero; pensemos en amarnos mutuamente y a contentarnos”.*

Desde entonces ya no pensé tanto en eso; hacía lo más que podía por contentarlo y le pedía que El mismo me enseñara cómo debía hacer para reparar el tiempo pasado. Y El me decía: *“Estoy listo para hacer lo que tú quieres. Ves, lo primero que te dije que quería de ti era la imitación de mi vida; así que, veamos qué cosa te falta”.* *“Señor –le decía–, me falta todo, no tengo nada”.*

“Pues bien –me decía– no temas; poco a poco haremos todo. Conozco Yo mismo cuánto eres débil, pero es de Mí de quien debes tomar la fuerza”.

9 – Las criaturas tienen que desaparecer de la vista del alma, la cual debe mirar sólo a Jesús y obrar sólo por El y con El

(No recuerdo en detalle, pero lo diré como pueda).

Y añadía: *“Quiero que seas siempre recta en tu obrar; con un ojo mírame a Mí y con el otro lo que estás haciendo. Quiero que las criaturas te desaparezcan del todo. Si te mandan algo, no mires las personas, no, sino que debes pensar que Yo mismo quiero que hagas lo que se te ordena; por tanto,*

con los ojos fijos en Mí no juzgues a nadie, no mires si la cosa es penosa o gustosa, si puedes o no puedes hacerla. Cerrando los ojos a todo eso, los abrirás para mirarme a Mí sólo; me llevarás junto contigo, pensando que te estoy mirando fijo; me dirás: Señor, sólo por Ti lo hago, sólo por Ti quiero obrar, ya no más esclava de las criaturas... Y así, si caminas, si obras, si hablas, en cualquier cosa que hagas, tu único fin ha de ser agradarme a Mí sólo. ¡Oh, cuántos defectos evitarás, si haces así!”

Otras veces me decía: “También quiero que, si las personas te mortifican, te insultan, te contradicen, tengas siempre la mirada fija en Mí; pensando que con mi propia boca te esté diciendo: Hija, soy Yo precisamente, que quiero que tú sufras esto, no las criaturas... Aleja la mirada de ellas, estamos siempre tú y Yo; todas las otras cosas destrúyelas. Ves, quiero hacerte bella por medio de estos sufrimientos; quiero enriquecerte de méritos, trabajar tu alma, hacerte semejante a Mí. Tú me los ofrecerás, me darás afectuosamente las gracias, serás agradecida con las personas que te dan ocasión de sufrir, las recompensarás haciéndoles algún bien. Haciendo así caminarás rectamente ante Mí, todas las cosas ya no te darán más inquietud y disfrutarás siempre de paz”.

10 – El alma (“la criatura”) debe morir a sí misma para vivir sólo en Jesús: de ahí la necesidad del espíritu de mortificación y de la caridad

Después de algún tiempo que traté de ejercitarme en esas cosas, haciendo un poco y cayendo un poco (si bien veo claro que todavía me falta este espíritu de rectitud), y me siento siempre más confusa pensando a tanta ingratitud mía, me habló y me hizo comprender la necesidad del espíritu de mortificación, si bien recuerdo que en todas estas cosas que me decía añadía siempre que todo debía ser hecho por amor suyo y que las virtudes más bellas y los sacrificios más grandes resultan insípidos si no parten del amor. “La caridad –me decía– es una virtud que da vida y esplendor a todas las demás, de modo que sin ella todas están muertas, mis ojos no reciben ningún atractivo y no tienen ninguna fuerza sobre mi Corazón. Está por tanto atenta, y haz que tus obras, aun las mínimas, estén llenas de caridad, es decir, en Mí, conmigo y por Mí”.

Pues bien, vamos al tema de la mortificación: “Quiero –me decía– que todas tus cosas, aun las necesarias, sean hechas por espíritu de sacrificio. Ves, tus obras no pueden ser reconocidas por Mí como mías, si no tienen la firma de la mortificación. Como la moneda no es reconocida por la gente si no tiene la imagen de su rey, sino que es despreciada y no honrada, así es de tus obras: si no tienen el injerto con mi Cruz, no pueden tener ningún valor. Ves, ahora no se trata de destruir las criaturas, sino a ti misma, se trata de hacerte morir para vivir solamente en Mí y de mi misma vida. Es verdad que te costará más que lo que has hecho, pero ten ánimo, no temas; no lo harás tú, sino Yo, que obraré en ti”. Así pues recibía otras luces sobre la anulación de mí misma, y me decía: “Tú no eres más que una sombra, que cuando vas a cogerla se te escapa; tú eres nada”.³⁴

Me sentía tan nada que habría querido esconderme en los más oscuros abismos, pero me veía imposibilitada para hacerlo y sentía tanta vergüenza que me quedaba muda. Mientras estaba en ese deshacerse de mí nada, El me decía: “Ponte junto a Mí, apoyate en mi brazo; Yo te sostendré con mis manos y tú recibirás fortaleza. Tú eres ciega, pero mi luz te servirá de guía. Ves, me podré delante y tú no harás más que mirarme para imitarme”.

11 – En primer lugar, el alma debe hacer morir a su propia voluntad en todo, mortificándola constantemente en cada cosa

Después me decía: “Lo primero que quiero que mortifiques es tu voluntad. Ese yo se debe destruir en ti”.³⁵ Quiero que lo tengas sacrificado como víctima ante Mí, para hacer que **tu voluntad y la Mia se hagan una sola. ¿No estás tú contenta?**”

“Sí, Señor, pero dame la gracia, que veo que por mí sola nada puedo”.

Y El seguía diciendome: “Sí, Yo mismo te he de contradecir en todo y también por medio de las criaturas”. Y así sucedía. Por ejemplo, si por la mañana me despertaba y no me levantaba enseguida,

³⁴ - “¿Qué tienes tú que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te jactas como si no lo hubieras recibido?” (1ª Cor. 4,7). “Si uno piensa que es algo mientras que no es nada, se engaña a sí mismo” (Gál. 6,3).

³⁵ - No la voluntad humana en cuanto potencia del alma, don especial del Padre Divino al crearla (cfr. Vol. XIV, 8-4-1922), reina del hombre y depositaria de todo lo que hace, que en un instante puede hacer todo el bien o todo el mal (Vol. XIII, 9-10-1921). Dios le dió todas sus prerrogativas y la hizo libre como la Suya, diciendole: “Tú serás mi hermana en la tierra; mi Querer desde el Cielo animará el tuyo; estaremos en continuos reflejos y lo que haga Yo lo harás tú, Yo por naturaleza y tú por gracia...” (Vol. XIII, 4-11-1921). No el *yo*, el “ego”, entendido como persona, responsable de sus acciones y decisiones, sino ese modo de querer y de decidir sin el Querer de Dios, es decir, el *yo* que se pone en lugar de Dios, el *querer humano* sin el Divino.

la voz interna me decía: *“Tú descansas y Yo no tuve otro lecho que la cruz. Pronto, pronto, no tanta satisfacción”*.

Si caminaba y la vista iba un poco lejos, enseguida me reprendía: *“No quiero que tu vista se aleje de ti más que la distancia de un paso a otro, para que no tropieces”*.

Si me encontraba en el campo y veía flores, árboles, me decía: *“Yo he creado todo por amor tuyo, y tú priva tu vista de ese gusto por amor mío”*.

También en las cosas más inocentes y santas, como por ejemplo, los adornos de los altares, las procesiones..., me decía: *“No debes sentir más gusto que de Mí sólo”*.

Si estaba sentada mientras trabajaba, me decía: *“Estás demasiado cómoda. ¿No te acuerdas que mi vida fue un continuo penar? ¿Y tú? ¿Y tú?”*

Enseguida, para contentarlo, me sentaba en la mitad de la silla y la otra mitad la dejaba vacía, y le decía a veces de broma: *“¿Ves, Señor? La mitad de la silla está vacía; ven a sentarte a mi lado”*. Alguna vez me parecía que me contentaba y sentía tanto gusto que no sé decirlo yo misma.

Mientras luego, algunas veces, estaba trabajando un poco lenta y sin ganas, me decía: *“Vamos, ayúdate, que el tiempo que ganes con ayudarte vendrás a estar conmigo en la oración”*.

A veces El mismo me decía cuanto trabajo debía hacer. Yo luego le pedía que viniera a ayudarme. *“Sí, sí —me respondía—, lo haremos juntos los dos, para que después de que lo hayas acabado nos quedemos más libres”*. Y sucedía que en una hora o dos hacía lo que debía hacer en todo el día. Luego me iba a hacer oración y me daba tantas luces y me decía tantas cosas, que querer decir las sería demasiado largo.

Recuerdo que, mientras estaba sola trabajando, veía que no bastaba el hilo para completar aquel trabajo y habría necesitado ir donde la familia a cogerlo; me dirigía a El y le decía: *“¿De qué sirve, Amado mío, haberme ayudado, mientras veo que necesito ir a la familia? Puedo encontrar personas que me impidan venir otra vez, y esta vez nuestra conversación se interrumpirá”*.

“¡Qué, qué! —me decía— ¿Y tú tienes fe?” “Sí”. *“Pues entonces, no temas, que haré que hagas todo”*. Y así pasaba, y después me ponía a rezar.

Si luego llegaba la hora de comer y comía algo gustoso, enseguida internamente me reprendía diciendo: *“¿Es que te has olvidado de que Yo no tuve otro gusto que padecer por amor tuyo y que tú no debes tener más gusto que mortificarte por amor mío? Déjalo y come lo que menos te agrada”*.

Y yo enseguida lo tomaba y se lo llevaba a la persona de servicio, o bien decía que ya no quería más, y muchas veces me quedaba casi en ayunas; pero cuando iba a la oración recibía tanta fuerza y sentía tanta saciedad, que tenía náusea de todo. Y otras veces, para contradecirme si no tenía ganas de comer, me decía: *“Quiero que comas por amor mío, y mientras el alimento se une al cuerpo, pídemelo que así mi amor se una con tu alma, y cada cosa quedará santificada”*.

En una palabra, sin ir más lejos, aun en las cosas mínimas trataba de hacer morir mi voluntad, para hacer que viviera sólo para El. Permitía hacerme contradecir también por el Confesor, como por ejemplo: sentía un gran deseo de recibir la Comunión; todo el día y la noche no hacía más que prepararme; los ojos no podían cerrarse en el sueño por el continuo palpitante del corazón y le decía: *“¡Señor, haz que sea pronto, que no puedo estar sin Ti! ¡Acelera las horas, haz que pronto salga el sol, que ya no puedo más, el corazón no resiste!”* Y El mismo me hacía ciertas invitaciones amorosas, que me sentía romperse el corazón. Me decía: *“Ves, Yo estoy solo; no sufras de que no puedes dormir; se trata de hacer compañía a tu Dios, a tu Esposo, a tu Todo, que es continuamente ofendido. Ah, no me niegues este consuelo, que luego, en tus aflicciones Yo no te dejaré a ti”*.

Mientras estaba con estas disposiciones, por la mañana iba al Confesor y, sin saber por qué, lo primero que me decía era: *“No quiero que hagas la Comunión”*.

Digo la verdad, me resultaba tan amargo que a veces no hacía más que llorar. Al Confesor no me atrevía a decirle nada, porque así El mismo quería que hiciera, porque si no me reprochaba, pero me iba a El y le decía mi pena: *“Oh Bien mío, ¿ésta es la vela que hemos hecho esta noche, que después de tanto esperar y desear debía quedarme privada de Ti? Conosco bien que debo obedecer. Pero dime: ¿puedo estar sin Ti? ¿Quién me dará la fuerza? Y luego, ¿quién tendrá ánimo para irse de esta iglesia sin llevarte conmigo? Yo no sé qué hacer, pero Tu puedes poner remedio a todo”*. Mientras así me desahogaba, me sentía venir un fuego a mi lado, entrar una llama en el corazón y lo sentía dentro de mí, y enseguida me decía: *“Cálmate, cálmate, aquí me tienes; ya estoy en tu corazón, ¿de qué temes ahora? No te aflijas más, Yo mismo quiero enjugarte las lágrimas. Tienes razón, tú no podías estar sin Mí, ¿no es verdad?”*

Yo luego me quedaba tan aniquilada en mí misma. Le decía que si yo hubiera sido buena, no habría dispuesto El así, y le rogaba que ya no me dejara más, que sin El no quería estar.

**12 – El Señor quiere que el alma se enamore del sufrir por amor suyo:
por eso la lleva a sumergirse en el mar insondable de su Pasión.
Luisa (tenía 13 años) ve por primera vez a Jesús llevando la Cruz.**

Después de esas cosas, un día, después de la Comunión me lo sentía en mí todo amoroso y que me quería tanto, que yo misma estaba tan asombrada, porque me veía tan mala e incorrespondiente, y decía dentro de mí: *“¡Si fuera buena, si al menos correspondiera! Temo que vaya a dejarme”*. Ese temor de que me deje lo he tenido siempre y aún lo tengo, y a veces siento tanta pena, que creo que la pena de la muerte sería menor, y si El mismo no viene a tranquilizarme no sé tener paz ³⁶. Y en vez de eso quiere estrecharse más íntimamente a mí. Mientras así me lo sentía dentro de mí, con voz interna me dijo: *“Amada mía, las cosas pasadas no han sido más que un preparativo. Ahora quiero pasar a los hechos, y para preparar tu corazón para hacer lo que quiero de ti (o sea, la imitación de mi vida) quiero que te internes en el mar inmenso de mi Pasión. Y cuando hayas comprendido bien la intensidad de mis penas, el amor con el que las sufrí, Quién soy Yo, que tanto sufrí, y quien eres tú, vilísima criatura, ay, tu corazón no se atreverá a oponerse a los golpes, a la cruz, que sólo por tu bien te tengo preparada; sino que con sólo pensar que Yo, tu Maestro, he sufrido tanto, tus penas te parecerán sombras, comparadas con las mías, te será dulce el padecer y llegarás a no poder estar sin sufrimientos”*.

Mi naturaleza temblaba con sólo pensar en los padecimientos; le rogaba que El mismo me diera la fuerza, que sin El me habría servido de sus mismos dones para ofender al Donante. Así que me puse toda a meditar la Pasión y eso hizo tanto bien a mi alma, que creo que todo el bien me ha venido de esa fuente. Veía la Pasión de Jesucristo como un mar inmenso de luz, que con sus innumerables rayos me hería toda, o sea, rayos de paciencia, de humildad, de obediencia y de tantas otras virtudes. Me veía toda rodeada por esa luz y quedaba aniquilada al verme tan diferente de El. Esos rayos que me inundaban eran tantos reproches para mí. Me sentía decir: *“Un Dios paciente, ¿y tú?... Un Dios humilde y que se somete aun a sus mismos enemigos, ¿y tú?... Un Dios que sufre tanto por amor tuyo, ¿y tus sufrimientos, dónde están, por amor suyo?”*.

El mismo, a veces, me contaba las penas sufridas por El, y quedaba tan conmovida, que lloraba amargamente.

Un día, mientras trabajaba, estaba considerando las penas dolorosísimas que sufrió mi buen Jesús. Me sentía tan oprimido el corazón por la pena, que me faltaba la respiración. Temiendo cualquier cosa, quise distraerme con salir afuera, al balcón. Quiero mirar a la calle, ¿pero qué veo? Veo la calle toda llena de gente y, en medio, a mi amante Jesús, con la cruz sobre el hombro –y unos lo empujaban a un lado y otros a otro lado– todo jadeante, que con el rostro chorreando sangre levantó los ojos hacia mí, en acto de pedirme ayuda. ¿Quién podrá decir el dolor que sentí, la impresión que hizo a mi alma una vista tan conmovedora? Inmediatamente entré en mi cuarto; no sabía yo misma dónde estaba, me sentía romper el corazón por el dolor, gritaba llorando; le decía: *“¡Jesús mío, si te pudiera al menos ayudar! ¡Si te pudiera liberar de esos lobos tan rabiosos! ¡Ay, quisiera al menos sufrir esas penas en tu lugar, para dar un alivio a mi dolor! ¡Ah, Bien mío, dame el padecer, que no es justo que Tú sufras tanto y yo, pecadora, esté sin penar!”*

Desde entonces, recuerdo, se encendió en mí tanto deseo de padecer, que aún no se ha apagado. Recuerdo además que después de la Comunión le pedía ardientemente que me concediera el padecer, y a veces El, para contentarme, parecía que cogía las espinas de su corona y me pinchaba el corazón; otras veces sentía que cogía el corazón entre sus manos y me lo apretaba tan fuerte que por el dolor sentía que perdía los sentidos. Cuando noté que las personas se podían dar cuenta de algo, estando El dispuesto a darme estas penas, enseguida le dije: *“Señor, ¿qué haces? Te ruego que me des el sufrir, pero que esté oculto a todos”*.

Hasta un cierto un tiempo me contentó ³⁷, pero mis pecados me han hecho indigna de sufrir ocultamente, sin que nadie se dé cuenta.

³⁶ - Este “santo temor de Dios” refleja siempre el sentido de la Majestad Divina, que siente Luisa, su vértigo y su nada ante la grandeza de Dios, y también como protección de los dones futuros que recibirá.

³⁷ - En realidad, cuando años después Jesús la crucificó con El, sus estigmas permanecieron invisibles. Y con su mano *traspasada* ha escrito estas páginas, casi 9.000, un prodigio de regularidad, además de otros escritos y cartas.

13 – El Señor quiere que el alma toque con la mano su propia nada y se disponga a la más profunda humildad: por eso la priva de todo consuelo y gracia sensible, ocultándose a ella

Recuerdo que muchas veces después de la Comunión me decía: *“No podrás asemejarte de verdad a Mí, si no por medio de los padecimientos. Hasta ahora he estado junto contigo; ahora quiero dejarte un poco sola, sin que me sientas. Ves, hasta ahora te he llevada de la mano, enseñándote y corrigiéndote en todo, y tú no has hecho más que seguirme. Ahora quiero que lo hagas tú misma, pero más atenta que antes, pensando que Yo te estoy mirando fijamente, aunque sin hacerme notar, y que cuando vuelva a hacerme sentir vendré para premiarte, si me serás fiel, o para castigarte, si me serás ingrata”*.

Me quedaba tan espantada y asustada ante tal intimación, que le decía: *“Señor, todo mío y vida mía, ¿cómo podré subsistir sin Ti? ¿Quién me dará la fuerza? ¿Cómo, después de que me has hecho dejar todo, de modo que me siento como si nadie existiese para mí, quieres dejarme sola y abandonada? ¿Qué, es que te has olvidado de cuánto soy mala? Estando sin Ti no puedo nada”*.

Y por eso precisamente, tomando un aspecto más serio, añadía: *“Es que quiero hacerte comprender bien quien eres tú. Ves, lo hago por tu bien, no te entristezcas; quiero preparar tu corazón a recibir las gracias que he establecido para ti. Hasta ahora te he asistido sensiblemente, ahora será menos sensible. Haré que toques con mano tu nada, te fundamentaré bien en la profunda humildad, para poder edificar sobre ti muros altísimos. Así que en vez de afligirte, deberías alegrarte y darme las gracias, que cuanto antes te haga pasar el mar tempestuoso, tanto más pronto llegarás al puerto de la seguridad; por cuantas más duras pruebas te haré pasar, tantas más gracias grandes te daré. Por tanto, ánimo, que luego vendré pronto”*.

Y diciendome así me parecía que me bendecía y se iba. ¿Quién podrá decir la pena que sentía, el vacío que dejaba en mi interior, las lágrimas amargas que derramaba? Sin embargo me resignaba a su santa Voluntad; parecía que de lejos le besaba la mano que me había bendecido, diciendole: *“¡Adios, oh Esposo Santo, adios!”* Veía que para mí todo había terminado, mientras que sólo le tenía a El, y que faltandome El no me quedaba ningún otro consuelo, sino que todo se convertía en amarguísimas penas. Más aún, la mismas criaturas me provocaban la pena, de manera que todas las cosas que miraba parecía que me dijeran: *“Ves, somos obras de tu Amado, ¿y El dónde está?”* Si miraba el agua, el fuego, las flores, hasta las mismas piedras, enseguida el pensamiento decía: *“¡Ah, estas son obras de tu Esposo! Ah, éstas tengo el bien de verlas, y a El no lo veo! ¡Ah, obras de mi Señor, dadme noticias, decidme donde se encuentra! ¡Me dijo que pronto habría venido, pero quién sabe cuándo!”* ³⁸

A veces llegaba a tanta amarga desolación, que me sentía faltar la respiración y helarme toda y un temblor por toda la persona. A veces lo notaba la familia, lo atribuían a enfermedad corporal y querían curarme y llamar a médicos, y tanto insistían que llegaban a hacerlo, pero yo hacía lo más que podía por estar sola, así que pocas veces se dieron cuenta.

14 – El alma experimenta que sin Jesús no es capaz de nada y que a El le debe todo.

Jesús es el verdadero Director espiritual, que le enseña lo que tiene que hacer en ese estado de oscuridad y de abandono, en la oración, en la Comunión y en las visitas al Santísimo

Así mismo me recordaba de todas las gracias, las palabras, las correcciones, los reproches. Veía claramente que todo lo que había hecho hasta aquí, todo, todo había sido obra de su Gracia y que de mí no quedaba más que la pura nada y la inclinación al mal; tocaba con mano que sin El no sentía más el amor tan sensible, esas luces tan claras en la meditación, de modo que estaba dos o tres horas, pero no obstante hacía lo más que podía para hacer lo que hacía cuando lo sentía, porque en mí sentía repetir aquellas palabras (*“si me serás fiel vendré para premiarte; si ingrata, para castigarte”*).

Así pasaba unas veces dos días, otras veces cuatro, más o menos, como a El le parecía. Mi único consuelo era recibirlo en el Sacramento. Oh, sí, desde luego, allí lo encontraba, no cabía duda, y recuerdo que pocas veces no se hacía sentir, porque tanto le rogaba y le insistía e importunaba, que me contentaba, pero no amoroso y amable, sino severo. ³⁹

³⁸ - Luisa repite los mismos lamentos conmovedores en el “Cuaderno de memoriaas de la infancia”. Y muchas veces en sus escritos se expresa literalmente como la Esposa del “Cantar de los cantares”: *“En mi lecho, de noche, busqué al Amado de mi alma; lo busqué y no lo hallé... ¿Habéis visto al Amado de mi alma?”* (3,1-3) *“...He abierto entonces a mi Amado, pero mi Amado ya se había ido, había desaparecido. Mi alma desfalleció al no oír su voz...”* (5,6). Hay que excluir que ella hubiera leído ese libro.

³⁹ - Sentir a Jesús o verlo no dependía del deseo de Luisa, como ella misma concluye seguidamente.

Después de pasar esos días en aquel estado que he dicho (especialmente si le había sido fiel), me lo sentía volver dentro de mí, me hablaba más claramente, y como en los días pasados no había podido concebir en mí una palabra ni sentir nada, así ahora me daba cuenta de que no era mi fantasía, como muchas veces antes decía –tanto que de todo lo dicho hasta aquí no le decía nada al Confesor ni a ningún alma viviente–. Yo sin embargo hacía lo más que podía por corresponderle, porque si no me hacía tanta guerra, que no tenía paz. ¡Ah, Señor, has sido tan bueno conmigo y yo todavía tan mala!

Volviendo a lo que había empezado, me lo sentía dentro de mí, lo abrazaba, me lo estrechaba, le decía: *“Amado Bien, ves cuánto me ha sido amarga nuestra separación”*, y El me decía: *“Es nada lo que has pasado, prepárate a pruebas más duras. Por eso he venido, para disponer tu corazón y fortificarlo. Ahora me dirás todo lo que has pasado, tus dudas y temores, todas tus dificultades, para poderte enseñar el modo como comportarte en mi ausencia”*.

Y yo le hacía la narración de mis penas, diciéndole: *“Señor, ves, sin Ti no he podido hacer bien nada. La meditación la he hecho toda distraída, fea, tanto que no sentía ánimo de ofrecértela. En la Comunión no he podido estar las horas enteras, como cuando Te sentía; me veía sola, no encontraba con quien poder conversar, me sentía toda vacía. La pena de tu ausencia me hacía sentir agonías mortales, la naturaleza quería acabar rápidamente para liberarme de esa pena, tanto más que me parecía que no hacía más que perder el tiempo. Además, el temor de que Tú, al volver, me castigaras, porque no había sido fiel..., así que no sabía qué hacer. Y luego, la pena de que Tú eres ofendido continuamente y no sabiendo cuando hacer, como antes me enseñabas, aquellos actos de reparación por las diferentes ofensas que recibes, aquellas visitas al Santísimo Sacramento..., por tanto, dime Tú, ¿cómo debía de hacer?”*

Y El, instruyendome benigneamente, decía: *“Has hecho mal en estar tan turbada. ¿No sabes tú que Yo soy Espíritu de paz y que lo primero que te he recomendado ha sido no ofuscarla nunca en tu corazón? Y luego, por lo que se refiere a la oración, cuando no te sientes recogida, no tienes que pensar al motivo por el que no has sabido hacerla, sino permanecer tranquilamente en ella. Haciendo como tú dices, tú misma te formas la distracción. Humíllate más bien, reconociendo ser merecedora de esa pena, y quédate tranquila; y como un corderito en manos del que lo sacrifica, que se las lame mientras muere, así tú, mientras te veas herida, abatida y sola, debes resignarte a lo que dispongo, darme las gracias de corazón, reconociéndote más bien merecedora de esas penas, y ofrecerme todas tus amarguras, tedios y angustias como sacrificio de alabanza, como satisfacción y en reparación por las ofensas que se me hacen. Haciendo así, tu oración subirá como incienso perfumadísimo hasta mi Trono, herirá mi Corazón y atraerás a tí nuevas gracias y nuevos carismas; el demonio, viendote humilde y resignada, toda sumida en tu nada, no tendrá fuerza para acercarse. Así que donde tú creías perder, obtendrás grandes conquistas.*

Respecto a la Comunión, no quiero que te aflijas porque no sabes estar. Sabe que es una sombra de la pena que sufrí en el Getsemaní. ¿Qué será cuando te haga partícipe de los flagelos, de las espinas y de los clavos? El pensamiento de las penas mayores te hará sufrir con más valor las penas menores. Por tanto, cuando en la Comunión te sientas sola, agonizante, piensa que te quiero un poco en compañía en mi agonía del huerto, así que ponte junto a Mí y compara tus penas y las mías. Ves: tú sola y privada de Mí, y Yo también solo y abandonado por los más fieles amigos, que están dormidos, y hasta dejado solo por mi Padre Divino; además, en medio de penas amarguísimas, rodeado de serpientes, de víboras, de perros rabiosos, como eran los pecados de los hombres y donde estaban también los tuyos, que tenían su parte, que parecía que me querían devorar vivo. Mi Corazón se vió en tales aprietos, que me lo sentía como si estuviera bajo una prensa, tanto que sudé viva sangre... Dime, ¿cuándo has llegado tú a sufrir tanto? Así que, cuando te veas privada de Mí, afligida, vacía de toda consolación, llena de tristezas, de angustias, de penas, ven junto a Mí, secame esa sangre, ofreceme esas penas como alivio de mi amarguísima agonía. Haciendo así encontrarás la forma de poder estar conmigo después de la Comunión. No es que no sufrirás, porque la pena más amarga que puedo dar a mis almas queridas es privarlas de Mí, pero tú, pensando que con ese sufrir tuyo darás un alivio a Mí, estarás también contenta.

En cuanto a las visitas y actos de reparación, debes saber que todo lo que hice a lo largo de los treinta y tres años, desde que nací hasta que morí, lo sigo haciendo en el Sacramento del altar. Por eso quiero que me visites 33 veces cada día, en honor de mis años y a la vez uniendote conmigo en el Sacramento, con mis mismas intenciones de reparación y de adoración. Eso lo harás en todo tiempo; que tu primer pensamiento de la mañana vuele enseguida ante la custodia, donde estoy por amor tuyo, y me visite el último pensamiento de la tarde, mientras duermes de noche, antes y después de comer, al principio de cada acción tuya, caminando, trabajando”.

Mientras así me decía, me veía toda confusa y, no sabiendo si sería capaz de hacerlas, le dije: *“Señor, te ruego que estés conmigo para que me acostumbre a hacerlas, porque conozco que contigo puedo todo, pero sin Ti, ¿qué puedo hacer yo, miserable?”*

Y El benignamente añadía: *“Sí, sí, te accontentaré. ¿Cuándo es que te he faltado? Por tu buena voluntad quiero darte cualquier ayuda que tú quieras”*. Y así hacía.

15 – El Señor le pide a Luisa, para enriquecerla y embellecerla cada vez más y para unirla más íntimamente a El, que sostenga una terrible lucha contra los demonios

Después que hubo pasado algún tiempo, a veces con El y a veces privada de El, un día después de la Comunión me sentí más íntimamente unida a El. Me hacía varias preguntas, como por ejemplo, si le quería, si estaba dispuesta a hacer lo que El quería, hasta el sacrificio de la vida por amor suyo. Me decía: *“Y tú dime qué quieres; si tú estás dispuesta a hacer lo que quiero, Yo haré lo que tú quieras”*.

Yo me veía toda confusa; no entendía ese modo suyo de obrar, pero con el tiempo he comprendido que ese modo de actuar es cuando quiere preparar el alma a una nueva y pesada cruz, y sabe atraerla tanto a El con esos estratagemas, que el alma no se atreve a oponerse a lo que El quiere. Así que le decía: *“Sí que Te quiero; pero dime Tú mismo: ¿puedo hallar algo más bello, más santo, más amable que Tú? Y luego, ¿por qué preguntarme si estoy dispuesta a hacer lo que Tú quieres, mientras que ya hace tanto tiempo que te entregué mi voluntad y te he pedido que no me libres, aun haciendome pedazos, con tal de poder darte gusto? Yo me abandono en Ti, oh Esposo Santo; obra libremente, haz de mí lo que quieras, dame tu gracia, que de por mí nada soy y nada puedo”*.

Y me repetía: *“¿De verdad estás dispuesta a todo lo que quiero?”*

Yo me veía más confusa y aniquilada, y decía: *“Sí, estoy dispuesta”*, pero casi temblando, y El, compadeciendome, seguía diciendo: *“No temas, seré tu fuerza; no sufrirás tú, sino soy Yo el que sufriré y combatiré en ti. Ves, quiero purificar tu alma de toda mínima mancha que pudiese impedir mi amor en ti. Quiero probar tu fidelidad, ¿pero cómo puedo ver si es verdad, más que con meterte en medio de la batalla? Por tanto, sabe que quiero ponerte en medio de los demonios; les daré libertad de atormentarte y de tentarte, para que, cuando hayas combatido con las virtudes los vicios opuestos, te encuentres en posesión de esas mismas virtudes que crearás perder, y después tu alma, purgada, embellecida, enriquecida, será como un rey que viene, vencedor, de una fierísima guerra, en la que mientras creía perder lo que tenía, regresa por el contrario más glorioso y lleno de inmensas riquezas, y entonces vendré Yo a formar en ti mi morada y estaremos siempre juntos. Es verdad que será doloroso tu estado, los demonios no te dejarán más en paz, ni de día, ni de noche; estarán siempre en acto de hacerte una fierísima guerra, pero tú ten siempre la mirada a lo que quiero hacer te ti, o sea, hacerte semejante a Mí, como es que a eso no podrás llegar más que por medio de muchas y grandes tribulaciones, que así podrás soportar con más ánimo las penas”*.

¿Quién puede decir cómo quedé espantada ante tal anuncio? Me sentía helarse la sangre, erizarse los cabellos y mi imaginación llenarse de negros espectros, que parecía que me querían devorar viva. Me parecía que el Señor, antes de ponerme en ese estado doloroso, les daba libertad para todo lo que debía sufrir, y me veía rodeada por todo; y entonces me dirigí a El y le dije: *“¡Señor, ten piedad de mí! ¡Ah, no me dejes sola y abandonada! Veo que es tanta la rabia de los demonios, que no dejarán de mí ni el polvo. ¿Cómo podré resistirles? Para Ti es bien sabida mi miseria y cuanto soy mala. Por tanto, dame nueva gracia para no ofenderte. Pero, Señor, la pena que más tortura mi alma es ver que Tú también debes dejarme. Ah, ¿a quién le podré decir ya una palabra? ¿Quién me ha de enseñar? Pero hágase siempre tu Voluntad, bendigo tu santo Querer”*.

Y El benignamente siguió diciendo: *“No te aflijas tanto. Sabe que nunca permitiré que te tientes por encima de tus fuerzas. Si lo permito es por tu bien. Nunca pongo a las almas en las batallas para que perezcan. Primero mido sus fuerzas, les doy mi gracia, y luego las introduzco, y si algún alma cae es porque no se mantiene unida a Mí con la oración. No sintiendo más la sensibilidad de mi amor, van mendigando amor a las criaturas, mientras que sólo Yo puedo saciar el corazón humano; no se dejan guiar por el camino seguro de la obediencia, creyendo más en el propio juicio que en quien las guía en lugar mío. Por eso, ¿qué de extraño es si caen?”*

Por tanto, lo que te recomiendo es la oración. Aunque tuvieras que sufrir penas mortales, nunca debes dejar la que sueles hacer; es más, cuanto más te veas en el precipicio, tanto más invocarás la ayuda de Quien puede liberarte.⁴⁰

⁴⁰ - Las armas de la victoria son la perseverancia y la confianza en el Señor, la cual es signo de humildad.

Además quiero que te pongas ciegamente en manos del Confesor, sin examinar lo que se te dice; tú estarás rodeada de tinieblas y serás como quien no tiene ojos y tiene necesidad de una mano que lo guíe. Los ojos para ti serán la voz del Confesor, que como luz te disipará las tinieblas; la mano será la obediencia, que te servirá de guía y de sostén para hacerte llegar al puerto seguro.

La última cosa que recomiendo es el valor: quiero que con valentía entres en la batalla. Lo que más da temor a un ejército enemigo es ver el valor, la fortaleza, el modo con que se afrontan los más peligrosos combates, sin temer nada. Así son los demonios: nada temen más que un alma valiente, toda apoyada en Mí, que con ánimo fuerte va en medio de ellos, no para ser herida, sino decidida a herirlos y exterminarlos. Los demonios se quedan espantados, aterrorizados, y quisieran huir, pero no pueden, porque están atados por mi Voluntad, y por fuerza tienen que estar para su mayor tormento. Así que no les temas, que nada pueden hacerte sin mi Querer; y luego, cuando vea que no puedes resistir más y que estés a punto de sucumbir, si tú me serás fiel enseguida vendré, los pondré a todos en fuga y te daré gracia y fortaleza. ¡Ánimo, por tanto, ánimo!”

16 – Luisa tiene que superar una prueba terrible (que duró tres años), luchando contra los demonios

Ahora bien, ¿quién puede decir el cambio que hubo en mi interior? Todo era horror para mí; aquel amor que antes sentía, ahora me lo sentía convertido en odio atroz. ¡Qué pena, no poder amarlo más! Se me desgarraba el alma al pensar que aquel Señor, que había sido tan bueno conmigo, ahora me veía forzada a aborrecerlo y blasfemarle, como si fuera el más cruel enemigo, y no poder mirarlos ni siquiera en sus imágenes, que al mirarlos o al tener rosarios en las manos o besarlos, sentía tales impulsos de odio y tanta fuerza, que hacerlo y hacer todo pedazos era lo mismo; y a veces ponía tanta resistencia que mi naturaleza temblaba de la cabeza a los pies. Oh Dios, qué pena amarguísima. Yo creo que en el infierno, si no hubieran más penas, la sola pena de no poder amar a Dios sería el infierno más horrible.

Muchas veces el demonio me ponía delante las gracias que el Señor me había dado como cosa de mi fantasía, para así llevar una vida más libre, más cómoda, y otras veces como cosas verdaderas, y me las echaba en cara diciendome: “*¿Ese era el bien que te quería? ¿Esa es la recompensa, que te ha dejado en nuestras manos? ¡Eres nuestra, eres nuestra, para ti todo ha acabado, no hay más que esperar!*” Y en mi interior me sentía arrojar tales ímpetus de rabia contra el Señor y de desesperación, que tantas veces, teniendo alguna imagen en las manos, era tanta la fuerza de la indignación, que la rompí; pero mientras lo hacía lloraba y la besaba, pero no sé cómo decir, me veía forzada a hacerlo.

¿Pero quién puede decir la amargura de mi alma? Los demonios hacían fiesta y se reían; uno hacía ruido desde un sitio o de otro, otro hacía estrépito, otro me ensordecía con gritos diciendo: “*¿Ves como eres nuestra? No nos falta más que llevarte al infierno, alma y cuerpo, y verás que lo haremos*”.

A veces sentía que me tiraban de la ropa, o bien la silla en la que estaba arrodillada, y tanto la movían y estrepitaban, que no podía rezar; otras veces era tanto mi temor que, creyendo que podría liberarme, me iba a echar en la cama, siendo que la mayor parte de esos ruidos ocurrían de noche, pero también ahí me seguían, tirandome la almohada y las mantas. ¿Pero quién puede decir el espanto, el miedo que sentía? Yo misma no sabía dónde estaba, si en la tierra o en el infierno. Era tanto el temor de que me llevaran de verdad, que los ojos no se me podían cerrar para el sueño; estaba como uno que tiene un cruel enemigo que ha jurado que a cualquier precio le ha de quitar la vida, y eso creía que me debía suceder apenas cerrara los ojos, así que sentía como si uno me metiera una cosa dentro, de modo que me veía forzada a tenerlos bien abiertos para ver cuando habían de llevarme, que tal vez pudiera tener fuerza para oponerme a lo que querían hacer. Así que sentía que los cabellos de mia cabeza se me ponían de punta uno por uno, que un sudor frío por toda mi persona me penetraba hasta los huesos, y me sentía separarse los nervios y los huesos, uno por uno, y temblaban juntos por el miedo. Otras veces sentía incitarme a tales tentaciones de desesperación y de suicidio, que alguna vez, estando cerca del pozo o de algún cuchillo, me sentía el impulso a tirarme dentro, o bien a coger el cuchillo y a matarme, y era tanta la fuerza que tenía que hacer para huir, que me sentía penas de muerte, y mientras huía sentía que me venían encima y me sugerían que para mí era inútil vivir después de haber cometido tantos pecados, que Dios me había abandonado porque no había sido fiel; más aún, me veía que había hecho tantas maldades como nunca nadie en el mundo había cometido, así que para mí no había más misericordia que esperar. En el fondo de mi alma me sentía repetir: “*¿Cómo puedes vivir, enemiga de Dios? ¿Sabes tú quien es ese Dios que tanto has ultrajado, blasfemado y odiado? ¡Ah, ese Dios inmenso, que por todas partes te rodeaba, tú, bajo sus mismos ojos, te has atrevido a ofenderlo!*

Has perdido el Dios de tu alma. ¿Quién te dará más paz, quién te librará de tantos enemigos?”

Era tanta la pena, que no hacía más que llorar. A veces me ponía a rezar y los demonios, para aumentar mi tormento, sentía que se me echaban encima, y uno me golpeaba, otro me pinchaba y otro mi sofocaba la garganta. Recuerdo que una vez, mientras rezaba, me sentí tirarme los pies por debajo, abrirse la tierra y salir las llamas, y yo que me hundía dentro. Fue tanto el espanto y el dolor, que me quedé medio muerta, tanto que para recuperarme de aquel estado vino Jesucristo y me animó, me hizo comprender que no era verdad que hubiera tenido voluntad de ofenderle, y que yo misma lo podía saber por la pena amarguísima que sentía; que el demonio era un mentiroso y que no debía hacerle caso; que por ahora debía tener paciencia al sufrir esas molestias y que después había de venir la paz.

Así pasaba de tanto en tanto, cuando realmente llegaba al extremo, y a veces, para darme más duros tormentos, en el acto de ese consuelo el alma se convencía, porque ante esa luz es imposible que el alma no reconozca la verdad, pero luego, cuando me encontraba en la lucha, me hallaba en el mismo estado de antes.

Me tentaba también para que no hiciera la Comunión, convenciendo de que después de haber cometido tantos pecados era una arrogancia hacerla, y que si me atrevía, no habría venido Jesucristo, sino el demonio y me habría dado tantos tormentos que me habría hecho morir; pero la obediencia lo vencía. Es verdad que a veces sufría penas mortales, así que a duras penas podía recuperarme después de la Comunión, pero como el Confesor quería absolutamente que la recibiera, no podía no hacerla; así que recuerdo que tantas veces no la hice. Recuerdo también que, a veces, mientras rezaba por la noche, me apagaban la lámpara. A veces daban ruidos tales que asustaban; otras veces, voces débiles, como de moribundos; ¿pero quién puede decir todo lo que hacían? Es imposible.

17 – Victoria en la prueba

Así pues, esa dura prueba –aunque no recuerdo mucho– duró unos tres años ⁴¹, pero hubo días y semanas de intervalo. No es que cesó del todo, pero empezó a mitigarse ⁴². Recuerdo que después de una Comunión el Señor me enseñó el modo cómo debía de hacer para ponerlos en fuga, y era despreciarlos y no hacerles caso para nada, y que debía tenerlos en cuenta como si fueran tantas hormigas. Me sentí infundir tanta fuerza, que ya no tuve más aquel temor de antes. Y así hacía; cuando hacían estrépito, ruido, les decía: *“Se ve que no tenéis que hacer y que para pasar el tiempo estáis haciendo tantas tonterías. Hacedlas, hacedlas, que luego, cuando os canséis, acabaréis”*.

A veces cesaban; otras veces se enojaban tanto y hacían ruidos más fuerte. Me los sentía a mi lado, haciéndose más valientes y con la violencia de querer llevarme; sentía el hedor horrible, el calor del fuego. Es verdad que en mi interior sentía un cierto escalofrío, pero me hacía fuerza y les decía: *“¡Mentirosos que sois! Si eso fuera verdad, desde el primer día lo habríais hecho, pero como es falso y no tenéis ningún poder sobre mí, si no el que se os da de lo Alto, por eso cantáis y cantáis y luego, cuando os canséis, reventaréis”*.

Si luego daban lamentos y gritos, les decía: *“¿Qué, no os han salido bien las cuentas hoy, o sea, os ha sido quitada algún alma, que os lamentáis? Pobrecitos, no se sienten bien; pues yo también quiero hacer que os lamentéis otro poco”*, y me ponía a rezar por los pecadores, o bien a hacer actos de reparación. Otras veces me reía de ellos cuando empezaban a hacer lo que acostumbraban, y les decía: *“¿Cómo puedo temeros, raza vil? Si fuerais serios, no habríais hecho tantas idioteces. ¿No os avergonzáis vosotros mismos, no os hacéis ser burlados?”*.

Si me tentaban de blasfemia o de odio contra Dios, le ofrecía esa pena amarguísima, la violencia que me hacía, porque mientras veía que el Señor merecía todo el amor, todas las alabanzas, yo era forzada a hacer lo contrario, en reparación por tantos que lo blasfeman libremente y que ni siquiera se acuerdan de que existe un Dios al que tienen obligación de amar. Si me incitaban a la desesperación, en mi interior decía: *“No me preocupo del Paraíso ni del infierno; lo que me interesa es amar a mi Dios. Este no es el tiempo para pensar a otras cosas, sino tiempo de amar lo más que puedo a mi buen Dios. El Paraíso y el infierno lo dejo en sus manos. El, que es tan bueno, me dará lo que a mí más me convenga y me dará un lugar en que más pueda glorificarlo”*.

⁴¹ - Duró de los 13 a los 16 años, cuando Luisa aceptó el estado de víctima.

⁴² - Aunque los sufrimientos de Luisa en este periodo recuerdan las descripciones de San Juan de la Cruz acerca de los sufrimientos de la purificación pasiva del alma, este pasaje indica que los sufrimientos que los demonios dieron a Luisa tenían en el Proyecto divino **un carácter prioritario de reparación más bien que de purificación**.

Me enseñó Jesucristo que el medio más eficaz para hacer que el alma quede libre de todo vano escrúpulo, de toda duda, de todo temor, era protestar ante el Cielo, la tierra y los mismos demonios, no querer ofender a Dios, aun a costa de la propia vida, no querer consentir a cualquier tentación del demonio, y eso apenas el alma se da cuenta de que viene la tentación, si puede en el momento de la batalla y apenas empieza a sentirse libre, y también durante el día. Haciendo así, el alma no perderá el tiempo pensando si ha consentido o no, que ya sólo recordarse de su protesta le devolverá la calma, y si el demonio trata de inquietarla, podrá responderle que si hubiera tenido intención de ofender a Dios no habría protestado lo contrario; así quedará libre de todo temor. Pues bien, ¿quién puede decir la rabia del demonio, que todas sus astucias se volvían confusión suya, que donde creía ganar perdía y que de sus mismas tentaciones y artimañas el alma se servía para poder hacer actos de reparación y de amor a su Dios, haciendo de esa forma?

El otro modo que me enseñó para desbaratar las tentaciones era el siguiente: si me tentaban de suicidio, yo debía responder: *“No tengo ningún permiso de Dios, y para que os fastidieis quiero vivir, para poder amar más a mi Dios”*. Y si me golpeaban y me sacudían, yo me debía humillar, arrodillarme y darle gracias a mi Dios, que eso era como penitencia por mis pecados y, no solo, sino para ofrecer todo como acto de reparación por todas las ofensas a Dios que se le hacen en el mundo.

Por último una mala tentación, que me duró poco, fue que por el contacto continuo de casi un año y medio con tan horribles demonios, yo tuviera que resultar encinta y luego dar a luz un pequeño demonio con cuernos ⁴³. La fantasía se alteraba, así que me veía ante una confusión horrible por lo que se habría dicho de mí, por un suceso tan feo.

18 – Luisa ve de nuevo a Jesús como en la Pasión y acepta ser víctima. Tenía 16 años

Finalmente esta lucha se acabó después de casi un año y medio; terminaron las crudezas de los demonios y empezó una vida toda nueva. Los demonios sin embargo no dejaron de molestarme de vez en cuando, pero no era tan frecuente, no tan fiera la batalla; y yo me acostumbré a despreciarlos.

La nueva vida que empezó fue en la *massería*, llamada Torre Desesperada ⁴⁴. Un día, mientras más que nunca había sido atormentada por el demonio, tanto que me sentía perder las fuerzas y desfallecer, esa tarde, mientras así estaba, sentí venirme una cosa mortal y perdí los sentidos ⁴⁵. En ese estado ví a Jesucristo rodeado por tantos enemigos: uno le golpeaba, otro lo abofeteaba, otro le clavaba espinas en la cabeza, otro le rompía las piernas y otro los brazos, y después de haberle hecho casi a pedazos, lo pusieron en brazos de la Stma. Virgen, y eso sucedía poco lejos de mí. Después de que la Virgen lo tomó en sus brazos, se acercó a mí y llorando me dijo: *“Hija, ¿ves como mi Hijo es tratado por los hombres? Las horribles ofensas que cometen nunca le dan tregua. ¡Míralo come sufre!”*

Y yo trataba de mirarlo y lo veía todo ensangrentado, cubierto de llagas y casi a pedazos, reducido a un estado mortal. Sentí tanta pena que habría querido morir mil veces antes que ver tanto sufrir a mi Señor, y me avergozaba de mis pequeños sufrimientos. La Stma. Virgen añadió, siempre llorando: *“Acercate a besar las llagas de mi Hijo. El te escoge como víctima y, si tantos lo ofenden, tú, con oferte a sufrir lo que El sufre, le darás un alivio en tanto penar. ¿No lo aceptas tú?”*

Yo me sentía tan anulada; me veía tan mala (como soy todavía) e indigna, que no me atrevía a decir que sí. Mi naturaleza temblaba; me sentía tan débil por las penas pasadas, que apenas me dejaban un hilo de vida. Luego, no sé como, de lejos veía a los demonios que hacían tanto estrépito y que todo lo que había visto hacerle al Señor me lo debían hacer a mí si aceptaba. Sentía en mí tales penas, dolores, estiramiento de nervios, que creía tener que dejar la vida. Finalmente me acerqué y le besé las llagas. Parecía que, hecho eso, esos miembros tan heridos se sanaban, y el Señor, que antes parecía casi muerto, empezaba a revivir con nueva vida. Interiormente recibía tales luces sobre las ofensas que se le hacen, tale atracción a aceptar ser víctima, aunque tuviera que sufrir mil muertes, que el Señor todo se merecía y que yo no habría podido oponerme a lo que El quería. Eso sucedía mientras estábamos en mudo silencio, pero esas miradas que nos dábamos el uno al otro, eran tantas invitaciones, tantas saetas de fuego que me traspasaban el corazón. La Stma. Virgen especialmente me animaba a que aceptase. ¿Pero quién puede decir todo lo que pasé?

⁴³ - De estas palabras se ve la ingenuidad y la inocencia de Luisa; y sin embargo ya tenía unos 15 años.

⁴⁴ - Se encuentra a 27 km. de Corato, es una típica finca agrícola, en la zona más alta de la comarca de la Murgia. Antes se llamaba “Cuenca de oro”, por las buenas cosechas de trigo, hasta que, a causa de una gran sequía, los campesinos desesperados empezaron a llamarla “Torre desesperada”.

⁴⁵ - Era la primera vez que Luisa perdía los sentidos.

Finalmente el Señor, mirandome benignamente, me dijo: *“Tú has visto cuánto me ofenden y cuántos van por los caminos de la iniquidad y sin darse cuenta caen en el abismo. Ven a ofrecerte ante la divina Justicia como víctima de reparación por las ofensas que se hacen y por la conversión de los pecadores, que con los ojos cerrados beben en la fuente envenenada del pecado. Un amplio campo se presenta ante ti de sufrimientos, sí, pero también de gracias. Yo nunca te dejaré; vendré a sufrir en ti todo lo que me hacen los hombres, compartiendo mis penas contigo. Como ayuda y consuelo te doy mi Madre”*.

Y parecía que a Ella me entregaba y Ella me aceptaba. Yo también me ofrecí toda a El y a la Virgen, dispuesta a hacer lo que quisiera; y así terminó la primera vez.⁴⁶

Después de que me recuperé de aquel estado, sentía tales penas, tal anonadamiento, que me veía como un mísero gusanillo que no sabía hacer más que arastrarse por el suelo, y le decía al Señor: *“¡Ayúdame! Tu Omnipotencia me aterra. Veo que si Tú no me sostienes, mi nada se deshace y va a perderse. Dame el padecer; pero te ruego que me des la fuerza, que me siento morir”*.

Y así empezó un alternarse de visitas de Nuestro Señor y de tormentos por parte de los demonios. Cuanto más me resignaba, tanto más aumentaba su rabia.

19 – La Víctima empieza a cumplir su oficio, tomando parte en las penas de Jesús coronado de espinas, en reparación de los pecados, sobre todo de soberbia. Empieza para ella la inedia

Pocos días después de lo que he dicho antes, sentí perder de nuevo los sentidos (Recuerdo que al principio cada vez que sentía venirme ese estado creía perder la vida). Mientras perdí los sentidos, se hizo ver otra vez Nuestro Señor con la corona de espinas en la cabeza, todo ensangrentado, y dirigiéndose a mí me dijo: *“Hija, mira lo que me hacen los hombres. En estos tristes tiempos es tanta su soberbia, que han infestado todo el aire, y es tanto el hedor que se siente por todas partes y ha llegado hasta mi trono en el Cielo. Se comportan de un modo que ellos mismos se cierran el Cielo. Los miserables no tienen ojos para ver la verdad, porque están cegados por el pecado de la soberbia, con todos los demás vicios que eso lleva consigo. ¡Ah, dame un alivio a tantos agudos dolores y una reparación a tantas ofensas que se me hacen!”*

Y diciendo así se quitó la corona, que no parecía corona, ma todo un casco, de forma que ni siquiera una mínima parte de la cabeza quedaba libre, sino toda traspasada por las espinas. Mientras se quitaba la corona se me acercó y me preguntó si la aceptaba. Yo me sentía tan anonadada, me daba tanta pena por las ofensas que se le hacen, que me sentía hacer pedazos el corazón, y le dije: *“Señor, haz de mí lo que quieras”*. Así la cogió y me la colocó sobre mi cabeza, y desapareció.

¿Pero quién puede decir los espasmos que sentí al volver en mí? A cada movimiento de la cabeza creía que expiraba, tantos eran los dolores, los pinchazos que sentía en la cabeza, en los ojos, en las orejas, detrás de la nuca; esas espinas sentía que me penetraban hasta en la boca, que se me estrechaba de forma que no podía abrirla para comer; y así estaba unas veces dos días y otras veces tres sin poder tomar nada. Cuando de algún modo se me calmaban, sentía sensiblemente una mano que me apretaba la cabeza y me renovaba los dolores, que a veces eran tantos que por el dolor perdía los sentidos.

Al principio eso sucedía unos días sí y otros no; unas veces se repetían tres o cuatro veces al día, a veces duraba un cuarto de hora, o bien media hora y hasta una hora, y luego quedaba libre; sólo que me sentía muy débil y doliente. En la medida que en ese estado de somnolencia se me comunicaban las penas, así permanecía más o menos sufriendo. Recuerdo también que, como ciertas veces por lo que sufría en la cabeza, como ya he dicho, no podía abrir la boca para tomar alimento, y como la familia sabía que no tenía tantas ganas de estar en el campo ⁴⁷, cuando veían que no comía, creían que era por capricho y naturalmente se enojaban, se preocupaban y me regañaban. Mi naturaleza quería resentirse de eso, porque veía que no era verdad lo que decían, pero el Señor no quería ese resentimiento y sucedió lo siguiente:

20 – Sufrimientos por parte de su familia. Sumo temor y repugnancia de Luisa de que los demás vean que sufre y todo lo que le pasa; pero el Señor hace que se den cuenta

Una tarde, mientras estábamos cenando, y yo en ese estado de no poder abrir la boca, la familia se empezó a preocupar. Yo lo sentía tanto que empecé a llorar y para no ser vista me levanté y me fui a

⁴⁶ - En un cuaderno titulado *“Peripecias de un alma que tiende a la perfección”*, hablando en tercera persona, dice que había abrazado el estado de víctima cuando tenía 16 años (Cfr. Vol. VI, 14-04-1904: *“Desde el 1882”*)

⁴⁷ - El motivo era que Luisa durante los meses en que estar en el campo no podía asistir a la Misa.

otro sitio, continuando a llorar, y pedía a Jesucristo y a la Stma. Virgen que me ayudaran y me dieran fuerza para soportar esa situación, y mientras hacía eso, sentí que empezaba a desmayarme. Oh Dios, qué pena, al solo pensar que debía verme la familia, que hasta entonces no sabía nada.

En ese momento, *“Señor –le decía–, no permitas que me vean”*; y yo sentía tanta vergüenza de que me vieran, no sé decir por qué, y trataba de esconderme lo más posible en lugares donde no podía ser vista. Pero cuando me sorprendían de repente, de modo que no me daba tiempo de esconderme o al menos de arrodillarme –que como estaba, en esa posición me quedaba, y podían decir que estaba rezando–, entonces me habían descubierto. Mientras perdí los sentidos, se hizo ver Nuestro Señor en medio de tantos enemigos, que le daban toda clase de insultos, sobre todo lo agarraban y lo pisoteaban bajo los pies, lo blasfemaban y le tiraban los cabellos. Me parecía que mi buen Jesús quería huir de debajo de esos pies apestosos y estaba mirando a ver si tal encontraba una mano amiga que lo liberase, pero no hallaba a nadie.

Mientras veía eso, yo no hacía más que llorar por las penas de mi Señor; habría querido ir en medio de aquellos enemigos; tal vez habría podido liberarlo, pero no me atrevía. Le decía: *“Señor, hazme partícipe de tus penas. ¡Ah, si pudiera aliviarte y liberarte!”*

Y mientras eso decía, esos enemigos, como si lo hubieran oído, se lanzaron contra mí, pero tan rabiosos, y empezaron a golpearme, a tirarme por los cabellos, a pisarme... Yo tenía tanto temor; sufría, sí, pero dentro de mí estaba contenta ⁴⁸, porque veía darle al Señor un poco de tregua. Después desaparecieron esos enemigos y me quedé sola con mi Jesús. Traté de compadecerlo, pero no me atrevía a decirle nada; y El, rompiendo el silencio, me dijo:

“Todo esto que has visto es nada comparado con las ofensas que continuamente me hacen; es tanta su ceguera, su enredo en las cosas terrenas, que llegar a ser no sólo crueles enemigos míos, sino también de ellos mismos. Y como su mirada está fija en el fango, llegan por eso a despreciar lo eterno. ¿Quién pondrá remedio a tanta ingratitud? ¿Quién tendrá compasión de tanta gente que me cuesta sangre, que vive como sepultada en el hedor de las cosas terrenas? Ah, ven conmigo, y junto conmigo pide y llora por tantos ciegos que son todo ojos para lo que sabe de tierra y luego desprecian y pisotean mis gracias bajo sus pies inmundos, como si fueran fango. Ah, elevate sobre todo lo que es tierra, aborrece y desprecia todo lo que a Mí no pertenece, y no te impresionen más los insultos que recibes de tu familia después de haberme visto tanto sufrir, pero que sólo te importe mi honor, las ofensas que continuamente me hacen y la pérdida de tantas almas. ¡Ah, no me dejes solo en medio de tantas penas que me destrozan el corazón! Todo lo que tú sufres ahora es poco en comparación con las penas que sufrirás. ¿No te lo he dicho siempre, que lo que quiero de ti es la imitación de mi vida? Ya ves cuánto eres diferente de Mí; por eso ten ánimo y no temas”.

Después de eso volví en mí misma y entonces ví que estaba rodeada por mi familia, lloraban y estaban todos preocupados, y con tanto temor de que se repitiera ese estado, sobre todo si es que moría, que hicieron por llevarme lo más pronto posible a Corato, oara hacerme examinar por los médicos. No sé decir el por qué, pero sentía tanta pena al pensar que había de ser vista por los médicos, que muchas veces lloraba y me lamentaba con el Señor diciéndole: *“¡Cuántas veces, Señor, te he pedido que me hagas sufrir a escondidas! ¡Era eso mi solo y único contento, y ahora también de esto me veo privada! Ah, dime, ¿cómo haré? Tú solo puedes ayudarme y confortarme en mi aflicción. ¿No ves cuántas cosas dicen? Uno piensa de un modo y otro de otra forma, uno quiere hacerme aplicar un remedio y otro otra cosa; están atentísimos a mí, de modo que ya no me dejan más en paz. ¡Ah, socorreme en tantas penas, que siento que me falta la vida!”*

Y el Señor benignamente añadió: *“No quieras afligirte por eso. Lo que quiero de ti es que te abandones como muerta en mis brazos. Mientras tengas abiertos los ojos para mirar lo que hago Yo y lo que hacen y dicen las criaturas, Yo no puedo libremente obrar en ti. ¿No quieres fiarte de Mí? ¿No sabes tú el bien que te quiero y que todo lo que permito, o per medio de las criaturas o por parte de los demonios o directamente por Mí, es para tu verdadero bien y no sirve para nada más que a conducir el alma al estado al que Yo la he elegido? Por eso quiero que con ojos cerrados estés en mis brazos, sin mirar ni investigar ésto o lo otro, fiandote enteramente de Mí, y déjame libremente obrar. Pero si luego quieres hacer lo contrario, perderá el tiempo y así te opondrás a lo que quiero hacer de ti.*

⁴⁸ - Esto confirma cuánto sea verdad la paradoja que dice San Pablo: *“Reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones”* (2ª Cor 7,4), *“Me alegro de mis padecimientos por vosotros y completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en su Cuerpo, que es la Iglesia”* (Col 1,24). En la Cruz, la alegría, fruto seguro del Espíritu Santo.

Respecto a las criaturas, usa profundo silencio, sé benigna y dócil con todos; haz que tu vida, tu respiro, tus pensamientos y afectos sean continuos actos de reparación que aplaquen mi Justicia, ofreciendome a la vez las molestias de las criaturas, que no serán pocas”.

Después de eso hice lo más que pude por resignarme a la Voluntad de Dios, si bien muchas veces me veía en tales aprietos por parte de las criaturas, que a veces no hacía más que llorar. Llegó también el tiempo de hacerme examinar por el médico, que juzgó que no era más que una cosa de nervios, por lo que ordenó medicinas, distracciones, paseos, baños fríos y recomendó a la familia que me cuidaran bien, cuando me sorprendía aquel estado, porque les decía, “si la movéis, podéis romperla, pero no arreglarla”; porque yo, cuando me encontraba en aquel estado, me quedaba petrificada.⁴⁹

Así me vino una guerra de parte de la familia, me impedían ir a la iglesia, ya no me daban más la libertad de estar sola; me controlaban por todas partes y más a menudo se daban cuenta. Muchas veces me quejaba con el Señor, diciendole: *“¡Mi buen Jesús, cuánto han aumentado mis penas! Hasta de las cosas que me son más queridas, como son los Sacramentos, me veo privada. Nunca habría pensado que había de llegar a esto. ¿Pero quién sabe adónde iré a parar? Ah, dame ayuda y fortaleza, que la naturaleza no resiste”.*

Muchas veces se dignaba decirme alguna palabra. Me decía: *“Soy Yo tu ayuda: ¿de qué temes? ¿No te acuerdas de que Yo también sufrí por parte de toda clase de personas? Uno pensaba de Mí de una manera y otro de otra. Las cosas más santas que Yo hacía eran juzgadas defectuosas y malas por ellos, hasta decirme que era un endemoniado, tanto que me miraban con malos ojos. Me tenían en medio de ellos, pero da mal humor, y tramaban entre ellos cuando habrían podido quitarme la vida lo antes posible, porque mi presencia se había vuelto intolerable para ellos. Por eso, ¿no quieres tú que te haga semejante a Mí, haciendote sufrir por parte de las criaturas?”*

21 – La cruz de saber que sus padecimientos son de dominio público, lo cual fue también una pena de Jesús

Así pasé tantos años, sufriendo por parte de las criaturas, de los demonios y directamente de Dios. A veces llegaba a tanta amargura de parte de las criaturas y por el modo como pensaban, que me daba vergüenza de que alguien me viera, tanto que mi sacrificio más grande estar en medio de personas. Tanto era mi rubor y mi confusión, que me sentía atontada. Me examinaron otros médicos, pero no concluyeron nada.⁵⁰

A veces, derramando amargas lágrimas, le decía con todo el corazón: *“Señor, cómo se han hecho públicos mis sufrimientos, no sólo para la familia, sino también para los extraños. Me veo toda llena de confusión, me parece que todos me señalan con el dedo, como si estos sufrimientos fueran las más malas acciones. Yo misma no sé decir lo que me ha pasado. Ah, Tú solo puedes liberarme de esa publicidad y hacerme sufrir ocultamente. ¡Te lo ruego, Te imploro, concédemelo!”*

Había veces que el Señor hacía como que no me escuchaba y aumentaba mis penas. Otras veces me compadecía diciendome: *“Pobre hija, ven a Mí, que te quiero consolar. Tú tienes razón de que sufres, ¿pero no te acuerdas de que también Yo sufrí, oh, cuánto más? Hasta un cierto punto mis penas fueron ocultas, pero cuando fue Voluntad del Padre de que padeciera públicamente, enseguida salí a encontrar confusiones, oprobios, desprecios, hasta ser despojado, desnudo en medio a un pueblo numerosísimo. ¿Podrías tú imaginar una confusión más grande que esa? Mi naturaleza sentía mucho esa especie de sufrimiento, pero tenía la mirada fija en la Voluntad del Padre y ofrecía esas penas en reparación por tantos que cometen las acciones más vergonzosas públicamente con los ojos bien abiertos, jactándose, sin la mínima vergüenza. Le decía: «Padre, acepta la confusión y los oprobios míos, en reparación por tantos que tienen la desfachatez de ofenderte tan libremente, sin sentirlo para nada; perdona, dales la luz, para que vean la fealdad del pecado y se conviertan». También a ti te quiero hacer partícipe de esta especie de sufrimiento. ¿No sabes tú que los regalos más bellos que puedo dar a las almas que amo son las cruces y las penas?”*

⁴⁹ - Es lo que ella llama “su habitual estado”.

⁵⁰ - Los síntomas físicos de Luisa reflejaban su estado místico de víctima. No eran síntomas de una patología fisiológica. Está confirmado todo el tiempo que Luisa estuvo en cama, definitivamente desde 1887 hasta su muerte, el 4 de Marzo 1947. Hacia el 1930 fue examinada por el P. Doménico Franzé, O.F.M., teólogo y médico, por encargo del obispo. Quedó plenamente convencido de la santidad de ese “instrumento de gracia” y notó que las condiciones físicas de Luisa desafiaban las leyes de la naturaleza. *«A mí que soy un médico –nora el P. Franzé– me causa simplemente asombro el hecho de que en la paciente yo no haya encontrado ninguna llaga de decúbito o cualquier otra erosión de la piel, en una persona que ha de estar inmovilizada en cama por tan largo periodo de años».*

Tú todavía eres niña en el camino de la Cruz; por eso te sientes demasiado débil. Cuando llegues a ser mayor y hayas conocido cuánto es precioso el padecer, entonces te sentirás más fuerte. Por eso apoyate en Mí, descansa, que así recibirás fortaleza”.

22 – Luisa se ve obligada a permanecer en cama durante periodos de varios meses.

Se va acentuando su imposibilidad de comer. Por primera vez es llamado su confesor, el cual la libera de su estado de petrificación, lo que más adelante llama “su habitual estado”

Después de haber pasado algún tiempo en el estado que he dicho, o sea, unos seis o siete meses, los sufrimientos aumentaron, tanto que me ví obligada a estar en cama ⁵¹. A menudo se multiplicaba ese estado de perder los sentidos, casi que no tenía siquiera una hora libre; me reduje a un estado de extrema debilidad. La boca se encogió de un modo que no podía abrirla para nada, y en algún momento libre que tenía, podía tomar apenas alguna gota de alguna bebida, si es que lo lograba, y luego me veía obligada a devolverla por los continuos vómitos que he tenido siempre.

Después de estar unos dieciocho días en ese estado continuo, mandaron a llamar al Confesor para confesarme. Cuando vino me halló en ese estado de sopor. Cuando me recuperé, me preguntó qué era lo que tenía. Le dije solamente, pasando todo lo demás en silencio (ya que entonces continuaban los demonios a maltratarme y las visitas de Nuestro Señor): *“Padre, es el demonio”*. El me dijo: *“No tengas miedo, que no es el demonio, y si es, el Padre te libera”*. Así, dandome la obediencia, haciendome la señal de la cruz y ayudandome a mover los brazos, ya que me sentía todo el cuerpo petrificado, como si se hubiera vuelto todo un pedazo, consiguió devolverme el movimiento de los brazos y hacerme abrir la boca, que antes estaba inmóvil para todo. Eso yo lo atribuí a la santidad de mi Confesor, que era realmente un santo sacerdote ⁵², y lo consideré casi un milagro, tanto que me decía yo misma: *“Ves, estaba preparada para morir”*, porque en realidad me sentía mal y, si hubiese durado ese estado, yo creo que habría dejado la vida; si bien recuerdo que estaba resignada y que cuando me ví liberada sentí un cierto pesar por no haber muerto.

Así, después de que el Confesor se fue, yo, liberada, volví al estado precedente. Y así ocurrió que pasaba las semanas, los quince días y también los meses que cuando era sorprendida por aquel estado de vez en cuando durante el día, yo sola lograba liberarme. Pero cuando a menudo era sorprendida en la forma que he dicho antes, entonces la familia mandaba a llamar al Confesor, tanto más que habían visto que la primera vez había quedado liberada, cuando todos creían que ya no me había de recuperar más de aquel estado, mientras que bajé a la iglesia ⁵³ y volví al estado de antes. Así llamaban al Confesor y entonces quedaba liberada. Sin embargo, nunca me pasó por la mente que en tal estado se necesitara el Sacerdote para liberarme, ni que mi mal fuese una cosa extraordinaria. Es verdad que cuando perdía los sentidos veía a Jesucristo, pero eso lo atribuía a la bondad de Nuestro Señor y decía para mí: *¿Ves qué bueno es el Señor conmigo, que en este estado de sufrimiento viene a darme la fuerza, porque si no, cómo podría resistir? ¿Quién me daría la fuerza?*

También es verdad que cuando debía sucederme un estado así, en la Comunión por la mañana me lo decía, y en ese mismo estado me venían de El mismo los sufrimientos, pero no hacía caso de nada. Con sólo pensar alguna vez decirlo al Confesor, creía ser el alma más soberbia del mundo y sentía tanta vergüenza, que me fue imposible decirle nada a aquel Confesor, por más bueno y santo que fuera. Tan es verdad, que no creía que se necesitara el Sacerdote para liberarme, sino que eso sucedía por la santidad del Confesor.

23 – Una nueva cruz durísima para Luisa: tener que depender, como Víctima, de la potestad de los Sacerdotes. Sufrimientos penosísimos que tuvo que soportar de parte de ellos

Y cuando llegó el tiempo en que él se fue al campo, una mañana, después de la Comunión, el Señor me hio comprender que había de ser sorprendida por ese estado y me invitó a hacerle compañía con participar a sus penas; y enseguida yo le dije: *“Señor, ¿cómo haré? El Confesor no está; ¿quién debe liberarme ahora? ¿Acaso quieres hacerme morir?”*

⁵¹ - Luisa tenía 17 años, probablemente después de la Novena de Navidad. Era el 1883 y Luisa empezó a estar en cama, donde quedó definitivamente a los 22 años, en 1887.

⁵² - El P. Cósimo Lo Giudice, Agustino.

⁵³ - Su parroquia, Santa María Greca. En aquel tiempo se hizo terciaria dominica, con el nombre de *Sor Magdalena*. Luisa tenía 18 años. A lo largo de las páginas de su diario se notan a veces ciertos paralelismos entre ella y S. María Magdalena.

Y el Señor me dijo solamente: *“Tu confianza debes tenerla sólo en Mí. Está resignada, que la resignación hace luminosa el alma, hacer estar en su sitio todas las pasiones, de modo que Yo, atraído por esos rayos de luz, voy al alma, la lleno toda de Mí y la hago vivir de mi misma Vida”*.

Yo me resigné a su santa Voluntad, ofrecí aquella Comunión como la última de mi vida y le dije mi último adiós a Jesús en el Sacramento. Pero, si bien resignada, sentía tanto mi naturaleza que todo aquel día no hice más que llorar y pedirle al Señor que me diera la fuerza. En verdad, eso fue para mí demasiado amargo y sin pensarlo ni saberlo me encontré con una nueva y pesada cruz, que creo que haya sido la más pesada que he tenido en mi vida.

Mientras estaba en ese estado de sufrimientos, por parte mía no pensaba más que a morir y hacer la Voluntad de Dios. Por parte de la familia, que también sufría al verme en ese estado, trataban de llamar algún sacerdote; y el uno no quería venir por una cosa y el otro por otra. Al cabo de diez días vino el Confesor que me confesaba cuando era pequeña ⁵⁴, y sucedió que también ese me hizo salir de aquel estado. Entonces me dí cuenta de la red en la que el Señor me había envuelto. De ahí empezó una guerra por parte de los sacerdotes ⁵⁵. Uno decía que era ficción; otro, que necesitaba palos; otro, que quería hacerme creer santa; otro añadía que estaba endemoniada, y tantas otras cosas, que decirlas todas sería demasiado larga la storia. Así que con esas ideas en la mente, cuando me sucedían los sufrimientos y la familia llamaba alguno, daban respuestas tan extrañas, que la pobre familia ha sufrido mucho; sobre todo la pobre mamá, ¡cuántas lágrimas ha derramado por mí! *¡Ah, Señor, recompensala Tú! ¡Oh mi buen Señor, cuánto he sufrido por ese lado! Sólo Tú sabes todo*.

Así que ¿quién puede decir cuánto me resultó amargo ese hecho, que para liberarme de aquel estado de sufrimiento hiciera falta el Sacerdote? ¡Cuántas veces le he pedido, con lágrimas amarguísimas, que me liberase! ¡Cuántas veces le he resistido al Señor, cuando El quería que me ofreciera como víctima y aceptase las penas, y le decía: *“Señor, prométeme que me liberas Tú y así acepto todo; de lo contrario no, no quiero aceptar”*. Y resistía el primer día, el segundo, el tercero... ¿Pero quién puede resistir a Dios? Me decía tantas cosas que al final me veía obligada a someterme a la cruz ⁵⁶.

Otras veces le decía de corazón y con confianza: *“Señor, ¿cómo ha sido que has hecho esto, cómo? Entre Tú y yo ahora has querido poner a un tercero, y ese tercero no quiere prestarse. Ves, podíamos estar tan contentos los dos: cuando querías que padeciera, yo enseguida aceptaba, porque sabía que Tú mismo mne habías de liberar. Ahora no, hace falta otra mano, te ruego, liberame, que estaremos más contentos los dos”*.

A veces fingía no oírme y no me decía nada; otras veces me decía: *“No temas, Yo soy el que da las tinieblas y la luz. Vendrá el tiempo de la luz. Es mi costumbre manifestar mis obras por medio de los sacerdotes”*. ⁵⁷

⁵⁴ - El Canónigo Don Michele De Benedictis.

⁵⁵ - Empezó entonces la oposición, cada vez más abierta, que duró toda su vida, hasta hacer condenar sus libros publicados por parte del Santo Oficio en 1938. No todos los sacerdotes se comportaron con Luisa como el Santo P. Annibale Di Francia o como sus confesores.

⁵⁶ - *“¡Estoy en gran angustia! Pues bien, caigamos en manos del Señor, porque su Misericordia es grande, pero que yo no caiga en manos de los hombres”* (2º Sam. 24,14).

⁵⁷ - Hace falta subrayar en la vida de Luisa su total dependencia de la Autoridad de la Iglesia. Desde que aceptó ser víctima, inmovilizada en su cama, hasta su muerte, Luisa estuvo sometida al incesante examen de los representantes de la Iglesia. Además, durante más de 50 años, Jesús hizo que dependiera totalmente de los sacerdotes encargados por los distintos Arzobispos, para ser devuelta a la normal condición de vida después de sus experiencias místicas junto con El. No es fácil hallar en la larga historia de la Iglesia otros místicos que hayan vivido en semejante dependencia de los representantes de Dios. Ni la condición de Luisa era común.

Jesús le explica que ha sido El el que la ha hecho depender de la Iglesia, para subrayar la importancia de sua misión: *“Ahora bien, hija mía, también tú eres única en mi Mente y serás también única en la historia, y no habrá ni antes ni después de ti otra criatura a quien haga que tenga, como forzado por necesidad, la asistencia de mis ministros, habiendote escogido para deponer en ti la santidad, los bienes, los efectos, el acto de mi Suprema Voluntad. Era conveniente, justo, decoroso, por la misma santidad que tiene mi Querer, que un ministro mío te asistiera y que fuese el primer depositario de los bienes que mi Voluntad contiene, y de su regazo hacerla pasar a todo el cuerpo de la Iglesia... Y por eso, como encomendamos mi Madre a San Juan, para transmitirle a él (y de él a la Iglesia) los tesoros, las gracias y todas las enseñanzas que en el curso de mi vida había puesto en Ella como en un santuario, cuando estaba bajo mi custodia y le hacía de Sacerdote, y todas las leyes, los preceptos y la doctrina que la Iglesia tenía que poseer, y Ella, siendo fiel y celosa hasta de una palabra mía, para que no se perdieran las depositó en mi fiel discípulo Juan (de modo que mi Madre tiene el primado sobre toda la Iglesia), así he hecho de tí. Teniendo que servir a toda la Iglesia el «Fiat Voluntas tua», te he encomendado a un ministro mío, para que deposites en él todo lo que te manifiesto sobre mi Voluntad”*. (Vol. XV, 11.07.1923).

Así pasé 3 o 4 años ⁵⁸ en esas contradicciones por parte de los sacerdotes. Muchas veces me sometieron a pruebas durísimas; llegaron a hacerme estar en aquel estado de sufrimientos, o sea, petrificada, incapaz de cualquier mínimo movimiento, ni siquiera poder tomar una gota de agua por dieciocho días, más o menos, cuanto ellos querían. Sólo el Señor sabe lo que yo pasé en aquel estado. Y cuando luego venían no tenía ni siquiera el bien de que me dijeran al menos: *“Ten paciencia, haz la Voluntad de Dios”*, sino que me regañaban como caprichosa y desobediente.

24 – Luisa se doblega con la Gracia a las penas que le dan los sacerdotes.

El Señor, sirviéndose de la epidemia de cólera, la pone en el candelero para que se sepa públicamente su condición de víctima

¡Oh Dios, qué pena, cuántas lágrimas he derramado! ¡Cuántas veces pensaba que era desobediente! Decía para mí: *“¿Cómo esa virtud, que es la que más le gusta al Señor, está tan lejos de mí? ¿Qué cosa puede hacer y esperar de bien un alma desobediente?”*

Muchas veces me lamentaba con Nuestro Señor y a veces llegaba a resentirme; y cuando El quería que aceptase un sufrimiento, resistía lo más que podía. Pero el Señor, cuando veía que empezaba a resistir, hacía ver que no me hacía caso y no me decía más nada, y luego, se repente, venía a sorprenderme.

Lo que después decía el Confesor es porque a veces no quería que cayera en aquel estado, pero eso no dependía de mí. También es verdad que he sido desobediente y que nunca he servido para nada. Pero recuerdo también que la pena más dolorosa para mí era no poder obedecer.

En ese periodo de tiempo, recuerdo que hubo el cólera ⁵⁹ y un día le pedía a mi buen Jesús que hiciera cesar ese flagelo, y El me dijo: *“Te accontentaré, si aceptas ofrecerte a sufrir lo que quiero”*.

Yo le dije: *“Señor, no, no puedo. Tú sabes cómo piensan. Si la cosa pasara solamente entre Tú y yo, habría aceptado inmediatamente todo”*.

Y El me dijo: *“Hija mía, si Yo hubiera pensado a lo que los hombres pensaban y a lo que habían hacer de Mí, no habría hecho la Redención del género humano. Pero Yo miraba a su salvación, y cuando veía personas que pensaban mal de Mí y que daban motivo para hacerme sufrir más, el amor grande que me devoraba me hacía ofrecer por su salvación las mismas penas que me daban. ¿Te has olvidado de que lo que quiero de ti es la imitación de mi Vida y que te haga partícipe de todo lo que sufrí? ¿No sabes tú que el acto más bello, más heroico, que más me agrada y que me debes ofrecer, es el de ofrecerte por los mismos que te son contrarios?”*

Me quedé muda, no supe qué responderle; acepté todo lo que el Señor quería, y así, hasta la tarde, fui sorprendida por aquel estado de sufrimiento y estuve tres días seguidos. Y después de que me recuperé ya no se oyó más nada, que estuviera el cólera.

25 – Cambio de Confesor. Lo primero que el nuevo Confesor le impuso por obediencia fue que aceptara el sufrir solo con su permiso

Después de eso tuve otra mortificación, e fue tener que cambiar de confesor, porque siendo religioso fue llamado al convento. Yo estaba contenta de él y la mayor parte de aquellos disgustos que he dicho, sobre todo el último año que fue el Confesor, ocurrían cuando él estaba en el campo por el cólera que había en el pueblo, y allí estuvo seis meses. Así pues mi Confesor no ponía tantas dificultades; me hacía estar un día en ese estado de sufrimientos y luego venía. Así que no estuvo ni siquiera un mes desde que se había retirado del campo y se supo que se iba. Eso fue doloroso para mí, no porque estuviera apegada, sino por la necesidad que tenía. Entonces fui al Señor y le dije mi pena, y El me dijo: *“No te aflijas por eso; Yo soy el dueño de los corazones y puedo girarlos y darles*

A causa de su condición de víctima y por su imposibilidad de levantarse de la cama durante más de 64 años, Luisa no sólo dependía de sus confesores (y por tanto de su obispo) para seguir viviendo, sino que debió someter su vida interior y exterior a su examen. Tener que decir o escribir todo lo que pasaba entre Jesús y ella, fue para Luisa una cruz particularmente sentida. Muchas veces pidió al Señor que la liberase de esa dependencia, pero el Señor no quiso. Esa transparencia para con los representantes de la Iglesia hizo escribir al P. Franzé OFM, prefecto para los procesos de beatificación, en una carta del 20.07.1931 al P. Palma, Superior general de los Padres Rogacionistas y sucesor de San Annibale M. Di Francia: *“A mí, que soy Religioso Regulador, me conforta tanto haber tenido la aseguración de que en tan larga serie de años, los médicos, los Confesores, los Arzobispos Ordinarios, tras pruebas exhaustivas, nunca hayan descubierto fraude alguno”*.

⁵⁸ - Hasta la edad de 20 o 21 años.

⁵⁹ - El año 1887.

vueltras como me parece y me gusta. Si él te ha hecho el bien, no ha sido más que un mediador, que recibía de Mí y lo daba a ti. Así haré con los otros: ¿de qué temes por tanto? Querida mía, mientras pongas los ojos una vez a la derecha, otra vez a la izquierda, y dejes que se detengan en una cosa o en otra y no los tengas fijos en Mí, no podrás caminar con libertad por la vía del Cielo, sino que irás siempre cojeando y no podrás seguir el influjo de la Gracia. Por eso quiero que mires con santa indiferencia todas las cosas que suceden en torno a ti, estando toda atenta sólo a Mí”.

Después de esas palabras, mi corazón cobró tanta fuerza, que poco o nada sufrió una tal pérdida de quien tanto bien había hecho a mi alma.

Así fue como cambié confesor y volví al que me confesaba cuando era pequeña ⁶⁰. Pero siempre bendito sea el Señor, que se sirve de esas mismas cosas que a nosotros nos parecen contrarias y casi que debieran llevar daño a nuestra alma, para nuestro mayor bien y para su gloria. Así ocurrió que empecé a abrir mi ánimo, que hasta aquel momento no había dicho nada a nadie; por más esfuerzo que hiciera, no era capaz, sino que me veía más impotente para decir las cosas de mi interior. Era tanto el pudor que sentía con sólo pensar decir esas cosas, que veía más fácil decir los pecados más feos ⁶¹. De donde viniera eso, no sé decirlo: por parte del Confesor creo que no, porque él era tan bueno, confiado, dulce, paciente en oír; tenía un cuidado exactísimo del alma, ponía la mirada en todo para que se pudiera caminar derecho. Por parte mía, tampoco, porque me sentía un estorbo en mi ánimo y tenía todo el deseo de liberarme y de saber al menos cómo pensaba el Confesor, pero me sentía imposibilitada para hacerlo. Según yo, creo que fue una permisión del Señor.

Así pues, estando con el nuevo Confesor, empecé a abrir mi interior poco a poco. El Señor muchas veces me ordenaba decirle al Confesor lo que El me decía, y cuando yo no lo hacía el Señor me reprendía, me regañaba severamente y a veces llegaba a decirme que si no lo hubiera hecho El no habría vuelto más. Esa es para mí la pena más amarga, que todas las otras penas, comparadas con esta, no me parecían más que pajas. Por eso, era tanto el temor de que de verdad no viniera, que hacía lo más que podía para manifestar mi interior. Es verdad que a veces me costaba mucho, pero el temor de perder a mi amado Jesús me hacía superar todo. Por parte del Confesor también era incitada a que le dijera de dónde procedía un tal estado, qué era lo que me sucedía cuando estaba en ese estado de inconsciencia, cuál era la causa. Una vez me ordenaba manifestarlo, o bien me obligaba con preceptos de obediencia y también me ponía delante el temor de que pudiera vivir en una ilusión y en un engaño, viviendo para mí misma, mientras que si lo hubiera manifestado al sacerdote habría podido estar más segura y tranquila, porque el Señor no permite nunca que el sacerdote se engañe cuando el alma es obediente. Así Jesucristo me empujaba por un lado, el Confesor por otro. Me parecía a veces que se la entendieran los dos juntos, el Confesor y Jesucristo. Así conseguí manifestar mi ánimo. Eso no lo hacía el anterior Confesor, no me hacía ninguna pregunta, no trataba de saber qué es lo que me sucedía en ese estado de inconsciencia, por lo cual yo misma no sabía como salir para hablar de esas cosas. El cuidado que tomaba era que yo estuviera resignada, uniformada al Querer de Dios, a soportar la cruz que el Señor me había dado, tanto que, si a veces me veía un poco molesta, sufría un gran pesar. Por tanto pasé casi otro año con este Confesor en el mismo estado que ya he dicho. Así que, como el Confesor sabía de dónde procedía aquel estado de sufrimiento, me decía que cuando Jesucristo quisiera que me vinieran los sufrimientos, me dirigiera a él para pedirle la obediencia.

26 – El Señor le pide a Luisa que se ofrezca como Víctima perpetua, en continuo estado de sufrimiento, para evitar a los hombres nuevos castigos merecidos, especialmente una guerra, y así preparar el camino a nuevas gracias de santificación para ella

Recuerdo que una mañana, después de la Comunión, me dijo el Señor: *“Hija, son tantas las iniquidades que se cometen, que la balanza de mi Justicia está a punto de desbordarse. Ahora sabe que haré caer sobre los hombres pesados castigos, especialmente una fierísima guerra, en que haré estragos de la carne humana. Ah, sí –continuó casi llorando–, Yo he dado el cuerpo a los hombres, para que fueran tantos santuarios a los que debía ir y deleitarme en ellos, pero ellos los han convertido en cloacas de podredumbre y es tanto el hedor, que me hacen estar lejos de ellos. ¿Ves la recompensa que recibo por tanto amor y tantas penas que he sufrido por ellos? ¿Quién ha sido nunca tratado como Yo? ¡Ah, nadie! ¿Pero cuál es la causa? El demasiado bien que los quiero. Por eso probaré con los castigos”.*

⁶⁰ - Don Michele De Benedictis fue su Confesor desde 1888 a 1898.

⁶¹ - Para Luisa fue una cruz muy pesada, toda su vida, tener que decir o escribir todo lo que sucedía entre Jesús y ella.

Yo sentía que se me partía el corazón por el dolor; me parecía que eran tantas las ofensas que le hacían, que para huir quería esconderse en mí, como para hallar un refugio. Sentía también tanta pena por los hombres que habían de ser castigados, que me parecía que no ellos, sino yo misma debía sufrir; más aún, me parecía que si yo hubiera podido, me habría sido más soportable sufrir yo todos esos castigos en lugar de ver sufrir a los demás.

Traté de compadecerlo lo más posible y con todo el corazón le dije: *“¡Oh Esposo Santo, detén los castigos que tu Justicia tiene preparados! Si la multiplicidad de las iniquidades de los hombres es grande, está el mar inmenso de tu Sangre en que puedes sepultarlas, y así tu Justicia quedará satisfecha. Si no tienes adonde ir para deleitarte, ven en mí; te doy todo mi corazón, para que descanses un poco y te deleites con él. Es verdad que yo también soy una sentina de vicios, pero Tú me puedes purificar y hacerme como Tú quieres. ¡Pero, ah, aplácate! Si es necesario el sacrificio de mi vida, oh, con cuánto deseo lo haría, con tal de ver tus mismas imágenes salvadas”*.

Y el Señor, interrumpiendo mi hablar, siguió diciendome: *“¡Precisamente aquí te quería! Si tú te ofreces a sufrir, no ya como hasta ahora, de vez en cuando, sino continuamente, cada día, por un cierto tiempo determinado, Yo no tocaré a los hombres. Ves como haré: te pondré en medio entre mi Justicia y las iniquidades de las criaturas, y cuando mi Justicia se vea llena de sus iniquidades, de forma que no pueda contenerlas, y se verá obligada a mandar los rayos de los flagelos para castigar a las criaturas, encontrándote a ti en medio, en vez caer sobre ellos, quedarás tú golpeada. Sólo de esa forma podré contentarte y no tocar a los hombres; de otra forma, no”*.

Yo me quedé toda confusa; no sabía qué decirle. Mi naturaleza hacía su parte, se asustaba y temblaba, pero veía que mi buen Jesús esperaba una respuesta, si aceptaba o no. Entonces, viendome casi obligada a hablar, le dije: *“Oh divinísimo Esposo mío, por mi parte estaría dispuesta a aceptar, ¿pero cómo será por parte del Confesor? Si no quiere venir de vez en cuando, ¿cómo será posible que venga cada día? Libérame de esta cruz, que sea necesario el Confesor para liberarme, y entonces todo lo arreglaremos entre Tú y yo”*.

Y el Señor me dijo: *“Va al Confesor y pídele la obediencia, si quiere; le dirás todo lo que te he dicho y harás lo que él te dice. Ves, no será solamente por el bien de las criaturas, que quiero estos sufrimientos continuos, sino también por tu bien. En ese estado de sufrimientos purificaré muy bien tu alma para prepararte a formar conmigo un místico desposorio, y después de eso haré la última transformación, de modo que seremos los dos como dos cirios que, puestos sobre el fuego, uno se transforma en el otro y se hacen uno solo: así me transformaré en ti y tú quedarás crucificada conmigo. Ah, ¿no estarías tú contenta, si pudieras decir: el Esposo está crucificado, pero también la esposa está crucificada, oh, sí, no hay nada que me haga disímil de El?”*

Así, cuando pude hablar con el Confesor, le dije todo lo que el Señor me había dicho. Aquella palabra que el Señor me dijo “por un cierto tiempo determinado”, (sin especificarme el tiempo preciso que debía estar sufriendo continuamente) fue interpretada por mí como unos cuarenta días, más o menos, mientras que ahora son casi doce años que continúo ⁶². Pero bendito siempre sea Dios, sean siempre adorados sus inescrutables juicios.

Yo creo que si el Señor bendito me hubiera hecho comprender con claridad la duración del tiempo que había de estar en cama, mi naturaleza se habría espantado mucho y difícilmente se habría sujetado (si bien recuerdo que he estado siempre resignada; pero entonces no conocía la preciosidad de la cruz, como el Señor me ha hecho conocer durante estos doce años), y el Confesor no se habría adaptado a darme esa obediencia.

Por eso dije al Confesor: por unos cuarenta días el Señor quería que me diera la obediencia de estar continuamente sufriendo, diciendole todo lo demás. Con mi sorpresa, porque yo lo creía imposible, el Confesor me dijo que, si era verdaderamente Voluntad de Dios, él me daba la obediencia y que en realidad no era que no pudiese venir, sino más bien un poco de respeto humano.

Mi alma mucho se alegró de que pudiera contentar al Señor y así evitar el castigo a las criaturas, pero mi naturaleza mucho se afligió al sentirse dada esa obediencia, tanto que durante algún día se contristó mucho. También el alma lo sentía mucho, pensando que había de estar tanto tiempo sin poder recibir en el Sacramento a Jesús, mi solo y único consuelo. A veces sentía una guerra tan fiera

⁶² - Esto escribía en 1899; por eso Luisa quedó *definitivamente* en cama en 1887. Los “40 días” y la indicación que hace más adelante de un Primero de año apenas después, permite precisar que Luisa quedó como víctima perpetua, en cama, hacia mediados de noviembre de 1887, cuando tenía 22 años.

en mí, que yo misma no sabía lo que me había pasado; muchas cosas añadía también el demonio, pero mi buen Jesús puso remedio a todo, y así es como hizo.

27 – *Se interrumpe la narración. Diferentes maneras como el Señor le habla a Luisa*

Sin embargo debo decir otra cosa, por orden del Confesor actual. Obedezco diciendo las distintas formas con que el Señor me ha hablado. A mí me parece que los modos como Dios me habla sean cuatro; pero esos cuatro modos de hablar de Jesús son muy diferentes de las inspiraciones.

1º – El primer modo es cuando el alma sale fuera de sí. Pero antes quiero explicar, lo mejor que pueda, ese salir afuera de mí misma. Eso ocurre de dos formas:

La primera es instantánea, casi un relámpago, y es tan repentino que me parecía que el cuerpo se levantara un poco de la cama por seguir al alma; pero luego se queda ahí, y a mí me ha parecido que el cuerpo se haya quedado muerto, mientras que el alma ha seguido a Jesús, yendo por todo el universo: por la tierra, por los aires, los mares, los montes, el Purgatorio y el Cielo, donde tantas veces me ha hecho ver el puesto en que me sentaré después de muerta. El otro modo de salir el alma es más tranquilo. Parece que el cuerpo se adormece insensiblemente y queda como petrificado en presencia de Jesucristo, sin embargo el alma permanece en el cuerpo y el cuerpo ya no siente más nada de las cosas externas, aunque se trastornase todo el universo, aunque me quemaran o me hicieran pedazos.

Esos dos modos de salir fuera de mí misma, tan diferentes, yo los he notado sensiblemente, porque en el primero, teniendo yo que obedecer al Confesor que venía a despertarme, lo he visto desde donde me había llevado Jesús, o sea, desde los confines de la tierra, o del aire, o de los montes, o del mar, o desde el Purgatorio, o incluso desde el mismo Paraíso. Más aún, me parecía que no me daba tiempo para que el Confesor encontrara el alma en el cuerpo y así no pudiera obedecer, y que tan lejos como yo me hallaba con el alma me parecía que me afanaba toda, me angustiaba y me afligía, si no hubiera llegado a tiempo para hacerme encontrar por el Confesor y que por tanto no hubiera obedecido; pero confieso que siempre he llegado a tiempo, y me parecía que el alma entrase en el cuerpo, antes de que el Confesor empezase a darme la obediencia de despertarme. Es más, digo la verdad, que tante veces yo veía de lejos al Confesor que venía y, por no dejar a Jesús, parecía que no pensase al Confesor que venía, y entonces el mismo Jesús me apresuraba a que volviera con el alma al cuerpo, para poder obedecer al Confesor; y yo sentía que me costaba mucho dejar a Jesús, pero la obediencia vencía y, dejándole, Jesús mismo me besaba y me abrazaba o hacía otra cosa para despedirse de mí. Y yo, dejando a mi amado Jesús, le decía: *“Voy al Confesor; pero Tú, mi buen Jesús, vuelve pronto, apenas el Confesor se haya ido”*.

Así que estos son los dos modos como parece que el alma salga del cuerpo, y en los dos modos de salir el alma Dios me habla. Ese modo de hablar El mismo lo llama “hablar intelectual”. Trataré de explicarlo. Por eso el alma, salida del cuerpo y encontrándose ante Jesús, no tiene necesidad de palabras para entender lo que el Señor quiere decirle, ni el alma necesita hablar para hacerse entender, pero por medio de la mente, ¡oh, cómo nos entendemos bien cuando estamos juntos! De una luz que me viene de Jesús en la mente, me siento imprimir en mí todo lo que mi Jesús me quiere hacer que comprenda. Ese modo es muy alto y sublime, tanto que la naturaleza difícilmente es capaz de explicarlo con palabras; apenas puede decir alguna idea.

Esa forma de hacerse entender Jesús es rapidísima; en un simple instante se aprenden muchas cosas sublimes, más que leyendo libros enteros. Oh, qué maestro ingeniosísimo es Jesús, que enseña muchas cosas, para lo que otro necesitaría años enteros, si es que pudiera, porque el maestro terreno no tiene la capacidad de poder atraer la voluntad del discípulo, ni de poder infundírselas en la mente sin esfuerzo y fatiga. Pero Jesús no; tanta es su dulzura, la amabilidad de su trato, la suavidad de su hablar, y luego es tan bello que el alma, apenas lo ve, se siente tan atraída, que a veces es tanta la velocidad con que corre a Jesús que, casi sin darse cuenta, se ve transformada en el objeto amado, de modo que el alma ya no sa distinguir más su ser terreno; tanto queda identificada con el Ser Divino.

¿Quién puede decir lo que el alma siente en ese estado? Se necesitaría el mismo Jesús, o bien un alma separada perfectamente de su cuerpo, porque el alma, al encontrarse otra vez rodeada por el muro de este cuerpo y perdiendo esa luz en la que antes estaba sumergida, mucho pierde y queda oscurecida, de manera que si quisiera intentar decir alguna cosa, no podría decir la más que de un modo muy burdo. Para dar una idea, digo que me imagino un ciego de nacimiento, que nunca haya tenido el bien de ver lo que contiene el universo entero, y que por pocos minutos tuviera el bien de abrir los ojos a la luz y viera todo lo que contiene el mundo, el sol, el cielo, el mar, tantas ciudades, tantas máquinas, la variedad de las flores y tantas otras cosas que hay en el mundo, y después de esos pocos minutos de luz volviese a la ceguera de antes. Ahora bien, ¿podría decir claramente todo lo que

ha visto? Podría hacer sólo un esbozo, decir algo confusamente.

Pues una cosa así sucede cuando el alma se halla separada y después vuelve al cuerpo. No sé si digo disparates; como a ese pobre ciego no le quedaría más que la pena de la vista perdida, así el alma vive gemiendo y casi en un estado violento, porque el alma se siente siempre atraída con violencia hacia el Sumo Bien, y es tanta la atracción que Jesús se queda en el alma y ella quisiera estar siempre atraída en su Dios. Pero eso no puede ser y por eso se vive como si se estuviera en un purgatorio. Añado que el alma no pone nada de suyo en ese estado; es toda una obra que hace el Señor.

2º – Ahora intentaré explicar el segundo modo de hablar que tiene Jesús, y es que el alma, estando fuera de sí misma, ve la persona de Jesucristo, por ejemplo de Niño, o bien crucificado, o de cualquier otra forma, y el alma ve que el Señor con su boca pronuncia las palabras y ella con la boca responde. A veces sucede que el alma se pone a conversar con Jesús como harían dos íntimos esposos, si bien el hablar de Jesús es muy parco, apenas cuatro o cinco palabras, y a veces incluso una sola; rarísimas veces se extiende un poco, pero en ese poquísimo hablar, oh, cuánta luz hace entrar en el alma! Me parece ver a prima vista un pequeño riachuelo, pero mirándolo bien, en vez de un riachuelo veo un grandísimo mar. Así es una sola palabra dicha por Jesús: es tanta la inmensidad de la luz que queda en el alma, que meditandola a base de bien se descubren tantas cosas sublimes y provechosas para el alma, que una se queda asombrada. Yo creo que si se unieran juntos todos los sabios, quedarían todos confundidos y mudos con una sola palabra de Jesús.

Pues bien, este modo es más conforme con la naturaleza humana y fácilmente se puede manifestar, porque el alma, entrando en sí misma, lleva consigo lo que ha oído decir de la boca de Nuestro Señor y lo comunica al cuerpo, mientras que no le es tan fácil cuando es por medio de la mente.

Para mí pienso que Jesús tiene este modo de hablar para adaptarse a la naturaleza humana, no porque El tenga necesidad de palabras para hacerse comprender, sino porque de esa manera el alma comprende más fácilmente y puede manifestarlo al Confesor. Es decir, que Jesús hace como un maestro doctísimo, sabio, inteligente, que posee en sumo grado todas las ciencias, que nadie puede igualarlo; pero como se encuentra entre discípulos que todavía no han aprendido las primeras letras del alfabeto, teniendo para sí todos los demás estudios, enseña a sus discípulos el abecé, etc.

¡Oh, qué bueno es Jesús! Se adapta a los que son doctos y les habla de un modo altísimo, de forma que para comprender deben estudiar muy bien lo que dice. Se adapta a los ignorantes y hace como si El también fuera ignorante y habla de un modo sencillo, de manera que ninguno puede quedarse en ayunas de las lecciones de este Maestro Divino.

3º – El tercer modo con el que Jesús me habla es cuando al hablar comunica al alma la misma sustancia de lo que dice. Me parece que es como cuando el Señor creó el mundo, con una sola palabra hizo las cosas, así, siendo su palabra creadora, en el acto mismo que dice la palabra, crea en el alma eso mismo que dice. Como por ejemplo, Jesús dice al alma: *“¿Ves qué bellas son las cosas? Por cuanto puedan tus ojos recorrer la tierra y el cielo, nunca hallarás belleza como la mía”*. En este decir de Jesús, el alma siente que entra en ella algo de divino; el alma queda tan atraída hacia esa belleza y al mismo tiempo pierde la atracción hacia todas las demás cosas; por bellas y preciosas que sean no le producen ninguna impresión. Lo que le queda fijo y casi convertido en ella es la belleza de Jesús; en eso piensa, de esa belleza se siente inundada y queda tan enamorada que, si el Señor no hiciera otro milagro, se le rompería el corazón de puro amor por esa belleza de Jesús y expiraría el alma para volar al Cielo a gozar de esa belleza de Jesús. Yo misma no sé si digo tonterías. Para explicar mejor este hablar sustancial de Jesús digo otra cosa. Jesús dice: *“¿Ves cuánto soy puro? También en ti quiero pureza en todo”*. Con esas palabras el alma siente que entra en ella una pureza divina. Esa pureza se transforma en ella misma y llega a vivir como si ya no tuviera más el cuerpo. Y lo mismo de las demás virtudes. ¡Oh, cuánto es deseable ese hablar de Jesús! Yo, por mí, daría todo lo que existe en la tierra si fuera la dueña, por tener una sola de esas palabras de Jesús.

4º – El cuarto modo con que Jesús me habla es cuando me encuentro en mí misma, es decir, en el estado natural, y es también de dos modos. El primero es cuando, estando en mí misma, recogida en lo íntimo del corazón, sin articular voz o sin sonido para el oído del cuerpo, Jesús internamente habla. El segundo es como hacemos nosotros, y eso ocurre a veces estando incluso distraída o bien hablando con otras personas. Pero una sola de esas palabras basta para recogerme si estoy distraída, para darme la paz si estoy turbada, para consolarme si estoy afligida.

28 – *Prosigue la narración. Luisa, de ahora en adelante víctima perpetua, permanece definitivamente en cama, sola y solamente para Jesús*

Vuelvo a lo que estaba diciendo, y así es como siguió. Por la mañana fui a comulgar y apenas recibí a Jesús enseguida le dije: *“Señor mío, mira en qué tempestad me encuentro. Debía darte las gracias por haberle dado al Confesor la luz de darme la obediencia de sufrir, y por el contrario mi naturaleza lo siente tanto que yo misma estoy confundida al verme tan mala. Pero todo eso es nada: Tú, que quieres el sacrificio, me darás también la fuerza. La razón más fuerte en mí es tener que estar tanto tiempo sin poder recibirte en el Sacramento. ¿Quién podrá resistir sin Ti? ¿Quién me dará la fuerza? ¿Dónde podré hallar un consuelo en mis aflicciones?”*

Y mientras lo decía, sentía tanta pena en el corazón por esa separación de Jesús Sacramentado que lloraba sin consuelo. Entonces el Señor, compadeciendo mi debilidad, me dijo: *“No temas, Yo mismo sostendré tu debilidad; tú no sabes qué gracias te he preparado; por eso temes tanto. ¿No soy Yo Omnipotente? ¿No podré suplir Yo la privación de poder recibirme en el Sacramento? Por eso resignate y abandónate como muerta en mis brazos, ofrecete como víctima voluntaria para repararme las ofensas, por los pecadores y para evitar a los hombres los castigos merecidos. Y Yo te doy como garantía mi palabra de no dejar ni siquiera un día sin venir a encontrarte. Hasta ahora tú has venido a Mí; de ahora en adelante vendré Yo a ti. ¿No estás contenta?”*

Así me resigné a la Santa Voluntad de Dios y fui sorprendida por ese estado de sufrimientos.

Ahora, ¿quién puede decir las gracias que el Señor empezó a darme? Es imposible poder decir todo claramente. Podré decir algo de un modo confuso, pero por cuanto puedo y por la santa obediencia que así quiere, trataré de decir, por cuanto me es posible.

Recuerdo que desde el principio de ese estar continuamente en cama, mi amante Jesús se hacía ver muy a menudo, cosa que no había hecho en el pasado. Desde el principio me dijo que quería que tomara un nuevo sistema de vida, para prepararme a aquel místico desposorio prometido.

Me decía: *“Amada de mi Corazón, te he puesto en este estado para poder venir y conversar más libremente contigo. Ves, te he liberado de todas las ocupaciones externas para que, no sólo el alma, sino también el cuerpo festuviera a mi disposición y así pudieras estar en continuo holocausto ante Mí. Ves, si no te hubiera puesto en esta cama, teniendo tú que cumplir los deberes de familia y sujetarte a otros sacrificios, Yo no habría podido venir tan a menudo y hacerte partícipe de las ofensas conforme las recibo; todo lo más habría debido esperar a cuando tú hubieras cumplido tus deberes. Pero ahora no; nos hemos quedado libres, ya no hay nadie más que nos moleste y que interrumpa nuestra conversación. Da ahora en adelante mis aflicciones serás tuyas y las tuyas mías; mis sufrimientos serán tuyos y los tuyos míos; mis consolaciones tuyas y las tuyas mías; uniremos juntos todas las cosas y tú te interesarás de mis cosas, como si fueran tuyas, y así haré Yo con las tuyas. Ya no habrá más entre nosotros dos «esto es mío y esto es tuyo», sino que todo será común para los dos.*

¿Sabes cómo he hecho contigo? Como un rey cuando quiere hablar con su reina y esposa y esta se halla con las otras damas ocupada en otros asuntos. ¿Qué hace el rey? La toma y se la lleva dentro de su habitación, cierra la puerta para que nadie pueda ir a interrumpir su conversación y oír sus secretos. Así, estando solos, se comunican mutuamente sus consuelos y sus aflicciones. Ahora, si algún imprudente fuera a llamar o a vocear detrás de la puerta y no les dejara gozar en paz su conversación, ¿el rey no lo tomaría a mal? Así he hecho Yo contigo y así también me molestaría si alguien quisiera quitarte de este estado”.

29 – *El Señor llama al alma a una perfecta conformidad con su Voluntad; en ella quiere un desapego absoluto de todo y una perfecta pobreza, con santa indiferencia*

Después siguió diciendome: *“Quiero de ti conformidad perfecta a mi Voluntad, de modo que se deshaga tu voluntad en la Mía; desapego absoluto de todas las cosas, tanto que todo lo que es tierra quiero que lo consideres como estiercol y podredumbre, que repugna hasta el mirarlo, y eso porque las cosas terrenas, aunque no se les tenga apego, con sólo tenerlas alrededor y mirarlas oscurecen las cosas celestes e impiden hacer ese místico desposorio que te he prometido. Además, quiero que, como Yo fui pobre, tú también me imites en la pobreza: debes considerarte en este lecho como una pobrecilla; los pobres se contentan con todo lo que tienen y dan las gracias, primero a Mí y luego a sus bienhechores. Así tú, conformate con todo lo que se te da, sin pedir ni esto ni aquello, que podría ser un obstáculo en tu mente, sino con santa indiferencia, sin pensar si eso hace bien o hace mal, abandónate a la voluntad de otros”.*

30 – Una nueva cruz de Luisa: vomitar siempre lo que come por obediencia y a la vez sufrir el hambre. El Confesor le prohíbe que siga en su estado de víctima

Eso me costó mucho al principio, especialmente por lo que por obediencia me mandaba el Confesor. No sé cómo, quería que tomara la quinina y me había dado la obediencia de que, todas las veces que hubiera vomitado, otras tantas veces debía volver a tomar el alimento. Pero la quinina me abría el apetito y a veces sentía muy bien el hambre; tomaba el alimento y apenas tomado, y a veces en el momento mismo que comía, por los continuos conatos de vómito tenía que vomitarlo por fuerza y seguía con la misma hambre de antes ⁶³. La palabra “pobre”, que Jesús me había dicho, no me permitía atreverme a pedir nada y yo misma sentía vergüenza de pedir. Pensaba entre mí: “¿*Qué dirá la familia? ¿Apenas ha vomitado y ya quiere comer? Si me dan alguna cosa la tomo, si no el Señor se encargará*”. Así lo pasé, contenta de poder ofrecer algo a mi amado Jesús. Eso sin embargo no duró mucho tiempo, sino unos cuatro meses.

Un día el Señor me dijo: “*Repíte la petición, que te dé la obediencia de no tomar la quinina y de no hacerte que comas tantas veces, que Yo le daré luz*”.

Así vino el Confesor y se lo dije, y él me dijo: “*Para no parecer especial, de ahora en adelante quiero que tomes el alimento una sola vez al día*”, y suspendió también la quinina. Así me quedé más tranquila y se me pasó el hambre, pero no cesó el vómito; la única vez al día que tomaba el alimento me veía obligada a devolverlo. El Señor a veces me decía que pidiera la obediencia de no comer, pero el Confesor nunca me ha dado esa obediencia; me decía: “*No importa que vomites, es otra mortificación*”. Yo se lo decía al Señor y El me decía: “*Quiero que tú se lo pidas, pero con santa indiferencia quiero que tú estés en lo que te dice la obediencia*”.

Y así seguí haciendo. Cuando hubieron pasado unos cuarenta días, que yo había interpretado por aquella palabra que dijo el Señor (“por un cierto tiempo determinado”) y que yo así lo había dicho al Confesor, y los sufrimientos seguían sorprendiéndome cada día y él se veía obligado a venir todos los días, el Confesor empezó a darme la obediencia de no continuar más en aquel estado y añadió que si hubiera caído en los sufrimientos, él ya no habría venido más. Por mi parte me sentía dispuestísima a obedecer; especialmente mi naturaleza quería liberarse de ese estar continuamente en cama, que por bello que fuera, era siempre un lecho. Ese tener que depender de todos, hasta en las cosas más repugnantes y necesarias de la naturaleza, y tener por fuerza que decírlas a los demás es un verdadero sacrificio. Así que la naturaleza hizo su parte y toda se consoló al sentirse dar esa obediencia. Mi alma estaba lista para cumplir la obediencia y lista para estar en cama, si el Señor así hubiera querido, porque había empezado a experimentar cuánto había sido bueno conmigo y que la verdadera resignación sabe cambiar la naturaleza de las cosas y convierte lo amargo en dulce.

31 – Luisa resiste a Jesús, que quiere que sufra, porque falta el permiso del Confesor; pero finalmente el Señor se impone: le comunica el estado de sufrimiento y, como prueba que es su Voluntad, anuncia al Confesor una guerra entre Italia y Africa

Cuando el Confesor me dió la obediencia de no tener que estar más en cama, yo empecé a resistir y le decía al Señor: “¿*Qué quieres de mí? No puedo, porque la obediencia no quiere. Si Tú quieres, dale luz al Confesor y entonces yo estoy dispuesta a hacer lo que quieras*”; y pasé toda una noche en contraste con el Señor. Cuando venía le decía: “*Mi querido Jesús, ten paciencia, no vengas, que la obediencia no permite que me hagas participar en los sufrimientos*”. Hasta la mañana yo vencía; me sentía en mí misma y libre de sufrimientos, cuando en un instante vino el Señor y me atrajo a El de un modo tal, que no pude resistirle; perdí los sentidos y me encontré junto con Jesús, pero tan estrechada que, por más que quería oponerme, no pude separarme de El. Estando con Jesús yo me sentía toda

⁶³ - En los primeros tiempos, el vómito lo tenía cada tres o cuatro días; pero después ocurría cada vez que comía. Pocos minutos después de haber comido, como en un golpe de hipo devolvía todo intacto e incluso agradable a la vista. Desde que quedó definitivamente en cama, en máxima parte Luisa vivió de la Santa Eucaristía y del mismo alimento de Jesús: la Divina Voluntad. Algunos cuentan que vivió totalmente sin comer ni beber durante todo aquel tiempo, pero eso no corresponde a la verdad. En el volumen XI (29.9.1912) Luisa escribe: “...*Me he quedado preocupada, pensando a mi estado, porque antes tomaba poquísimo alimento y me veía forzada a vomitarlo y ahora tomo más y no lo vomito...*”, y lo atribuye a falta de mortificación y a defecto suyo, pero Jesús le dice que es porque después de haberla purificado y desapegado de las cosas terrenas “*Yo la devuelvo a la vida ordinaria, porque quiero que mis hijos tomen parte en las cosas que he creado por su amor, según mi Voluntad, no según la de ellos. Y es sólo por amor a esos hijos, que me veo obligado a alimentar a los demás*”. (Lo mismo se ve en el vol. XII, 12.8.1918, en el que habla de su continuo devolver que tanto la mortifica).

anulada y con una cierta vergüenza por toda la oposición que le había tenido esa noche. Le dije: *“Esposo Santo, perdóname; es el Confesor que así quiere”*; y El me dijo: *“No temas; cuando es por obediencia Yo no me ofendo –prosiguió–. Ven, ven a Mí; hoy es añonuevo y quiero darte el aguinaldo”* (Precisamente esa mañana era el primer día del año) ⁶⁴. Así acercó sus purísimos labios a los míos y derramó una leche dulcísima, me besó y, sacando un anillo de su costado ⁶⁵, me dijo: *“Hoy quiero hacerte que veas el anillo que te he preparado para cuando te desposaré”*.

Después me dijo: *“Dile al Confesor que es Voluntad mía que sigas estando en cama; y como señal de que soy Yo, dile que hat guerra entre Italia y Africa, y si él te da la obediencia de que sigas sufriendo, no dejaré que pase nada; las dis partes en conflicto harán la paz”*.

En el momento mismo de decir esas palabras, me sentí como envuelta en una vestidura de sufrimientos, de la que yo sola no podía liberarme. Pensaba entre mí: *“¿Qué dirá el Confesor?”*, pero ya no estaba más en mi poder ⁶⁶. Esa leche que Jesús derramó en mí, me producía tal amor hacia El, que me sentía desfallecer, y sentía tanta saciedad y dulzura que después que vino el Confesor y me recuperé de aquel estado y la familia me trajo de comer, me sentía tan llena que no podía tragar el alimento; pero para cumplir la obediencia que así quería, tomé un poco y enseguida tuve que devolverlo, pero junto con aquella leche dulce que me había dado Jesús. Y El, casi bromeando, me dijo: *“¿No te basta lo que te he dado? ¿No estás contenta todavía?”*

Yo me puse toda colorada, pero enseguida le dije: *“¿Qué quieres de mí? Es la obediencia”*.

Cuando vino el Confesor empezó a inquietarse y a decirme que era una desobediente, o bien me decía que era una enfermedad; que si fuera cosa de Dios, me habría hecho obedecer; por eso, en vez de llamar al Confesor, debía llamar a los médicos. Cuando terminó de hablar, yo le dije todo lo que me había dicho el Señor, como ya he dicho, y él me dijo que era verdad, que había guerra entre Africa e Italia: *“¡Veremos si no pasará nada!”* Y así se quedó convencido de hacerme que siguiera sufriendo. Después de unos cuatro meses, un día vino el Confesor y me dijo que había noticias de la guerra entre Africa e Italia, que sin hacerse ningún daño las dos, se habían pacificado juntas. Así el Confesor se quedó más persuadido y me dejó estar en paz.

32 – El Señor empieza a preparar a Luisa al Desposorio místico que le promete

Así que mi dulce Jesús no hacía más que prepararme a aquel desposorio místico prometido. Se hacía ver, estando yo en aquel estado, a veces tres, a veces cuatro veces al día, como a El le parecía, y a veces era un continuo ir y volver; me parecía un enamorado que no sabe estar sin su esposa. Así hacía Jesús conmigo y a veces llegaba a decirmelo: *“Ves, te amo tanto que no sé estar si no vengo; me siento casi inquieto, pensando que tú estás sufriendo por Mí y que estás sola. Por eso he venido, para ver si necesitas alguna cosa”*.

Y mientras así decía, El mismo me levantaba la cabeza, ponía el brazo detrás de mi cuello y me abrazaba, y mientras así me tenía me besaba ⁶⁷; y si era en tiempo de verano, que hacía calor, de su boca mandaba un aliento refrescante o bien tomaba alguna cosa en la mano y me hacía aire, y luego me preguntaba: *“¿Cómo te sientes? ¿No estás mejor?”* Yo le decía: *“De cualquier forma se esté, contigo se está siempre bien”*.

Otras veces venía y si me veía muy débil por el continuo estar en esos sufrimientos, sobre todo si el Confesor venía por la tarde, mi amante Jesús venía y, viendome en ese estado de extrema debilidad –tanto que a veces me sentía morir–, se acercaba a mí y de su boca derramaba leche en la mía, o bien me hacía ponerme en su Costado y ahí sorbía torrentes de dulzura, de delicias y de fortaleza; y El me decía: *“Quiero ser precisamente Yo tu todo y también tu alimento del alma y del cuerpo”*.

¿Quién puede decir lo que yo experimentaba, tanto en el alma como en el cuerpo, con esas gracias que Jesús me daba? Si yo quisiera decirlas, iría demasiado lejos.

Recuerdo que a veces, cuando no venía pronto, yo me quejaba con El, diciendole: *“Ah, Esposo Santo, ¿cómo me has hecho esperar tanto? Yo no podía resistir más, me sentía morir sin Ti”*. Y

⁶⁴ - Era el 1° de Enero de 1888.

⁶⁵ - Este detalle, que Jesús saca un anillo de su Corazón, confirma que los besos, caricias, anillos, “sorber de su costado” o “derramar en la boca” un líquido amargo o una “leche” dulcísima y otros gestos o manifestaciones de amor del Señor a Luisa, son todos de tipo puramente espiritual y simbólico. Se trata de un lenguaje hecho de signos. Ella misma de vez en cuando indica el significado (Por ejemplo, vol. III, 23 y 25.04.1900).

⁶⁶ - El liberarse por sí sola de aquel estado de muerte.

⁶⁷ - Véase el Cantar de los Cantares, 2,6: *“Su izquierda está bajo mi capeza y con sua derecha me abraza”*.

mientras así decía, era tanta la pena que sentía, que lloraba; y El me compadecía, me secaba las lágrimas, me besaba, me abrazaba y decía: *“No quiero que llores. Ves, ahora estoy contigo; dime, ¿qué quieres?”*. Yo le decía: *“No quiero nada más que a Ti y dejaré de llorar cuando me prometas no hacerme tanto esperar”*; y El me decía: *“Sí, sí, te alegraré”*.

Un día, mientras estábamos en ese contraste y era tanta la pena que no podía dejar de llorar, mi buen Jesús me dijo: *“Quiero alegrarte en todo. Me siento tan atraído hacia ti, que no puedo dejar de hacer lo que tú quieres. Si hasta ahora te he quitado la vida externa y me he manifestado a ti, ahora quiero atraer tu alma a Mí, para que adonde Yo vaya tú puedas venir conmigo. Así podrás más gozar de Mí y estrecharte más íntimamente a Mí, cosa que no has hecho hasta ahora”*.

33 – Retrato que Luisa hace de la divina belleza de la Stma. Humanidad de Jesús, como ella lo ve

Una mañana –no recuerdo muy bien, creo que habían pasado unos tres meses y yo seguía estando siempre en cama–, mientras estaba en mi habitual estado, vino mi dulce Jesús con un aspecto todo amable, como jóven de unos dieciocho años de edad. ¡Oh, cuánto era bello, con su cabellera dorada y toda ensortijada! Parecía que me ensortijaba los pensamientos, los afectos, el corazón. Su frente serena y espaciosa, en la que se contemplaba como dentro de un cristal el interior de su mente, mostraba su infinita sabiduría, su paz imperturbable. ¡Oh, cómo sentía serenarse mi mente, mi corazón! Incluso mis mismas pasiones ante Jesús se doblegan y no se atreven a dar la mínima molestia. Yo creo, no sé si me equivoco, que no se puede ver a este Jesús tan bello, si no se está en la calma más profunda, tanto que el mínimo aliento de disturbio impide recibir una vista tan bella. Ah, sí, con sólo ver la serenidad de su frente adorable, es tanta la infusión de paz que se recibe en el interior, que creo que no haya desastre ni guerra la más fiera que ante Jesús no se calme ⁶⁸. Oh, mi todo y bello Jesús, si por pocos momentos que te manifiestas en esta vida comunicas tanta paz, de modo que se pueden sufrir los más dolorosos martirios, las penas más humillantes, con la más perfecta tranquilidad (me parece una mezcla de paz y de dolor), ¿qué será en el Paraíso?

¡Oh, cómo son bellos sus ojos purísimos, centelleantes de luz! No es como la luz del sol, que si se quiere mirar ofende nuestra vista, no; en Jesús, mientras es luz, se puede fijar muy bien la mirada y mirar el interior de sus pupilas, de un color celeste oscuro. ¡Oh, cuántas cosas me decían! Es tanta la belleza de sus ojos, que una sola mirada suya basta para hacerme salir afuera de mí misma y hacerme correr tras El por caminos y por montes, por la tierra y por el cielo. Basta una sola mirada para transformarme en El y sentir que baja en mí algo de divino.

¿Y quién puede decir la belleza de su rostro adorable? Su cutis blanco es como la nieve, con un matiz color de rosas, las más bellas. En sus mejillas purpúreas se descubre la grandeza de su Persona, con un aspecto majestuosísimo, en todo divino, que inspira respeto y reverencia y a la vez da tanta confianza, que, en cuanto a mí, nunca he encontrado a nadie que me diera al menos una sombra de la confianza que da mi amado Jesús, ni padres, ni confesores, ni hermanas. Ah, sí, ese rostro santo, mientras es tan majestuoso, es tan amable, y esa amabilidad atrae tanto, que el alma no tiene la mínima duda de ser acogida por Jesús, por más fea y pecadora que se viera. Bella es su nariz, que descende en punta finísima, proporcionada a su sacratísimo rostro. Graciosa es su boca, pequeña, pero sumamente bella. Sus labios finísimos, de un color escarlata; mientras habla tiene tanta gracia que es imposible poder decirlo. Es dulce la voz de mi Jesús, es suave, armoniosa. Mientras habla sale de su boca un perfume tal, que parece que no exista en la tierra; es tan penetrante que penetra en todo y su hablar se siente que baja del oído al corazón, y ¡oh, cuántos efectos produce! ⁶⁹ ¿Pero quién puede decir todo? Además es tan agradable que creo que no se pueden hallar otros placeres, como pueden haber en una sola palabra de Jesús. La voz de mi Jesús es potentísima, es operante, y ya en el mismo acto que habla realiza lo que dice. Ah, sí, es bella su boca, pero demuestra más su gracia en el acto de su hablar, mientras se ven esos dientes tan nítidos y tan bien ajustados, y siendo de amor su aliento, incendia, hiere y consume el corazón. Bellas son sus manos, suaves, blancas, delicadísimas, con esos dedos tan armoniosamente hechos, y las mueve con una maestría tal, que es un encanto.

⁶⁸ - Compárese con la descripción del Esposo, hecha por la *Esposa* del Cantar de los Cantares, 5,10-16. Tengamos en cuenta que Luisa no podía conocer ese libro. Muchos de sus versículos resuenan como un eco de un modo conmovedor, literalmente, en las páginas de Luisa. Ella es *“la Esposa”* (Vol. XV, 24.01.1923).

⁶⁹ - Véase el Cantar de los Cantares, 1,3: *“Suave es la fragancia de tus perfumes, tu nombre es ungüento derramado, por eso Te aman las doncellas”*.

¡Oh, qué bello eres, todo bello, mi dulce Jesús! Lo que he dicho de tu belleza es nada, es más, me parece que he dicho tantos disparates; ¿pero qué quieres de mí? Perdóname; es la obediencia que así quiere; por mí no me habría atrevido a decir una palabra, conociendo mi insuficiencia.

34 – Por vez primera el alma sale del cuerpo, atraída irresistiblemente por Jesús. Padecimientos que el Señor comunica al alma, hallándose en ese estado

Pues bien, mientras veía a Jesús en el aspecto que he dicho, de su boca me mandó un aliento que me inundó toda el alma ⁷⁰; me parecía que Jesús me atirase con ese aliento tras El y empecé a sentir que mi alma salía del cuerpo. Me la sentía salir en realidad por todas partes, de la cabeza, de las manos y hasta de los pies. Siendo la primera vez que me sucedía, dentro de mí empecé a decir: ¡ahora me muero, el Señor ha venido a llevarme!

Cuando me ví fuera del cuerpo, el alma tenía la misma sensación del cuerpo, con una diferencia: que el cuerpo tiene carne, nervios y huesos; el alma no, es un cuerpo de luz. Por tanto yo sentía un temor, pero Jesús seguía mandándome ese aliento y mi dijo: *“Si tanto te apena estar privada de Mí, ven ahora junto conmigo, que quiero consolarte”*; y así Jesús, tomando su vuelo, y yo el mío junto a El, dimos una vuelta por todo el espacio del cielo. ¡Oh, qué bello era pasear con Jesús! Ahora apoyaba yo la cabeza sobre su hombro, con un brazo por detrás de la espalda y la otra mano en su mano, o bien se apoyaba Jesús en mí.

Cuando llegábamos a ciertos lugares en que más abundaba la iniquidad, ¡oh, cuánto sufría mi buen Jesús! Yo veía con más claridad los sufrimientos de su Corazón adorable, lo veía casi desvanecido y le decía: *“Apoyate en mí y hazme partícipe de tus penas, que no soy capaz de verte sufriendo solo”*.

Y Jesús me decía: *“Amada mía, ayudame, que no puedo más”*; y mientras así decía acercaba sus labios a los míos y derramaba una amargura tal, que sentía penas mortales. Cuando sentía entrar en mí ese licor tan amarguísimo, sentía como tantos cuchillos, pinchazos, flechas, que me penetraban de parte a parte; es decir, en todos mis miembros se formaba un dolor atroz y, al volver el alma al cuerpo, le comunicaba esos sufrimientos. ¿Quién puede decir las penas? El mismo Jesús, que era testigo, porque los demás no podían mitigar mis penas, estando en aquel estado de pérdida de los sentidos, y esperábamos a cuando le era cómodo al Confesor, porque también con la obediencia se mitigaban. Así que sólo Jesús podía ayudarme. Cuando veía que mi naturaleza ya no podía más y que llegaba a lo que se dice a los extremos, que no me faltaba más que dar el último respiro ⁷¹ (oh, cuántas veces la muerte se ha burlado de mí, pero llegará un día que yo me burlaré de ella), entonces venía Jesús, me tomaba en sus brazos, me acercaba a su Corazón y, ¡oh, cómo me sentía volver la vida! Luego, de sus labios derramaba un licor dulcísimo, y así se calmaban las penas.

35 – Participación de Luisa en las indecibles amarguras y dolores de Jesús por las diferentes especies de pecados con que es ofendido

Otras veces, mientras me llevaba con El dando una vuelta, si eran pecados de blasfemias o contra la caridad y demás, derramaba ese amargo venenoso; si eran pecados de impureza, derramaba una cosa de podredumbre apestosa, y cuando volvía en mí misma sentía tan fuerte esa peste y era tanto el hedor, que me revolvía el estómago y sentía desmayarme; y a veces, tomando el alimento, cuando después lo vomitaba, sentía que me salía de la boca eso podrido mezclado con el alimento.

Alguna vez, además, me llevaba a las iglesias, y también allí mi buen Jesús era ofendido. Oh, cómo le llegaban mal a su Corazón esas obras, santas, sí, pero hechas sin cuidado, esas oraciones vacías de espíritu interior. Esa piedad falsa, solamente aparente, parecía que era más un insulto a Jesús que un honor. Ah, sí, ese Corazón santo, puro, recto, no podía recibir esas obras tan mal hechas. Oh, cuántas veces se ha lamentado diciendo: *“Hija, también la gente que se dice devota, ves cuántas ofensas me hacen; también en los lugares más santos, al recibir los mismos sacramentos, en vez de salir purificados se van aún más ensuciados”*.

Ah, sí, cuánta pena daba a Jesús ver personas que comulgaban sacrílegamente, sacerdotes que celebraban el santo Sacrificio de la Misa en pecado mortal, por costumbre y, siento horror al decirlo, por intereses. ¡Oh, cuántas veces mi Jesús me ha hecho ver esas escenas dolorosas! Cuántas veces,

⁷⁰ - El aliento o soplo de Jesús es el Espíritu Santo (Cfr. Jn 20,22; 2ª Tes 2,8)

⁷¹ - En el Vol. IX (1.10.1909) dice que en los años pasados Jesús había querido varias veces llevarla definitivamente al Cielo, pero cada vez se había interpuesto la obediencia, para que la Víctima permaneciera todavía en la tierra.

mientras el Sacerdote celebraba el sacrosanto Misterio y Jesús se veía obligado a ir a esas manos, por ser llamado por la potestad sacerdotal, se veían esas manos que chorreaban podredumbre, sangre, o bien llenas de fango. Oh, cómo daba compasión entonces el estado de Jesús, tan santo, tan puro, en esas manos, que daban horror sólo al mirarlas. Parecía que quisiera huir de esas manos, pero era obligado a estar hasta que se consumían las especies del pan y del vino.

A veces, mientras permanecía allí con el sacerdote, venía presuroso a mí y todo se lamentaba, y antes de que yo se lo dijera, El mismo me lo decía: *“Hija, déjame que derrame en ti, que no puedo más; ten compasión de mi estado, que es demasiado doloroso. Ten paciencia, suframos juntos”*; y mientras lo decía derramaba de su boca en la mía. ¿Pero quién puede decir lo que derramaba? Parecía un veneno amargo, una podredumbre apestosa, revuelta con un alimento tanto duro, repugnante y nauseante, que a veces no podía tragarlo. ¿Quién puede decir, además, los sufrimientos que producía eso que derramaba Jesús? Si El no me hubiese sostenido, sin duda habría sido víctima. Y eso que en mí no derramaba más que la mínima parte: ¿que será de Jesús, que contenía tanto y tanto? ¡Oh, qué horrible es el pecado! *Ah, Señor, hazlo conocer a todos, para que huyan de ese monstruo tan horrible.*

36 – Participación de Luisa en las inefables dulzuras del Señor, asistiendo a escenas sumamente consoladoras de los santos Misterios de la Religión

Pero mientras veía esas escenas tan dolorosas, otras veces me hacía ver también escenas tan consoladoras y bellas, que encantaban: y eran el ver a buenos y santos Sacerdotes que celebraban los sacrosantos Misterios. ¡Oh, Dios, qué alto, grande, sublime es su ministerio! Cuánto era bello ver al Sacerdote que celebraba la Misa y a Jesús transformado en él. Parecía que no el Sacerdote, sino el mismo Jesús celebraba el divino Sacrificio, y a veces hacía desaparecer de hecho al Sacerdote y Jesús solo celebraba la Misa y yo la escuchaba. ¡Oh, qué conmovedor era ver a Jesús decir esas oraciones, hacer todas esas ceremonias y movimientos que hace el mismo Sacerdote! ¿Quién puede decir cuánto me consolaba asistir a esas Misas junto con Jesús? ¡Cuántas gracias recibía, cuántas luces, cuántas cosas comprendía! Pero como son cosas pasadas y no las recuerdo tan claro, las paso por eso en silencio. Y mientras lo digo, Jesús en mi interior se ha movido y me ha llamado, y no quiere que haga eso... *¡Ah, Señor, cuánta paciencia se necesita contigo! Pues bueno, te contentaré. Oh dulce amor, diré alguna cosita, pero dame tu Gracia para poder manifestarla, que por mí no me atrevería a decir una palabra de misterios tan profundos y sublimes.*

37 – La Santa Misa y sus efectos; en particular, la resurrección de los muertos con sus cuerpos

Pues bien, mientras veía a Jesús o al Sacerdote que celebraba el divino Sacrificio, Jesús me hacía comprender que en la Misa está todo el fundamento de nuestra sacrosanta religión. Ah, sí, la Misa nos dice todo y nos habla de todo. La Misa nos recuerda nuestra Redención, nos habla parte por parte de las penas que Jesús padeció por nosotros, nos manifiesta así mismo su amor inmenso, que no se contentó con morir en la cruz, sino que quiso continuar su estado de víctima en la Stma. Eucaristía.

La Misa nos dice también que nuestros cuerpos deshechos, hechos cenizas por la muerte, resucitarán el día del Juicio junto con Cristo a vida inmortal y gloriosa. Jesús me hacía comprender que la cosa más consoladora para un cristiano y los misterios más altos y sublimes de nuestra santa religión son Jesús en el Sacramento y la resurrección de nuestros cuerpos a la gloria.

Son misterios profundos que comprenderemos sólo más allá de las estrellas, pero Jesús en el Sacramento nos los hace casi tocar con la mano en varios modos. En primer lugar su Resurrección; en segundo lugar su estado de anonadamiento bajo esas especies, pero también es cierto que Jesús está ahí vivo y verdadero; después, consumadas las especies, su real presencia ya no existe; pero luego, consagradas las especies, de nuevo recobra su estado sacramental.

Así Jesús en el Sacramento nos recuerda la resurrección de nuestros cuerpos a la gloria. Como Jesús, cesando su estado sacramental, reside en el seno de Dios su Padre, así nosotros, al cesar nuestra vida, nuestras almas van a su morada en el Cielo, en el seno de Dios, y nuestros cuerpos quedan consumidos, por lo que se puede decir que ya no existimos más, pero después, con un prodigio de la omnipotencia de Dios, nuestros cuerpos recibirán nueva vida y, uniéndose al alma, irán juntos a gozar la felicidad eterna. ¿Puede haber cosa más consoladora para un corazón humano, que no sólo el alma, sino también el cuerpo debe disfrutar en los eterni goces? A mí me parece que en aquel gran día sucederá como cuando el cielo se ve lleno de estrellas y sale el sol; ¿qué sucede? Que el sol con su

inmensa luz absorbe las estrellas y las hace desaparecer, pero las estrellas existen. El sol es Dios y todas las almas bienaventuradas son las estrellas. Dios con su inmensa luz nos absorberá a todos en El, de modo que existiremos en Dios y nadaremos en el mar inmenso de Dios. ¡Oh, cuántas cosas nos dice Jesús en el Sacramento! ¿Pero quién puede decirlas todas? De verdad me alargaría demasiado; si el Señor lo permitirá, me reservo decir en otras ocasiones alguna otra cosa.

38 – Ultimos preparativos al Matrimonio místico

Ahora bien, en esas salidas que el Señor me hacía tener, a veces me renovaba la promesa del desposorio ya dicho. ¿Quién puede decir los deseos ardientes que el Señor me infundía, de efectuar ese místico desposorio? Muchas veces se lo pedía, diciéndole: *“Esposo dulcísimo, hazlo pronto, no restrases más mi íntima unión contigo. Ah, estrechemonos con más fuertes vínculos de amor, de modo que nadie pueda separarnos más, ni siquiera por un simple instante”*.

Y Jesús, me corregía, ya sea de una cosa, ya sea de otra. Recuerdo que un día me dijo: *“Todo lo que es terreno, todo, todo lo debes quitar, no sólo de tu corazón, sino también de tu cuerpo. Tú no puedes comprender cuánto hacen daño y cuánto impiden mi amor las mínimas sombras terrenas”*.

Yo le dije enseguida: *“¿Tengo alguna otra cosa que quitarme? Dímelo, que estoy dispuesta a hacerlo”*. Y mientras decía eso, yo misma me dí cuenta de que tenía en el dedo un anillo de oro que representaba la imagen del Crucifijo. Enseguida le dije: *“Esposo Santo, ¿quieres que me lo quite?”*; y El me dijo: *“Teniendo Yo que darte un anillo más precioso, más bello, en el que estará grabada mi imagen viva, que cada vez que lo mires tu corazón recibirá nuevas flechas de amor, éste por lo tanto no es necesario”*, y yo enseguida me lo quité.

Finalmente llegó el suspirado día, después de no poco sufrir. Recuerdo que poco faltaba para cumplirse el año que continuamente estaba en cama, día de la Pureza de María Stma.⁷²

La noche anterior a ese día, mi amante Jesús se hizo ver todo alegre, se acercó a mí y tomó mi corazón en sus manos, lo miró y examinó, lo despolvió y luego de nuevo me lo devolvió. Después tomó una vestidura de inmensa belleza (me parecía que el fondo fuera un bordado de oro jaspeado de varios colores) y con ella me vistió; tomó dos gemas, como si fueran pendientes y me adornó las orejas; después me adornó el cuello y los brazos y me ciñó la frente con una corona de inmenso valor, toda llena de gemas y piedras preciosas, resplandeciente de luz, y me parecía que esas luces fueran tantas voces que resonaban entre ellas y con claras notas hablaban de la belleza, potencia, fortaleza, y de todas las demás virtudes de mi Esposo Jesús. ¿Quién puede decir lo que comprendí y en qué mar de consuelo nadaba mi alma? Es imposible poder decirlo.

Y mientras Jesús me ceñía la frente, me dijo: *“Esposa dulcísima, esta corona te la pongo para que nada falte para hacerte digna de ser mi esposa; pero luego, después de que esté hecho nuestro desposorio, me la llevaré al Cielo, para reservartela para el momento de la muerte”*.

Por último tomó un velo con el que toda me cubrió, de la cabeza a los pies, y así me dejó. Ah, me parecía que en aquel velo hubiera un gran significado, porque los demonios, al verme recubierta con ese velo, se quedaban tan espantados y tenían tanto miedo de mí que huían aterrorizados. Los mismos ángeles estaban en torno a mí con tal veneración que yo misma me sentía confundida y toda llena de rubor.

39 – El Matrimonio místico

La mañana de aquel día Jesús se hizo ver de nuevo, todo afable, dulce y majestuoso, junto con su Madre Stma. y Santa Catalina. Primero fue cantado un himno por los Angeles. Santa Catalina me asistía⁷³, la Mamá tomó mi mano y Jesús me puso el anillo en el dedo. Luego nos abrazamos y me besó, y lo mismo hizo también la Mamá. Después tuvimos un coloquio todo de amor. Jesús me decía el amor grande con que me quería y yo le decía a El también el amor que le tenía. La Stma. Virgen me hizo comprender la gracia grande que había recibido y la correspondencia con que debía corresponder al amor de Jesús. Mi Esposo Jesús me dió nuevas reglas para vivir más perfectamente⁷⁴, pero como hace ya mucho tiempo, no las recuerdo muy bien; por eso las paso, y así terminó aquel día. ¿Quién

⁷² - En los antiguos misales, esa fiesta era el 16 de Octubre (que no se ha de confundir con la fiesta de la “Purificación”, el 2 de Febrero). Era el año 1888. Luisa tenía 23 años.

⁷³ - ¿Por qué Santa Catalina? Tal vez porque fue terciaria dominica, como Luisa.

⁷⁴ - En una copia del Primer Volumen (no es con la caligrafía de Luisa ni su modo de hablar, pero muy cuidado, que añade detalles que evidentemente vienen de ella) están indicadas cuatro reglas de vida (Véase el Apéndice al final).

puede decir, entonces, las finezas de amor que Jesús hacía a mi alma? Eran tales y tantas que es imposible describirlas, pero lo poco que recuerdo trataré de decirlo.

40 – Impresiones de Luisa tras haber contemplado la gloria de los Angeles y Santos en el Cielo

A veces, transportandome con El, me llevaba al Paraíso, y allí escuchaba los cánticos de los bienaventurados, veía la Divinidad, los varios coros de los Angeles, los órdenes de los Santos, todos inmersos en la Divinidad de Dios, absorbidos, identificados; me parecía que en torno al trono hubieran tantas luces, como si fueran más resplandecientes que el sol, que con claras notas mostraban todas las virtudes y los atributos de Dios. Los bienaventurados, reflejandose en una de esas luces, quedaban extasiados, de modo que no llegaban a penetrar toda la inmensidad de esa luz, de modo que pasaban a una segunda luz, sin comprender del todo a fondo la primera. Así que los bienaventurados en el Cielo no pueden comprender perfectamente a Dios, porque es tanta la inmensidad, la grandeza, la santidad de Dios, que una mente creada no puede comprender a un Ser increado. Pues bien, los bienaventurados, reflejandose en esas luces, me parecía que participasen en las virtudes de esas luces. Así que el alma en el Cielo se asemeja a Dios, con esta diferencia: que Dios es ese Sol grandísimo y el alma es un pequeño sol.

¿Pero quién puede decir todo lo que en esa feliz morada se aprende? Mientras el alma se halla en esta cárcel del cuerpo es imposible; mientras en la mente se siente algo, los labios no encuentran palabras para poder decirlo. Me parece como un niño que empieza a balbucear, que quisiera decir tantas y tantas cosas, pero al final se queda que no sabe decir ni una palabra clara. Por eso hago punto, sin ir más allá.

Sólo diré que a veces, mientras estaba en aquella Patria feliz, paseábamos juntos, con Jesús en medio de los coros de los Angeles y de los Santos y, como yo era nueva esposa, todos los bienaventurados se unían juntos para participar a las alegrías de nuestro desposorio. Me parecía que se olvidaran de sus contentos, para ocuparse de los nuestros, y Jesús me mostraba a los Santos y les decía: *“¿Veis esta alma? Es un triunfo de mi amor; mi amor ha superado todo en ella”*. Otras veces me hacía ponerme en el puesto que me tocaba y me decía: *“Ves, aquí está tu puesto; nadie te lo puede quitar”*; y a veces llegaba a creer que ya no había de volver más a la tierra, pero en un simple instante me encontraba encerrada en el muro de este cuerpo.

41 – Pena y amargura insoportable de Luisa, por tener que vivir todavía en la cárcel del cuerpo, desterrada de la Patria

¿Quién puede decir cuánto me resultaba amarguísimo ese regreso? A mí me parecía que, de las cosas del Cielo a las cosas de esta tierra, todo era podredumbre insípida y fastidiosa. Las cosas que a los demás tanto les gustan, para mí eran amargas; las personas más queridas, más respetables, que otros quién sabe cuánto habrían hecho para estar con ellas, a mí me resultaban indiferentes y hasta fastidiosas. Sólo mirándolas como imágenes de Dios, me parecía que podía soportarlas, pero el alma había perdido cualquier satisfacción, ninguna cosa le daba la mínima sombra de contento, y era tanta la pena que sentía, que no hacía más que llorar y lamentarme con mi amado Jesús. Ah, mi corazón vivía agitado, entre continuas ansias y deseos; me lo sentía más en el Cielo que en la tierra y sentía en mi interior una cosa que me roía continuamente, tanto me resultaba amargo y doloroso tener que seguir viviendo. Pero la obediencia puso casi un freno a esas penas mías, ordenandome absolutamente no desear morir, y que debía morir cuando el Confesor me hubiera dado la obediencia. Así que para cumplir la santa obediencia hacía lo más que podía por no pensar, porque en mi interior había una continua jaculatoria de deseos de querer irme. Por tanto mi corazón en gran parte se calmó, aunque no del todo. Confieso la verdad: mucho falté en eso, ¿pero qué podía hacer? No sabía frenarme; para mí era un verdadero martirio.

Mi benigno Jesús me decía: *“Cálmate; ¿cuál es la cosa que tanto te hace desear el Cielo?”*. Yo le decía: *“Que quiero estar siempre unida contigo; no resiste más mi alma estar separada de Ti, no sólo por un día, pero ni siquiera por un momento, así que a cualquier precio quiero venirme”*. *“Pues bien –me decía–, si es por Mí, también te quiero contentar; vendré a estarme contigo”*. Yo entonces le decía: *“No, que después me dejas y yo te pierdo de vista; mientras que en el Cielo no es así, allí no te podré perder de vista jamás”*.

42 – Heroísmo de Luisa, aceptando volver a su cuerpo en la tierra, dejando tantas veces el Cielo

A veces también Jesús quería bromear, y era así: mientras estaba con esas ansias, venía con toda prisa y me decía: “¿Quieres venir?”, y yo le decía: “¿Adónde?”. Y El: “Al Cielo”. Y yo: “¿De verdad me lo dices?”. Y El: “Pero date prisa, ven, no te entretengas”. Y yo: “Está bien, vamos, pero temo que te quieras burlar de mí”. Y Jesús: “No, no, de verdad te quiero llevar conmigo”. Y mientras así decía, me sentía que el alma salía del cuerpo y junto con Jesús emprendía la vía del Cielo. ¡Oh, qué contenta estaba, creyendo poder dejar la tierra; la vida me parecía un sueño, el sufrir poquísimo.

Mientras llegábamos a un punto alto del Cielo, oía el canto de los bienaventurados. Yo le pedía a Jesús que me introdujera enseguida en aquella dichosa morada, pero Jesús empezaba a obrar lentamente y dentro de mí empezaba a sospechar que no fuera verdad. “¿Quién sabe –decía– si no es una broma que ha hecho?”

De vez en cuando le decía: “Jesús mío querido, hazlo pronto”, y El me decía: “Espera otro poco, bajemos otra vez a la tierra. ¿Ves allí? Un pecador está a punto de perderse. Vamos; quien sabe si se convierte. Pidamos juntos al Eterno Padre, que tenga misericordia de él. ¿No quieres tú que se salve? ¿No estás dispuesta a sufrir cualquier pena por la salvación de una sola alma?” Y yo: “Sí, cualquier cosa Tú quieras que sufra, estoy dispuesta, con tal de que la salves”.

Así íbamos donde aquel pecador, tratábamos de convencerle, le poníamos ante su mente las razones más fuertes para hacer que se rindiera, pero en vano. Entonces Jesús, todo afligido, me decía: “Esposa mía, vuelve otra vez a tu cuerpo, toma tú las penas que le son debidas; así la Divina Justicia aplacada podrá usar con él misericordia. Tú lo has visto, las palabras no lo han tocado, ni tampoco las razones. No queda más que las penas, que son los medios más potentes para satisfacer la Justicia y hacer que se rinda el pecador”.

Así me llevaba de nuevo al cuerpo. ¿Quién puede decir los sufrimientos que me venían? Lo sabe sólo el Señor, que era testigo. Al cabo de algún día, después, me hacía ver aquella alma convertida y salvada. ¡Oh, qué contento estaba Jesús, y yo también! ¿Quién puede decir cuántas veces Jesús ha hecho esas bromas? Cuando llegábamos al momento de entrar y a veces también después de entrar, decía que yo no me había hecho dar la obediencia por el Confesor y que por tanto convenía regresar a la tierra. Yo gli decía: “Mientras que he estado con el Confesor, estaba obligada a obedecerle a él, pero ahora que estoy contigo debo obedecerte a Ti, porque Tú eres el primero de todos”. Y Jesús me decía: “No, no, quiero que obedezcas al Confesor”.

Así que, para no extenderme demasiado, bien con un pretexto, bien con otro, me hacía volver a la tierra. Muy dolorosas me resultaban esas bromas; basta decir que me puse impertinente, tanto que el Señor, para castigar mis impertinencias, no permitía más tan a menudo esas bromas.

43 – El Señor prepara a Luisa a renovar el Matrimonio místico en el Cielo, ratificado por la Stma. Trinidad. Por eso le habla de las tres virtudes teologales: La Fe

En ese estado que ya he dicho pasé unos tres años ⁷⁵, continuando en cama, cuando una mañana Jesús me hizo comprender que quería renovar el desposorio, pero ya no en la tierra como la primera vez, sino en el Cielo, en presencia de toda la Corte Celestial; por tanto, que estuviera preparada para una gracia tan grande. Yo hice todo lo que pude para prepararme, pero siendo yo tan miserable e incapaz de hacer ninguna sombra de bien, se necesitaba la mano del Divino Hacedor para disponerme, porque yo nunca habría logrado purificar mi alma.

Una mañana –era la vigilia de la Natividad ⁷⁶ de María Stma.– mi siempre benigno Jesús vino El mismo a prepararme. No hacía más que ir y venir continuamente, y una vez me hablaba de la fe y me dejaba, y yo sentía infundirme en el alma una vida de fe. Mi alma, tosca como me la sentía antes, ahora, después de haber hablado Jesús, me la sentía ligerísima, capaz de penetrar en Dios; y admiraba ya sea su potencia, ya sea su santidad, o bien su bondad y demás, y mi alma quedaba estupefacta. En un mar de asombro decía: “Omnipotente Dios, ¿qué potencia ante Ti no desaparece? Santidad inmensa de Dios, ¿qué otra santidad, por más sublime que sea, se atreverá a presentarse ante Ti?”

Después me sentía descender en mí misma y veía mi nada, la nulidad de las cosas terrenas, como todo es nada ante Dios; yo me veía como un gusanito, todo lleno de polvo, que trepaba para dar algún

⁷⁵ - Véase la nota 48. Hacia mediados de Noviembre del 1887 se quedó definitivamente en cama, once meses después tuvo el Desposorio místico, el 16 de Octubre 1888, y el 8 de Septiembre 1889 fue renovado en el Cielo.

⁷⁶ - Era el 7 de Septiembre 1889. Luisa tenía 24 años.

paso y que para destruirme era suficiente que alguien me pusiera el pie encima, y quedaría desecha. Por tanto, al verme tan fea, casi no me atrevía a ir a Dios, pero se presentaba ante mi mente su bondad y sentía que me atraía como un imán para ir a El, y me decía yo misma: *“Si es Santo, es también Misericordioso; si es Potente, es también plena y suma Bondad”*.⁷⁷

Me parecía que la Bondad lo rodeaba por fuera y lo inundaba por dentro; cuando miraba la bondad de Dios me parecía que superase todos los demás atributos, pero luego, mirando a los otros, los veía a todos iguales en sí mismos, inmensos, inconmensurables e incomprensibles a la naturaleza humana.

44 – Continúa hablando de las tres virtudes teologales. **La Esperanza**

Mientras mi alma estaba en ese estado, Jesús volvía y hablaba de la esperanza.

Recuerdo algo de un modo confuso, porque después de tanto tiempo es imposible recordarlo claramente, pero para hacer lo que la obediencia quiere, diré lo que puedo.

Entonces decía Jesús, volviendo a la fe: *“Para obtener, hace falta creer. Como para el cuerpo, sin la vista de los ojos, todo es tinieblas, todo es confusión, tanto que si quisiera caminar caería una vez en un sitio, otra vez en otro, y acabaría por caer del todo, así el alma sin la fe no hace más que ir de precipicio en precipicio; pero la fe sirve de vista al alma, como luz que la conduce a la Vida eterna.*

*Ahora, ¿con qué es alimentada esta luz de la fe? Con la esperanza. ¿Y cual es la sustancia de esta luz de la fe y de este alimento de la esperanza? La caridad. Estas tres virtudes están unidas entre sí, de manera que una no puede estar sin la otra. De hecho, ¿de qué le sirve al hombre creer en las inmensas riquezas de la fe, si no las espera para él? Las mira, sí, pero con indiferencia, porque sabe que no son suyas; pero la esperanza suministra alas a la luz de la fe y, esperando en los méritos de Jesucristo, las mira como suyas y las ama*⁷⁸. *La esperanza –decía Jesús– le da al alma una vestidura de fortaleza, como de hierro, de modo que todos los enemigos con sus flechas no pueden hierirla, y no sólo, ni siquiera darle la mínima molestia; todo es tranquilidad en ella, todo es paz”*.

Oh, es bello ver a esa alma revestida con la bella esperanza, toda apoyada en su Amado, que desconfía totalmente de sí y confía toda en Dios. Desafía a los enemigos más fieros, es reina de sus pasiones, gobierna todo su interior, sus inclinaciones, deseos, latidos, pensamientos, con tal maestría que el mismo Jesús queda enamorado, porque ve que esa alma obra con tal ánimo y fortaleza, que toma y espera todo de El, tanto que Jesús, viendo esta firme esperanza, nada sabe negarle a esa alma.

Y mientras Jesús hablaba de la esperanza, se retiraba un poco, dejandome una luz en la mente. ¿Quién puede decir lo que comprendía sobre la esperanza? Si todas las otras virtudes sirven para embellecer al alma, pero pueden hacernos vacilar y ser inconstantes, la esperanza por el contrario hace firme y estable el alma, como esos altos montes que no se pueden mover para nada. A mí me parece que al alma llena de esperanza le sucede como a ciertos montes altísimos, a los que toda la intemperie del aire no puede crear ningún daño; en esos montes no penetra la neve, ni los vientos, ni el calor; cualquier cosa que se pueda poner encima, se puede estar seguro que donde se pone, ahí se encuentra, aunque pasaran cien años. Así es el alma llena de esperanza: ninguna cosa puede dañarla; ni la tribulación, ni la pobreza, ni todos los varios problemas de la vida la turban un instante. Dice para sí: yo puedo hacer todo, puedo soportar todo, sufrir todo, esperando en Jesús, que es el objeto de todas mis esperanzas. La esperanza hace alma casi omnipotente, invencible, y suministra al alma la perseverancia final; tanto que sólo deja de esperar y de perseverar, cuando ha tomado posesión del Reino del Cielo; entonces depone la esperanza y se sumerge toda en el océano inmenso del Amor Divino.

45 – Prosigue sobre las tres virtudes teologales. **La Caridad**

Mientras mi alma se perdía en el mar inmenso de la esperanza, mi amado Jesús volvía y hablaba de la caridad, diciendome: *“A la fe y a la esperanza se añade la caridad, la cual reúne todo junto lo demás de las otras dos, de modo que forman una sola, mientras que son tres. Aquí tienes, oh Esposa mía, representada en las tres virtudes teologales la Trinidad de las Divinas Personas”*.

⁷⁷ - A menudo Luisa habla de estos dos sentimientos del alma ante Dios, tan lejano y tan cercano: *el santo temor* (reverencia) e *la confianza del amor*, el sentido de la Majestad infinita de Dios (porque es Señor) y la confianza filial (porque es Padre), su *Justicia o Perfección* y su *Misericordia*. Ambos sentimientos caracterizan el espíritu de *siervo* y el espíritu filial de *hijo*. Notemos de donde parte Luisa y adónde la conduce Jesús.

⁷⁸ - De vez en cuando Luisa pasa imperceptiblemente de ser Jesús el que habla a ser ella, o viceversa. Es significativo.

Luego continuó: *“Si la fe hace creer y la esperanza hace esperar, la caridad hace amar. Si la fe es luz y sirve de vista al alma, y la esperanza, que es el alimento de la fe, da al alma el ánimo, la paz, la perseverancia y todo lo demás, la caridad, que es la sustancia de esa luz y de ese alimento, es como ungüento dulcísimo y perfumadísimo que, penetrando en todo, alivio y endulza las penas de la vida. La caridad hace dulce el padecer y hace llegar incluso a desearlo. El alma que posee la caridad difunde perfume por todas partes; sus obras hechas todas por amor dan un olor súmamente grato. ¿Y cuál es ese olor? Es el olor mismo de Dios. Las otras virtudes dejan el alma solitaria y casi rústica con las criaturas; mientras que la caridad, siendo sustancia que une, une los corazones. ¿Pero dónde? En Dios. La caridad, siendo ungüento olorosísimo, se difunde por todas partes y con todos. La caridad hace sufrir con alegría los más crueles tormentos y llega a no saber estar sin padecer, y cuando se ve privada dice a su Esposo Jesús: «Sostenme con frutos –como son el padecer–, porque languidezco de amor”⁷⁹, ¿y con qué puedo mostrarte mi amor sino con padecer por Ti?». La caridad quema, consume todas las demás cosas y hasta las mismas virtudes y las convierte todas en sí. En fin, es como reina que quiere reinar por todas partes y que no quiere cederlo a nadie”.*

46 – Ultimos preparativos del Matrimonio: la anulación de sí misma y el anhelo de padecer más y más

¿Quién puede decir lo que dejó este hablar de Jesús? Digo sólo que se encendió en mí tal deseo de padecer, y no sólo deseo, sino que siento en mí como una infusión, como una cosa natural, que para mí considero que la desgracia más grande es no padecer.

Después de eso, aquella mañana Jesús, para preparar más mi corazón, habló del anonadamiento de mí misma. Dijo también del deseo grandísimo que me debía excitar para prepararme a recibir la gracia. Me decía que el deseo suple las faltas e imperfecciones que pueden haber en el alma, es como un manto que cubre todo. Pero eso no era simplemente un hablar, era un infundir en mí lo que decía.

47 – Renovación del Matrimonio místico en el Cielo, en presencia de la Santísima Trinidad

Mientras mi alma se estaba excitando en ardientes deseos de recibir la gracia que Jesús mismo quería darme, El volvió y me llevó fuera de mí misma, hasta el Paraíso, y allí, en presencia de la Stma. Trinidad y de toda la Corte Celestial renovó el desposorio. Jesús sacó el anillo adornado con tres piedras preciosas: blanca, roja y verde, y lo entregó al Padre, que lo bendijo y de nuevo lo devolvió al Hijo; el Espíritu Santo me cogió la mano derecha y Jesús me puso en el dedo anular el anillo. Después fui admitida al beso de las Tres Divinas Personas y me bendijeron. ¿Quién puede decir mi confusión cuando me ví ante la Stma. Trinidad? Digo sólo que apenas me encontré en Su presencia caí boca abajo al suelo y allí me habría quedado, si no hubiera sido por Jesús, que me animó a ir a Su presencia, tanta era la Luz y la Santidad de Dios. Esto sólo digo, las otras cosas las dejo porque las recuerdo de un modo confuso.

48 – La inhabitación de las Divinas Personas en el alma, a la cual se dan como recíproca posesión. En esa ocasión le fue dado a Luisa el don del Divino Querer

Después de eso, recuerdo que pasaron pocos días e hice la Comunión; perdí los sentidos y vi a la Stma. Trinidad, vista en el Cielo, presente ante mí. Enseguida me postré en Su presencia, La adoré y confesé mi nada. Recuerdo que me sentía tan hundida en mí misma que no me atrevía a decir una sola palabra, cuando una voz salió de en medio de Ellos y dijo: *“No temas, ten ánimo; hemos venido para confirmarte como nuestra y tomar posesión de tu corazón”.*⁸⁰

Mientras así decía esa voz, ví que la Stma. Trinidad descendió en mi corazón, tomaron posesión de él y formaron allí Su sede⁸¹. ¿Quién puede decir el cambio que sucedió en mí? Me sentía divinizada; ya no vivía yo más, sino Ellos vivían en mí⁸². Me parecía que mi cuerpo fuera como una habitación y

⁷⁹ - Cantar de los Cantares 2,5: *“Confortame con pasas, restaurame con manzanas, porque estoy enferma de amor”.*

⁸⁰ - Jesús explica a Luisa 32 años después: *“Tu familia es la Trinidad. ¿No te acuerdas como, en los primeros años de cama, te llevé al Cielo y ante la Trinidad Sacrosanta hicimos nuestra unión? Y Ella te dotó de tales dones, que tú misma aún no los has conocido; y cuando te hablo de mi Querer, de sus efectos y su valor, te hago descubrir los dones con que desde entonces fuiste dotada”* (Vol. XIII, 5.12.1921).

⁸¹ - Jn 14,23: *“Si uno Me ama, observará mi palabra y mi Padre lo amará y Nosotros vendremos a él y haremos nuestra morada en él”.*

⁸² - Gál 2,20: *“Ya no soy yo el que vivo, sino Cristo vive en mí”.*

que dentro habitase el Dios viviente, porque yo me sentía Su presencia real. Sensiblemente, en mi interior sentía su voz clara, que salía de mi interior y resonaba en los oídos del cuerpo; sucedía precisamente como cuando hay personas dentro de un cuarto, que hablan, y sus voces se oyen claras y distintas también desde fuera.

A partir de entonces ya no tuve más necesidad de ir a otra parte en busca de Jesús para encontrarlo, sino que dentro de mi corazón lo encontraba; y cuando alguna vez se ha escondido y yo he ido en busca de El, dando vueltas por el cielo y la tierra, buscando a mi sumo y único Bien, mientras me hallaba en el ahogo de las lágrimas, en la intensidad de los deseos, en las penas inenarrables de haberlo perdido ⁸³, Jesús salía de mi interior y me decía: *“Estoy aquí contigo, no me busques en otro sitio”*.

Yo, entre el asombro y la alegría de haberlo encontrado, le decía: *“Jesús mío, cómo, toda esta mañana me has hecho dar tantas y tantas vueltas buscandote, ¿y Tú estás aquí? Me lo podías decir al menos, que no me habría angustiado tanto. Dulce Bien mío, Vida mía querida, fíjate como estoy cansada, no siento tener más fuerza, me siento desfallecer. Ah, sostenme entre tus brazos, que me siento morir”*. Y así Jesús me tomaba en sus brazos y me hacía reposar, y mientras reposaba me sentía recuperar las fuerzas perdidas.

Otras veces, en ese esconderse Jesús, cuando yo iba en busca de El y se hacía sentir dentro de mí, salían entonces de dentro, no sólo Jesús, sino las Tres Divinas Personas y las encontraba en forma de tres Niños graciosos y sumamente bellos, o bien con un solo cuerpo y tres cabezas distintas, pero con una misma semejanza, los Tres atraentes. ¿Quién puede decir mi contento, especialmente cuando veía a los Tres Niños y que yo los tenía a los Tres en mis brazos? Una vez besaba a uno, otra vez al otro, y yo era besada por Ellos; o bien uno se me apoyaba en un hombro, el otro en el otro hombro y el tercero me quedaba de frente, y mientras me extasiaba en Ellos, en mi asombro los miraba y de Tres encontraba Uno solo. La otra maravilla mía, cuando me encontraba con estos Tres Niños, es que tanto pesaba uno como los Tres; tanto amor sentía por uno de estos Niños, como por los Tres; los Tres me atraían de un mismo modo.

Para acabar de hablar de estos desposorios he tenido que pasar por encima alguna cosa, que iba de prisa, y ahora me dispongo a decirla.

49 – Tercer Desposorio: el Desposorio de la Cruz

Volviendo al principio, Jesús, cuando se dignaba venir, me hablaba muy a menudo de su Pasión y trata de preparar mi alma a la imitación de su vida y de sus penas, diciendome que además del desposorio ya dicho nos faltaba otro que hacer, y era el desposorio de la Cruz: *“Esposa mía, las virtudes se hacen débiles si no están corroboradas y fortificadas con el injerto de la Cruz”*.

Recuerdo que decía: *“Antes de mi venida a la tierra, las penas, las confusiones, los oprobios, las calumnias, los dolores, la pobreza, las enfermedades, la cruz sobre todo, eran consideradas como desgracias, pero desde que fueron soportadas por Mí, quedaron todas santificadas y divinizadas por mi contacto, de manera que todas han cambiado aspecto y se han vuelto dulces, deseables, y el alma que tiene el bien de tener alguna recibe un honor; y eso, porque ha recibido mi uniforme de Hijo de Dios. Y sólo siente lo contrario quien mira y se detiene en la corteza de la cruz: hallándola amarga, le disgusta, se queja y parece que le haya llegado una injusticia; pero para quien penetra dentro, encontrándola gustosa, forma su felicidad. Hija mía querida, no deseo más que crucificarte en el alma y en el cuerpo”*.

Y mientras eso decía, me sentía infundir tal deseo de ser crucificada con Jesucristo, que a menudo iba repitiendo: *“Jesús mío, Amor mío, hazlo pronto, crucifícame contigo”*. Y cuando volvía, lo primero que le decía y que a mí me parecía lo más importante, era esto: el dolor de mis pecados y la gracia de que me crucificara con El; me parecía que si obtenía eso, habría obtenido todo.

Cuando una mañana mi amantísimo Jesús se presentó ante mí en forma de Crucificado y me dijo que quería crucificarme con El, y mientras decía eso ví que de sus llagas santísimas salían rayos de luz y, dentro de esos rayos, los clavos, que venían hacia mí. Entre tanto, no sé por qué, mientras deseaba tanto que me crucificara, que sentía consumirme, me sorprendió un gran temor, que me hacía temblar de la cabeza a los pies. Me sentía tan aniquilada, me veía tan indigna de recibir esa gracia, que no me atrevía a decir “Señor, crucifícame contigo”. Jesús parecía que estaba en suspenso, esperando mi querer. ¿Quién puede decir lo que sucedía en lo íntimo de mi alma? Ardientemente lo deseaba, pero al

⁸³ - Véase el Cantar de los Cantares 3,1-3; 5,6-8.

mismo tiempo me veía indigna. Mi naturaleza se asustaba y temblaba.

Mientras me encontraba en ésto, mi amado Jesús mentalmente me invitaba a aceptar. Entonces con todo el corazón le dije: *“Esposo Santo, Crucificado por mí, te ruego que me concedas la gracia de crucificarme y a la vez de que no se vea ningún signo externo. Sí, dame el dolor, dame las llagas, pero haz que todo esté escondido entre Tú y yo”*. Y así esos rayos de luz, junto con los clavos, me traspasaron las manos y los pies, y el corazón fue traspasado por un rayo de luz junto con una lanza. ¿Quién puede decir el dolor y el contento? Por cuanto fui primero sorprendida por el temor, otro tanto después mi alma nadaba en el mar de la paz, del contento y del dolor. Era tanto el dolor que sentía en las manos, en los pies y en el corazón, que me sentía morir; me sentía los huesos de las manos y de los pies triturados en menudísimos pedazos, sentía como si hubiera dentro un clavo, pero al mismo tiempo me causaba un contento tal que no sé decirlo, y me daba una fuerza tal, que mientras me sentía morir de dolor, los mismos dolores me sostenían para hacer que no muriera. Sin embargo en las partes externas del cuerpo nada se veía, aunque sentía los dolores corporalmente; tan es verdad que cuando venía el Confesor para llamarme a la obediencia y me liberaba los brazos y las manos contraídas, cada vez que me tocaba en ese punto de las manos, o sea, donde había pasado aquel rayo de luz junto con el clavo, sentía penas mortales ⁸⁴. Pero cuando el Confesor ordenaba por obediencia que cesaran los dolores, mucho se mitigaban, porque esos dolores eran tan fuertes que me hacían perder los sentidos, y si con la obediencia no se hubieran mitigado, difícilmente habría aceptado obedecer.

¡Oh prodigio de la santa obediencia, tú has sido todo para mí! ¡Cuántas veces me he visto en contraste con la muerte –tanta era la fuerza de los dolores– y la obediencia me ha restituido casi la vida! ¡Bendito sea siempre el Señor, que todo sea para su gloria!

Pues bien, mientras me sentía en mí misma nada veía, pero cuando perdía los sentidos, veía las partes señaladas por las llagas de Jesús; me parecía que las llagas del mismo Jesús se hubieran convertido en mis manos y en lo demás. Y esa fue la primera vez que Jesús me crucificó, porque de esas crucifixiones han habido tantas, que es imposible numerarlas todas. Diré sólo las cosas principales que se refieren a eso.

50 – Jesús le da a Luisa el verdadero dolor de los pecados

Ahora, al volver Jesús le decía: *“Querido mío amado, dame el dolor de mis pecados; así mis pecados, consumidos por el dolor, por el arrepentimiento de haberte ofendido, podrán ser cancelados de mi alma y también de tu memoria. Sí, dame tanto dolor por cuanto me he atrevido a ofenderte. Más aún, haz que el dolor lo supere. Así podré estrecharme más íntimamente a Ti”*.

Recuerdo que una vez, mientras estaba diciendo eso, mi siempre benigno Jesús me dijo: *“Ya que tanto sientes haberme ofendido, quiero prepararte Yo mismo a hacerte sentir el dolor de tus pecados; así verás lo horrible que es el pecado y qué amargo dolor sufre mi Corazón. Por eso dí conmigo: «Si cruzo el mar, en el mar estás Tú, y sin embargo no te veo; si piso la tierra, estás bajo mis pies: pequé...”* –y Jesús en voz baja añadió, casi llorando–, *y sin embargo te amé y al mismo tiempo te conservé”*.

Mientras Jesús decía eso y yo junto con El, fui sorprendida por un dolor tal de las ofensas hechas, que caí boca abajo al suelo y Jesús me desapareció.

Pocas fueron las palabras, pero yo comprendí tantas cosas que es imposible decir todo lo que comprendí. En las primeras palabras comprendí la inmensidad, la grandeza, la presencia de Dios en cada cosa, sin que pueda escapar de El ni siquiera la sombra de nuestro pensamiento. Comprendí también mi nada, comparada con una Majestad tan grande y santa.

En la palabra “pequé” comprendía la fealdad del pecado, la malicia, el atrevimiento que yo había tenido al ofenderlo. Pero mientras mi alma estaba considerando eso, al sentir decir a Jesucristo *“y sin embargo te amé y al mismo tiempo te conservé”*, mi corazón sintió un tal dolor que me sentía morir, porque comprendía el amor inmenso que me tenía el Señor en el acto mismo en que yo trataba de ofenderlo y hasta de matarlo. ¡Ah, Señor, cuánto has sido bueno conmigo, y yo siempre ingrata y todavía soy mala!

⁸⁴ - ¿No es acaso un milagro de la obediencia, que todos estos miles de páginas hayan sido escritas por una mano traspasada? ¡Cuánto le ha costado a Luisa cada palabra!

51 – Luisa obtiene con su padecer que un hombre asesinado no se condene, que incluso siga viviendo.

Recuerdo que era un alternarse: ahora le pedía el dolor de mis pecados y ahora la crucifixión, cada vez que se dignaba venir, y también otras cosas. Como una mañana, mientras estaba en mis habituales sufrimientos, mi amado Jesús me llevó afuera de mí misma y me hizo ver un hombre que era asesinado a golpes de revolver y que entonces espiraba y se iba al infierno. ¡Oh, qué pena le daba a Jesús la pérdida de aquella alma! Si todo el mundo supiera cuánto sufre Jesús por la pérdida de las almas, no digo por ellas, sino al menos por evitarle esa pena a Nuestro Señor, emplearían todos los medios posibles para no perderse eternamente.

Pero mientras junto con Jesús me hallaba en medio de las balas, Jesús acercó sus labios a mis oídos y me dijo: *“Hija mía, ¿quieres tú ofrecerte víctima por la salvación de esta alma y cargar tú con las penas que él se merece por sus grandísimos pecados?”*. Y yo respondí: *“Señor, estoy dispuesta, pero con tal de que lo salves y le devuelvas la vida”*. ¿Quién puede decir los sufrimientos que me vinieron? Fueron tales y tantos, que yo misma no sé como me dejaron viva.

Pues bien, mientras me encontraba en ese estado de sufrimientos ya más de una hora, vino mi Confesor para llamarme a la obediencia y, viendome sufrir mucho, que a malas penas podía obedecer, me preguntó por eso el motivo de tal estado. Yo le dije la cosa, como ya la he contado, diciéndole el lugar del pueblo donde me parecía que había ocurrido. El Confesor me dijo que era verdad el hecho y que lo daban por muerto; luego se supo que estaba muy mal, pero poco a poco se restableció y vive todavía. ¡Bendito sea siempre el Señor!

52 – Preciosidad de la Cruz. El Señor le renueva a Luisa muchas veces la crucifixión

Recuerdo que continuando yo a pedir la crucifixión y transportandome Jesús fuera de mí misma, me llevaba a los lugares santos de Jerusalén, donde Nuestro Señor padeció su dolorosa Pasión, y allí encontramos muchas cruces. Mi amado Jesús me decía: *“¡Si tú supieras el bien que contiene en sí la Cruz, como hace preciosa al alma, qué gema de inestimable valor adquiere quien tiene el bien de poseer el sufrir! Basta decirte tan sólo que, viniendo a la tierra, no escogí las riquezas, los placeres, sino que tuve como queridas e íntimas hermanas la cruz, la pobreza, las ignominias”*.

Mientras así decía, mostraba un gusto tal, una alegría en el padecer, que esas palabras me traspasaban de parte a parte el corazón como tantos dardos de fuego, tanto que sentía que me faltaba la vida, si el Señor no me hubiese concedido el padecer, y con cuanta voz y fuerza tenía no hacía más que decirle: *“Esposo Santo, dame el padecer, dame la cruz; sólo por eso conoceré que me amas, si mi acontentas con la cruz y con los padecimientos”*.

Y así tomaba una de las cruces más grandes que veía, me extendía encima y le pedía a Jesús que viniera a crucificarme, y El se complacía en coger mi mano y empezaba a traspasarla con el clavo. De vez en cuando el bendito Jesús me preguntaba: *“¿Qué, te duele mucho? ¿Quieres que no siga?”*. Y yo: *“No, no, Amado mío, continúa; me duele, sí, pero estoy contenta”*, y tenía tanto temor de que no acabara de crucificarme, que no hacía más que decirle: *“Date prisa, oh Jesús, date prisa, no lo hagas tan despacio”*.

Pero cuando se trataba de clavarme la otra mano, los brazos de la cruz resultaban cortos, mientras que antes me parecían suficientes para poder hacerlo. ¿Quién puede decir cuánto me sentía mortificada? Ese se repetía muchas veces, y a veces, si resultaban suficientes los brazos, no se encontraba la longitud de la cruz para poder extender los pies. En una palabra, nos debía faltar una cosa para no poder cumplirse la crucifixión. ¿Quién puede decir la amargura de mi alma y las quejas que daba a Nuestro Señor, que no me concedía el verdadero padecer? Le decía: *“Amado mío, todo termina en burla: me decías que me habrías llevado al Cielo y después de nuevo me hiciste volver a la tierra; me dices que debes crucificarme y nunca llegamos a la completa crucifixión”*.

Y Jesús de nuevo me prometía que debía crucificarme.

53 – El valor de la Cruz. En lugar de la cruz que ha tenido hasta ahora, Luisa recibe otra mucho más grande

Una mañana –era el día de la Exaltación de la Cruz–, mi dulce Jesús me llevó a los lugares santos y primero me dijo tantas cosas de la virtud de la Cruz (no recuerdo todo, apenas alguna cosa): *“Amada*

mía, ¿quieres tú ser bella? La Cruz te dará los rasgos más bellos que se pueden encontrar en el Cielo y en la tierra, tanto que enamoran a Dios, que contiene en Sí todas las bellezas”.

Continuaba Jesús: *“¿Quieres tú ser colmada de inmensas riquezas, no por breve tiempo, sino por toda la eternidad? Pues bien, la Cruz te dará toda clase de riquezas, desde los céntimos más pequeños, como son las pequeñas cruces, hasta las sumas más grandes, como son las cruces más pesadas. Sin embargo los hombres son tan ávidos de ganar un dinero temporal, que pronto tendrán que dejar, y para nada piensan en adquirir un céntimo eterno; y cuando Yo, teniendo compasión de ellos y viendo su despreocupación por todo lo que es eterno, les presento benignamente la ocasión, en vez de apreciarla se enojan y me ofenden. ¡Qué locura humana! Parece que entienden al revés. Amada mía, en la Cruz están todos los triunfos, todas las victorias y las más grandes ganancias, y para tí no debes tener más miras que a la Cruz, y ella te bastará por todo.*

*Hoy quiero acontentarte: esa cruz que hasta ahora no era suficiente para poder extenderte y crucificarte completamente, es la cruz que hasta ahora has llevado; por tanto, debiendo crucificarte completamente, tienes necesidad de una nueva cruz que haga descender sobre ti, así que la cruz que hasta ahora has tenido me la llevaré al Cielo para mostrarla a toda la Corte Celestial como prenda de tu amor, y haré bajar otra más grande del Cielo, para poder satisfacer los ardientes deseos que tengo sobre ti”.*⁸⁵

Mientras Jesús decía eso, se presentó aquella cruz que había visto las otras veces; yo la cogí y me extendí encima. Mientras estaba así se abrió el cielo y bajaron el Evangelista San Juan, que llevaba la cruz que Jesús me había indicado, la Reina Madre y muchos ángeles. Cuando llegaron junto a mí, me quitaron de encima de aquella cruz y me pusieron sobre la que me habían traído, mucho más grande. Un ángel tomó luego aquella cruz de antes y se la llevó al Cielo. Después de eso, Jesús con su propia mano empezó a clavarme en aquella cruz, la Mamá y Reina me asistía, los ángeles y San Juan presentaban los clavos. Mi dulce Jesús mostraba un contento, una alegría tal al crucificarme, que sólo para poder dar ese contento a Jesús, no sólo habría sufrido la cruz, sino otras penas además. Ah, me parecía que el Cielo hacía nueva fiesta por mí, al ver el contento de Jesús. Muchas almas fueron liberadas del Purgatorio, emprendiendo el vuelo al Cielo, y muchos pecadores fueron convertidos, porque mi Divino Esposo hizo partícipes del bien de mis sufrimientos a todos. ¿Quién puede decir los dolores intensos que sentí al ser bien extendida sobre la cruz y serme traspasados las manos y los pies con los clavos, sobre todo los pies? Eran tan atroces los dolores, que no se pueden describir.

Cuando terminaron de crucificarme y yo me sentía que nadaba en el mar de las penas y dolores, Mamá Reina dijo a Jesús: *“Hijo mío, hoy es día de gracia: quiero que le comuniques todas tus penas. No falta más que traspasarle el corazón con la lanza y renovar la corona de espinas”.*

Entonces Jesús mismo tomó la lanza y me traspasó de parte a parte el corazón; los ángeles cogieron una corona de espinas bien espesa y la pusieron en manos de la Stma. Virgen, y ella misma me la colocó en la cabeza.

¡Qué día memorable fue para mí! De dolores, sí, y de contentos; de penas indecibles, pero también de alegría. Basta sólo decir que era tanta la fuerza de los dolores, que Jesús en todo aquel día no se movió de mi lado para sostener mi naturaleza, que no resistía la intensidad de las penas. Aquellas almas del Purgatorio que habían volado al Cielo, descendían unidas a los ángeles y rodeaban mi cama, recreándose con sus cánticos y dando gracias afectuosamente, que por mis sufrimientos las había liberado de aquellas penas.

54 – Nuevas participaciones de Luisa a las penas de la Pasión del Señor

Luego sucedía que pasando cinco o seis días de aquellas penas intensas, con gran pesar mío empezaban a disminuir, y entonces le pedía a mi amado Jesús que me renovara otra vez la crucifixión, y El antes o después se complacía en llevarme a los lugares santos y me compartía las penas de su dolorosa Pasión: una vez la corona de espinas, otras veces la flagelación, o bien llevaba la cruz al Calvario, o bien la crucifixión; a veces un misterio al día y a veces todos en un día, como a El le parecía, y eso era para mí sumo dolor y contento de mi alma. Pero era para mí sumamente amargo cuando cambiaba la escena y, en vez de sufrir yo, era yo la espectadora, viendo sufrir al amantísimo Jesús las penas de su dolorosa Pasión. ¡Ah, cuántas veces me encontraba en medio de los

⁸⁵ - Es evidente que estas páginas se pueden leer sólo con mirada sobrenatural, humanamente serían absurdas, interpretadas como sadismo y masoquismo, mientras que son sólo expresión – para nosotros inimaginable – del Amor del Señor, que ha querido compartir todo con su Amada. Y sólo así se pueden comprender “las Horas de la Pasión” escritas por Luisa.

judíos, junto con la Mamá Reina, viendo sufrir a mi amado Jesús! Ah, sí, cuánto es verdad que resulta más fácil sufrir uno mismo que ver sufrir a la persona amada.

55 – El Juicio de la Cruz

Otras veces, renovando esas crucifixiones, recuerdo que mi dulce Jesús me dijo: *“Amada mía, la Cruz hace distinguir a los réprobos de los predestinados. Como los buenos se alegrarán al ver la Cruz el día del Juicio, así desde ahora se puede ver si uno ha de salvarse o perderse. Si al presentarse la Cruz el alma la abraza, si la lleva con resignación, con paciencia, y besa y da las gracias a esa mano que la envía, ahí tienes la señal de que se salva. Si, por el contrario, al presentarse la Cruz se irrita, la desprecia y llega incluso a ofenderme, puedes decir que es una señal de que el alma se encamina por la vía del infierno. Así harán los réprobos el día del Juicio, que al ver la Cruz se afligirán y blasfemarán.*

Todo dice la Cruz. La Cruz es un libro que sin engaño y claramente dice y hace distinguir al santo del pecador, al perfecto del imperfecto, al fervoroso del tibio. La Cruz comunica al alma una luz tal, que desde ahora no sólo hace distinguir al bueno del culpable, sino que se puede conocer además quien ha de ser más o menos glorioso en el Cielo, quien ha de ocupar un puesto superior o un puesto menor. Todas las otras virtudes están humildes y reverentes ante la virtud de la Cruz e injertándose en ella reciben mayor lustro y esplendor”.

¿Quién puede decir qué llamas de deseo ardiente creaba en mi corazón ese hablar de Jesús? Me sentía devorar por el hambre de padecer, y El, para satisfacer mis anhelos, o bien, por mejor decir, lo que El mismo me infundía, me renovaba la crucifixión.

Recuerdo que a veces, después de haber renovado esas crucifixiones, me decía: *“Amada de mi Corazón, deseo ardientemente no sólo crucificarte el alma y comunicar los dolores de la Cruz al cuerpo, sino que deseo marcar también el cuerpo con el sello de mis llagas, y quiero enseñarte la oración para obtener esa gracia. La oración es esta: «Yo mr presento ante el trono supremo de Dios, bañada en la Sangre de Jesucristo, rogándole, por el mérito de sus divinas virtudes y de su Divinidad, que me conceda la gracia de crucificarme».”*

Yo sin embargo siempre he tenido aversión a todo lo que puede aparecer al externo, como la tengo aún, pero en el momento que Jesús lo decía, me sentía infundir tal anhelo de satisfacer el deseo que El mismo decía, que llegaba a atreverme a decirle que me crucificara en el alma y en el cuerpo, y alguna vez le decía: *“Esposo Santo, cosas externas no quisiera, y si alguna vez me atrevo a decirlo es porque Tú mismo me lo dices y también para dar una señal al Confesor de que eres Tú el que obras en mí; pero por lo demás no quisiera sino que esos dolores que me haces sufrir cuando me renuevas la crucifixión, fueran permanentes. No quisiera esla disminución después de algún tiempo; y sólo eso me basta, que del aparecer al externo, cuanto más puedas tenerme escondida, tanto más me contentarás”.*

56 – Luisa confiesa sus pecados a Jesús

Recuerdo de un modo confuso que, como cuando me encontraba junto con Nuestro Señor, a menudo le pedía el dolor por mis pecados y la gracia que me perdonara todo lo malo que había hecho, a veces llegaba a decirle que habría estado contenta cuando con su propia boca me dijera “te perdono todos tus pecados”. Y Jesús bendito, que nada sabe negar cuando es por nuestro bien, una mañana se hizo ver y me dijo: *“Esta vez quiero hacer Yo mismo el oficio de confesor, y tú me confesarás todas tus culpas, y en el acto que lo hagas te haré comprender uno por uno los dolores que has dado a mi Corazón al ofenderme, para que comprendiendo tú, por cuanto puede una criatura, qué cosa es el pecado, tomes la determinación de morir antes que ofenderme. Tú entre tanto entra en tu nada y dí el Confiteor”.*⁸⁶

Yo, entrando en mí misma, veía toda mi miseria y mi maldad y ante Su presencia temblaba como una hoja y me faltaba la fuerza de pronunciar las palabras del *Confiteor*; y si el Señor no me hubiese infundido nueva fuerza con decirme: *“No temas, si soy Juez, soy también tu Padre; ánimo, vamos adelante”*, allí me habría quedado, sin decir siquiera una palabra.

Así que dije el *Confiteor*, toda llena de vergüenza y de humillación y, como me veía toda cubierta por mis culpas, dando una ojeada, me dí cuenta de que lo que más había hecho una afrenta a Nuestro Señor era la soberbia; por eso dije: *“Señor, me acuso ante tu presencia que he pecado de soberbia”.*

⁸⁶ - Es el acto de contrición en latín: “Yo confieso...”

Y El: *“Acercate a mi Corazón y pon el oído, y sentirás el dolor cruel que has dado a mi Corazón con ese pecado”.*

Toda temblando puse el oído sobre su Corazón adorable; ¿pero quién puede decir lo que sentí y comprendí en aquel instante? Especialmente al cabo de tanto tiempo, diré sólo alguna cosa de un modo confuso. Recuerdo que su Corazón palpitaba tan fuerte que parecía que quisiera romperse el pecho; luego me pareció que se hiciera pedazos y por el dolor quedaba casi destruido. Ah, si hubiera podido habría llegado a destruir el Ser Divino con la soberbia.

Pongo un ejemplo para que se me entienda, si no, no tengo palabras para manifestarme. Imaginen un rey y a sus pies un gusano, que levantándose e hinchándose empieza a creerse cualquier cosa, y que lleve a tal audacia que, levantándose poco a poco, llega a la cabeza del rey y quiere quitarle la corona para ponersela sobre la cabeza; luego lo despoja de sus vestiduras reales, después lo echa del trono y por último intenta matarlo. Pero lo peor de ese gusano es que él mismo no conoce su ser –tanto se cree– y que para destruirlo basta que el rey se lo ponga bajo los pies y lo aplaste, y así terminen sus días. Es cosa que de verdad mueve a indignación y a compasión, junto con la ridiculez, es el orgullo de ese gusano, si eso pudiera ser. Así me veía yo ante Dios, cosa que me llenó de tanta confusión y dolor, que sentía renovarse en mi corazón el dolor que sufría el bendito Jesús.

Después de eso me dejó, y yo sentía tal pena y comprendía tanto la fealdad de ese pecado de soberbia, que es imposible decirlo. Cuando hube rumiado muy bien todo eso en mí misma, mi buen Jesús volvió y me dijo que continuase la confesión de mis culpas; y yo toda temblando continué haciendo la acusación de los pensamientos, palabras, obras, causas y omisiones. Y de tanto en tanto veía que no podía continuar haciendo la confesión por la pena que sentía de haberlo ofendido tanto, porque tenía una claridad tan viva ante aquel Sol Divino, sobre todo porque veía la pequeñez, la nada de mi ser, y estaba asombrada por como había tenido tanto atrevimiento y de dónde había sacado ese ánimo de ofender a un Dios tan bueno, porque en el momento mismo que lo ofendía El me asistía, me conservaba, me alimentaba, y si me tenía algún rencor, era al pecado que hacía y que odiaba súmamente, porque a mí me amaba inmensamente, me excusaba ante la Divina Justicia, y todo se ocupaba en quitar el muro de división que había producido el pecado entre el alma y Dios. ¡Oh, si todos pudieran ver Quien es Dios y quien es el alma, en el acto en que se peca, todos morirían de dolor y creo que el pecado desaparecería de la tierra!

Así pues, cuando Jesús bendito veía que por la pena ya no podía más, se retiraba y me dejaba comprender a base de bien el mal que había hecho, y después volvía de nuevo y continuaba la acusación de mis culpas. ¿Pero quién puede decir todo lo que comprendí y explicar una por una las distintas afrentas y los especiales dolores que con mis culpas le había causado a Nuestro Señor? Me siento casi imposibilitada a explicarme, y también porque no tanto lo recuerdo.

Después, cuando hube terminado la acusación, que duró unas siete horas, el amable Jesús tomó el aspecto de Padre amorosísimo y, como yo estaba agotada y sin fuerzas por el dolor y mucho más porque veía que no era dolor suficiente para dolerme de mis culpas como era justo, El, para animarme, me dijo: *“Quiero suplir Yo por ti y aplico a tu alma el mérito del dolor que tuve en el huerto de Getsemani; sólo eso puede satisfacer la Divina Justicia”.*

Después de que aplicó a mi alma su dolor, me pareció entonces estar preparada para recibir la absolución. Toda humillada y confusa como estaba y postrada a los pies del buen Padre Jesús, con los rayos que infundía en mi mente trataba de excitar más mi dolor diciendo (aunque no recuerdo todo): *“Grande, sumo ha sido el mal que he hecho para contigo; estas potencias mías y estos sentidos del cuerpo debían ser tantas lenguas para alabarte. Ah, en vez de eso han sido como tantas víboras venenosas que te mordían e intentaban incluso matarte; pero, Padre Santo, perdóname, no quieras echarme por el gran daño que he hecho pecando”.*

Y Jesús: *“Y tú promete no pecar más, quitar de tu corazón toda sombra de mal que pueda ofender a tu Creador”.* Y yo: *“Ah, sí, con todo el corazón te lo prometo. Quiero más bien mil veces morir antes que pecar: nunca más, nunca más”.* Y Jesús: *“Y Yo te perdono y aplico a tu alma los méritos de mi Pasión, y quiero lavarla en mi Sangre”.*

Y mientras así decía, levantó la bendita mano derecha y pronunció las palabras de la absolución, las mismas palabras que dice el Sacerdote cuando da la absolución; y en el acto en que lo hacía, de su mano corría un río de sangre y mi alma quedaba toda inundada. Luego me dijo: *“Ven, oh hija, ven a hacer penitencia por tus pecados besando mis llagas”.* Toda temblando me levanté y besé sus

sagradas llagas, y luego me dijo: *“Hija mía, sé más vigilante y atenta, que hoy te doy la gracia de no caer más en el pecado venial voluntario”*. Después me hizo otras observaciones, que no recuerdo tanto, y desapareció.

57 – Efectos de la gracia de la confesión hecha a Jesús y renovada varias veces

¿Quién puede decir los efectos de esa confesión hecha a Nuestro Señor? Me sentía toda empapada en la Gracia y me dejó tan impresionada, que no puedo olvidarla, y cada vez que me acuerdo me siento correr un escalofrío en los huesos y a la vez me lleno de horror al pensar cual es mi correspondencia a tanta gracia que el Señor me ha concedido.

Otras veces el Señor se ha dignado de darme El mismo la absolución, bien tomando la forma de sacerdote (y yo me confesaba como si fuera sacerdote, aunque sentía efectos diferentes, y al terminar me hacía conocer que era Jesús), o bien abiertamente venía, haciendo ver desde el principio que era Jesús. Alguna vez también tomaba la forma del Confesor, tanto que yo creía hablar con él y le decía todos mis temores y mis dudas, pero por la respuesta que me daba, por la suavidad de la voz, una vez como la del Confesor, otra vez como la de Jesús, por su trato amable y por los efectos internos, lo descubría por lo que era. Ah, si yo quisiera decir todo sobre estas cosas, iría demasiado lejos; por eso termino y hago punto...

58 – Fin de la narración. La nueva guerra entre Italia y Africa

Recuerdo que hubo la segunda guerra entre Africa e Italia, y el bendito Jesús un día, unos nueve meses antes, me llevó fuera de mí misma y me hizo ver un camino larguísimo, lleno de carne humana en medio de la sangre, que como ríos inundaba ese camino. Daba horror ver esos cadáveres expuestos al aire libre, sin que hubiera nadie que los enterrara. Yo, toda asustada, le dije a Nuestro Señor: *“¿Qué es eso?”* Y El: *“El año que viene habrá una guerra. Se sirven de la carne para ofenderme, y Yo en su carne quiero hacer mis justas venganzas”*.

Dijo otras cosas, pero la distancia de tiempo no me permire recordarlas.

Así pues, pasado aquel periodo de tiempo, se empezó a oír que entre Africa e Italia había guerra. Yo pedía al buen Jesús que impidiera tantas víctimas y que tuviese piedad de tantas almas que iban al infierno. Una mañana, según solía, me llevó fuera de mí misma y veía que casi toda la gente estaba convencida de que había de vencer Italia. Me pareció hallarme en Roma y veía a los diputados que tenían un consejo entre ellos sobre el modo como debían dirigir la guerra para estar seguros de hacer que venciera Italia. Estaban tan llenos de sí, que daban pena; pero lo que más me impresionó era ver que casi todos eran sectarios, almas vendidas al demonio. ¡Qué tristes tiempos! Parecía que de verdad reinaba el reino satánico y su confianza, en vez de ponerla en Dios, la ponían en el demonio.

Y mientras se estaban aconsejando, mi bendito Jesús me dijo: *“Vamos a oír qué cosa dicen”*. Me pareció entrar en su círculo ⁸⁷ junto con El. Jesús paseaba entre ellos y derramaba lágrimas sobre su miserable estado. Cuando terminaron de ponerse de acuerdo sobre el modo como habían de hacer, jactándose de estar seguros de la victoria, Jesús se volvió hacia ellos y dijo amenazandoles: *“Os fiáis de vosotros mismos y por eso os humillaré: esta vez perderá Italia”*.

59 – Vuelve a hablar de la Novena de la Navidad, con la que empezó el Volumen

I.M.I.

Fiat. Ahora, por obediencia, continúo diciendo lo que dejé en la página 6 de este primer volumen, o sea, la novena de la Santa Navidad, que de la segunda meditación pasé a la tercera.

60 - Tercera hora

Una voz interna me decía: *“Hija mía, apoya tu cabeza sobre el seno de mi Mamá; mira dentro de él mi pequeña Humanidad. Mi Amor me devoraba; los incendios, los océanos, los mares inmensos del Amor de mi Divinidad me inundaban, me consumían, levantaban tanto sus llamas que se extendían por todas partes, a todas las generaciones, desde el primer hombre hasta el último, y mi pequeña Humanidad estaba devorada en medio de tantas llamas. ¿Pero sabes tú qué es lo que mi Eterno Amor quería hacerme devorar?”* ⁸⁸ ¡Ah, las almas! Y me contenté cuando las devoré a **todas**, quedando

⁸⁷ - O sea, la Cámara de los Diputados.

⁸⁸ - *“Nuestro Dios es un fuego devorador”* (Hebreos 12,29).

concebidas conmigo. Era Dios: debía obrar como Dios, debía hacerme cargo de todas; mi Amor no me habría dado paz, si hubiera excluído alguna... Ah, hija mía, fíjate bien en el seno de mi Mamá; fija bien los ojos en mi Humanidad concebida y verás tu alma concebida conmigo y las llamas de mi Amor que te devoraron ⁸⁹. ¡Oh, cuánto te he amado y te amo!”

Yo me perdía en medio de tanto amor, no sabía cómo salirme; pero una voz me llamaba fuerte, diciendome: “Hija mía, eso aún no es nada. Estréchate más a Mí; dale las manos a mi Madre querida, para que te tenga estrechada a su seno materno, y tú da otra mirada a mi pequeña Humanidad concebida y mira el cuarto exceso de mi Amor”.

61 - Cuarta hora

“Hija mía, del Amor que devora pasa a contemplar mi Amor que obra. Cada alma concebida me trajo el peso de sus pecados, de sus debilidades y pasiones, y mi Amor me ordenó que me hiciera cargo de cada una; y no sólo concebí las almas, sino también las penas de cada una, la satisfacción que cada una de ellas debía darle a mi Padre Celestial. Así que mi Pasión fue concebida junto conmigo.

Mírame bien en el seno de mi Mamá Celestial. ¡Oh, cómo sufría mi pequeña Humanidad! Mira bien como mi pequeña cabecita está rodeada por un enredo de espinas, que ciñendome fuerte las sienes me hacen derramar ríos de lágrimas de los ojos y no podía moverme para secarlas. ¡Ah, ten compasión de Mí! ¡Sécame los ojos de tanto llorar, tú que tienes los brazos libres para poderme lo hacer! Esas espinas son el enredo de tantos malos pensamientos que se acumulan en las mentes humanas. ¡Oh, cómo me pinchan, más que las espinas que produce la tierra! Pero mira además qué larga crucifixión de nueve meses: no podía mover ni un dedo, ni una mano, ni un pie; estaba aquí siempre inmóvil, no había espacio para poder moverme un poquito. Qué larga y dura crucifixión, añadiendo que todas las obras malas, tomando forma de clavos, me traspasaban repetidamente manos y pies”.

Y así saguía contandome pena por pena todos los martirios de su pequeña Humanidad, que si quisiera decirlos todos sería demasiado largo. Así que yo me abandonaba al llanto y sentía que me decía en mi interior: “Hija mía, quisiera abrazarte, pero no puedo, no hay espacio, estoy inmóvil, no puedo hacerlo; quisiera venir Yo a ti, pero no puedo andar. Por ahora abrázame tú y ven a Mí; después, cuando salga del seno materno, vendré Yo a ti”. ⁹⁰

Pero mientras con mi fantasía me lo abrazaba, me lo estrechaba fuerte al corazón, una voz interna me decía: “Basta por ahora, hija mía, y pasa a considerar el quinto exceso de mi Amor”.

62 – Quinta hora

Y la voz interna proseguía: “Hija mía, no te separes de Mí, no me dejes solo, mi Amor quiere compañía: es otro exceso de mi Amor, que no quiere estar solo. ¿Pero sabes tú de quién quiere estar en compañía? ¡De la criatura! Ves, en el seno de mi Mamma, junto conmigo están todas las criaturas concebidas conmigo. Yo estoy con ellas con todo el amor; quiero decirles cuánto las amo, quiero hablar con ellas para decirles mis alegrías y mis dolores, que he venido en medio de ellas para hacerlas felices, para consolarlas, que estaré entre ellas como un hermanito suyo, dando a cada una todos mis bienes, mi Reino, a costa de mi muerte; quiero darles mis baci, mis caricias, quiero entretenerme con ellas. ¡Pero ay, cuántos dolores me dan! Uno me une, otro hace el sordo y me reduce al silencio, otro desprecia mis bienes y no le importa mi Reino; en cambio de mis besos y caricias me corresponden con el desinterés y el olvido de Mí, y mi contento lo convierten en amargo llanto... ¡Oh, cómo estoy solo, aun en medio de tantos! ¡Oh, cómo me pesa mi soledad! No tengo a quien decir una palabra, con quien tener un desahogo, ni siquiera de amor; estoy siempre triste y taciturno, porque si hablo no soy escuchado. Ah, hija mía, te ruego, te suplico, no me dejes solo en tanta soledad, dame el bien de hacerme hablar con escucharme; pon oído a mis enseñanzas. Yo soy el Maestro de los maestros; ¡cuántas cosas quiero enseñarte! Si tú me escuchas, harás que deje de llorar y me estaré contento contigo; ¿no quieres tú estar contenta conmigo?”.

⁸⁹ - Además de ser esta Novena de Navidad una conocida práctica tradicional de la piedad popular, es expresión de un profundo misterio, de una verdad teológica: Jesús, verdadero Dios y verdadero Hombre, desde el primer momento de su Encarnación ha realizado su obra de Redentor, además de la de ser el Primogénito entre todas las criaturas, con pleno uso de razón y de voluntad, no sólo de su Divinidad, sino también de su perfectísima Humanidad.

⁹⁰ - Estas palabras aluden a una enseñanza fundamental, que el Señor irá desarrollando a lo largo de estos escritos. Son como dos tiempos de la vida espiritual: en el primero, el alma debe ser protagonista en su búsqueda de Dios; en el segundo, después, es Jesús el Divino protagonista, cuando *vendrá* al encuentro del alma.

Y mientras me abandonaba en El, compadeciéndolo por su soledad, la voz interna proseguía: *“Basta, basta, y pasa a considerar el sexto exceso de mi Amor”*.

63 – Sexta hora

“Hija mía, ven, pídele a mi Mamá querida que te haga un poco de espacio en su seno materno, para que tú misma veas el estado doloroso en que me encuentro”.

Y así me parecía, con el pensamiento, que nuestra Reina Mamá, para contentar a Jesús, me hiciera un poco de espacio y me metiera dentro, pero era tal y tanta la oscuridad que no lo veía; sólo oía su respiración, y El en mi interior seguía diciéndome: *“Hija mía, mira otro exceso de mi Amor. Yo soy la Luz eterna; el sol es una sombra de mi Luz; ¿pero ves adónde Me ha traído mi Amor? ¿En qué oscura prisión estoy? No hay una rendija de luz, es siempre noche para Mí, pero noche sin estrellas, sin reposo; estoy siempre despierto, ¡qué pena! La estrechura de la prisión, sin poder moverme lo más mínimo; las densas tinieblas; hasta la respiración –respiro por medio de la respiración de mi Mamá–, ¡oh, cómo es fatigoso! Y luego añade las tinieblas de las culpas de las criaturas; cada culpa era una noche para Mí, y uniéndose formaban juntas un abismo de oscuridad sin orillas. ¡Qué pena! ¡Oh exceso de mi Amor, hacerme pasar de una inmensidad de luz, de espacio, a una profundidad de densas tinieblas y de una estrechura tal, que hasta me falta la libertad de respirar; y todo eso por amor a las criaturas!”*

Y mientras eso decía, gemía, con gemidos como sofocados por falta de espacio, y lloraba. Yo me deshacía en lágrimas, le daba las gracias, lo compadecía; quería darle un poco de luz con mi amor, como El me decía..., ¿pero quién puede decir todo? La misma voz interna añadía: *“Basta por ahora, y pasa al séptimo exceso de mi Amor”*.

64 – Séptima hora

La voz interna proseguía: *“Hija mía, no me dejes solo en tanta soledad y en tanta oscuridad; no salgas del seno de mi Mamá, para mirar el séptimo exceso de mi Amor. Escuchame: en el seno de mi Padre Celestial Yo era plenamente feliz; no había bien que no poseyera: alegría, felicidad, todo estaba a mi disposición; los Angeles, reverentes, me adoraban y estaban a mis órdenes. Ah, el exceso de mi Amor, podría decir, me hizo cambiar fortuna, me trajo a esta tétrica prisión, me despojó de todas mis alegrías, de mi felicidad y mis bienes, para vestirme con todas las infelicidades de las criaturas⁹¹; y todo eso para hacer el cambio, para darles mi fortuna, mis alegrías y mi felicidad eterna. Pero eso habría sido nada si no hubiese encontrado en ellas suma ingratitud y obstinada perfidia. ¡Oh, cómo quedó sorprendido mi eterno Amor ante tanta ingratitud y lloró la obstinación y la perfidia del hombre! La ingratitud fue la espina más aguda que me traspasó el Corazón, desde mi concepción hasta el último instante de mi muerte.*

Mira, mi Corazoncito está herido y de él brota sangre; ¡qué pena, qué dolor siento! Hija mía, no me seas ingrata; la ingratitud es la pena más dura para tu Jesús, es cerrarme la puerta en la cara y dejarme afuera para dejarme aterido de frío. Pero ante tanta ingratitud mi Amor no se detuvo y se hizo Amor suplicante, rogante, gimiente y mendicante; y ese es el octavo exceso de mi Amor”.

65 – Octava hora

“Hija mía, no me dejes solo; apoya la cabeza sobre el seno de mi Mamá querida, que también desde afuera sentirás mis gemidos, mi súplicas. Y viendo que ni mis gemidos, ni mis súplicas mueven la criatura a compasión de mi Amor, me hago como el más pobre de los mendigos y, extendiendo mi pequeña manecita, pido al menos por piedad, como limosna, sus almas, sus afectos y sus corazones. Mi Amor quería vencer a cualquier precio el corazón del hombre; y viendo que después de siete excesos de mi Amor era reacio, hacía el sordo, no se interesaba de Mí ni quería darse a Mí, mi Amor quiso ir más allá; habría debido detenerse, pero no; quiso salir más allá de sus límites, y desde el seno de mi Mamá hacía llegar mi voz a cada corazón con los modos más insinuantes, con las súplicas más fervientes, con las palabras más penetrantes... ¿Pero sabes qué le decía? «Hijo mío, dame tu corazón; todo lo que tú quieras Yo te daré, con tal de que me des en cambio tu corazón. He bajado del Cielo para conquistarlo: ¡ah, no me lo niegues! ¡No dejes decepcionadas mis esperanzas!» Y viendolo reacio, que incluso muchos me daban la espalda, pasaba a los gemidos, juntaba mis pequeñas manecitas y llorando con voz sofocada por los sollozos, añadía: «Ay, ay, soy el pequeño mendigo; ¿ni siquiera como limosna quieres darme tu corazón?»

⁹¹ - Véase Filipenses 2,5-8.

¿No es esto un exceso más grande de mi Amor, que el Creador, para acercarse a la criatura, tome la forma de niño pequeño, para no infundir temor, y pida al menos como limosna el corazón de la criatura? ¿Y que viendola que no se lo quiere dar, suplique, gima y llore?”

Y después me sentía decir: “Y tú, ¿no quieres darme tu corazón? ¿Es que también tú quieres que gima, suplique y llore para que me des tu corazón? ¿Quieres negarme la limosna que te pido?”

Y mientras lo decía, sentía como si sollozara. Y yo: “Jesús mío, no llores, te doy mi corazón y toda mí misma”. Y la voz interna proseguía: “Pasa más allá, pasa al noveno exceso de mi Amor”.

66 – Novena hora

“Hija mía, mi estado es cada vez más doloroso. Si me amas, ten fija la mirada en Mí, para ver si a tu pequeño Jesús puedes darle algún alivio. Una palabrita de amor, una caricia, un beso, dará una tregua a mi llanto y a mis aflicciones.

Oye, hija mía, después de haber dado ocho excesos de mi Amor, a los que el hombre me correspondió tan malamente, mi Amor no se dió por vencido y al octavo exceso quiso añadir el noveno; y eso fueron las ansias, los suspiros de fuego, las llamas de los deseos, que quería salir del seno materno para abrazar al hombre, lo cual reducía mi pequeña Humanidad, aún no nacida, a una agonía tal que llegaba a dar el último respiro. Y mientras estaba a punto de dar el último respiro, mi Divinidad, que era inseparable de Mí, me daba sorbos de vida, y así tomaba de nuevo la vida, para continuar mi agonía y volver de nuevo a morir. Eso fue el noveno exceso de mi Amor: agonizar y morir de amor continuo por la criatura. ¡Oh, qué larga agonía de nueve meses! ¡Oh, cómo me sofocaba el Amor y me hacía morir! Y si no hubiera tenido conmigo la Divinidad, que me devolvía la vida cada vez que estaba por terminar, el Amor me habría consumido antes de salir a la luz del día”.

Después añadía: “¡Mírame, escúchame, cómo agonizo! ¡Cómo mi pequeño Corazón palpita, se afana, arde! ¡Mírame, ahora muero!” Y hacía un profundo silencio. Yo me sentía morir, se me helaba la sangre en las venas y temblando le decía: “Amor mío, Vida mía, no te mueras, no me dejes sola! Tú quieres amor, y yo te amaré, nunca más te dejaré. Dame tus llamas, para poder amarte más y consumirme toda por Ti”.



Apéndice: *cuatro reglas de vida que Jesús dió a Luisa con ocasión del Desposorio Místico.*

(Tomadas de una copia del Primer Volumen. Si bien se nota muy corregido el modo de expresarse de Luisa, el contenido es con toda probabilidad suyo)

Digo pues, que Jesús ante todo me pidió un desapego total de todo lo creado y hasta de mí misma, como si debiera vivir en el perfecto olvido de todas las cosas, para hacer de forma que mi interior se dispusiera a tener siempre fijo el dulce recuerdo de El, y un afecto vivo y palpitante de amor a El, para que se complaciera de todos los actos e hiciera en mi corazón estable morada. Fuera de El –me dijo– no debía conscrer más a nadie, ni amigos, y ni siquiera a mí misma; sólo en El debía despertarse el recuerdo de todo y de todos, ya que en El no puede no estar la criatura; y para llegar a eso, añadió que debía obrar siempre con santa indiferencia y sin preocuparme de cuanto pudiera ocurrir en torno a mí, o sea, obrar siempre rectamente y con la máxima sencillez, no teniendo en cuenta del pro y del contra que me pudiera venir de las criaturas.

En la práctica, si a veces no lo hacía, mi dulce Jesús, reprendiendome severamente, me decía: “Si no llegas al desapego efectivo, y no sólo, sino también afectivo, no podrás llenarte toda de mi Luz; mientras que si te libras de todo afecto terreno, serás como un tersísimo cristal que a través de él deja pasar toda la luz; así mi Divinidad, que es Luz, entrará toda en ti”.

En segundo lugar me dijo que yo ya no debía vivir más en mí misma, sino sólo y del todo en El, viviendo desprendida de mí misma; debía siempre tener cuidado de llenarme del verdadero espíritu de fe, con el cual debía tratar de conocerme cada vez más a mí misma, para desconfiar de mi propia capacidad, que no sirvo para hacer nada por mí misma, y conocer siempre más a mi Jesús, para poder confiar siempre más en El.

“Y después que te hayas conocido a ti misma y Quien soy Yo –me dijo–, como consecuencia vendrá que muy a menudo saldrás afuera de ti misma, para arrojarte en el mar inmenso de mi Providencia. Por tanto tú, como una pequeña esposa, cuyo Esposo es tan celoso que no quiere dejar que tomes el mínimo gusto con otros, te mantendrás siempre estrechada a Mí; y como ella está

siempre con la cara vuelta hacia el Esposo, para hacer que no pueda dudar de ella, así tú me darás absoluto dominio sobre ti, tanto si yo quisiera mimarte, colmarte de carismas, de besos, de amor, como si también quisiera golpearte, afligirte y darte cualquier pena. A todo te debes sujetar por amor mío, siempre en tu plena libertad, porque tendremos en común penas y alegrías, y haremos una competición para ver quien de nosotros dos sabrá tomar más penas, por ningún otro fin que agradarnos y hacernos mutuamente.

En tercer lugar, no debe estar en ti tu voluntad, sino sólo la Mía, que deberá estar y dominar como un Rey en su palacio real; porque si no se harán pronto sentir los desacuerdos de un amor incapaz, en el momento que se presenten sombras densas que crearán en ti esas inarmonías y esa desemejanza en el obrar, no querida por la común nobleza que debe absolutamente reinar entre tú y Yo, esposa mía; esa nobleza reinará en ti si de vez en cuando tratas de entrar en tu nada, o sea, si llegarás a tener perfecto conocimiento de ti, no para detenerte ahí, sino que, conociendo tu nada, deberás hacer de todo y cuanto antes por entrar en la infinita potencia de mi Voluntad, de la que tomarás todas las gracias que necesites para levantarte en Mí, para hacer todo conmigo sin tenerte tú en cuenta, que del todo quiero que desaparezcas en Mí.

En cuarto lugar, quiero que de ahora en adelante entre tú y Yo no tenga que haber ese «tú» y «yo»; así que no se dirá más «harás tú», «haré yo», sino «haremos nosotros». Ese «tuyo» y «mío» todavía debe desaparecer, sino que de todo se dirá «nuestro», ya que tú, como mi fiel esposa, tomarás parte común y guiarás las suertes del mundo. Todos los redimidos con mi Sangre se han hecho hijos y hermanos míos, y como son míos serán también hijos y hermanos tuyos, los cuales, como hijos, serán amados por ti como por verdadera madre. Es verdad que muchas penas te costarán estos hermanos e hijos, porque la mayor parte se han vuelto muy díscolos, muy descarriados, y muchos también viciosos; pero tú tomarás sobre ti, como Yo, sus merecidas penas y a costa de los más dolorosos sacrificios tratarás de ponerlos a salvo, haciendo de forma que me los conduzcas a mi Corazón, cubiertos con los méritos de tus penas sufridas y todos rociados con tu sangre y la Mía, viendo la cual mi Padre Celestial no sólo tendrá para ellos misericordia y perdón, sino que además, si estarán perfectamente contritos, muchos tomarán muy pronto como el buen ladrón eterna posesión del Paraíso.

Finalmente, en la medida que te desapegues de todo lo que no es totalmente mío, te hallarás cada vez más inmersa en mi absoluta Voluntad, en la que adquirirás la plenitud de mi Amor, gracias al conocimiento de mi Esencia, que de día en día se hará siempre más viva en ti; y entonces más que nunca, como al reverberante reflejo de la luz se ven en espejo las imágenes, así en Mí encontrarás realmente ordenadas todas las criaturas que tienen espíritu de inteligencia y de amor, de modo que con una sola mirada las verás todas y conocerás el estado de conciencia de cada una de ellas, por lo cual tú, después, como madre más que amorosa, en el verdadero espíritu de misericordia que es espíritu mío y de mi Madre, harás el máximo sacrificio, inmolandote por ellas; y ese sacrificio será como un manto que toda te cubrirá, como mi verdadera imitadora y fiel sposa”.

